



Apuntes Doctrinales

Doctrinas y Prácticas de los Templos Bíblicos de la República Dominicana

Preparado por

**Juan Manuel Pérez
Miguel Matos
Osiris Corniel
Ramón Prensa
Fernando C. Félix**

**2da edición corregida y aumentada
Por Fernando C. Félix**

Agosto, 2011

ÍNDICE

DEDICATORIA	I
INTRODUCCIÓN.....	II
1. LOS TEMPLOS BÍBLICOS DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.....	IV
NOMBRE Y ORIGEN REMOTO DE LOS TEMPLOS BÍBLICOS	IV
TRES MOMENTOS DE LA HISTORIA DE LOS TEMPLOS BÍBLICOS	VI
2. ASPECTOS GENERALES DE LA DOCTRINA.....	VIII
2.1 CONCEPTO DE DOCTRINA:.....	VIII
2.2 DOCTRINAS FUNDAMENTALES:	VIII
2.3 PRÁCTICAS GENERALES:.....	X
2.4 POSICIÓN FRENTE A LAS DOCTRINAS:.....	XI
3. APUNTES DE DOCTRINAS (1RA PARTE).....	XIII
3.1 DE LA BIBLIA.....	XIII
DE DIOS	XVIII
DEL SEÑOR JESUCRISTO	XXVII
DEL ESPÍRITU SANTO	XXXIV
DE LOS ÁNGELES	XLII
DE SATANÁS Y LOS DEMONIOS	XLIV
DEL HOMBRE	XLVII
4. APUNTES DE DOCTRINAS (2DA PARTE).....	LI
DE LA SALVACIÓN	LI
DE LA IGLESIA	LVIII
DEL CULTO	LXXI
DE LOS DONES ESPIRITUALES	LXXVIII
DE LOS ACONTECIMIENTOS ESCATOLÓGICOS	XCVII
OTRAS DOCTRINAS Y PRÁCTICAS	CXIV
EL MINISTERIO DE LA MUJER	CXIV
LAS FINANZAS DE LA IGLESIA	CXXV
LA RELACIÓN ENTRE IGLESIAS	CXXXVIII
CONCLUSIÓN.....	105

DEDICATORIA

“Acordaos de vuestros pastores,
que os hablaron la palabra de Dios...”
(Heb.13:7)

Este trabajo es un reconocimiento a los misioneros y maestros extranjeros y nacionales que forjaron la doctrina que creen y practican los Templos Bíblicos de la República Dominicana. En orden cronológico:

Duncan M. Reid (Misionero de Escocia)

Ian Mac William Rathie (Misionero de Canadá)

Ralph Carter (Misionero de Canadá)

Lino Gómez (Misionero de República Dominicana)

Baudilio Custals (Maestro de España)

James Cochrane (Misionero de Canadá)

Pablo Clase (Misionero de República Dominicana)

Con excepción de los dos últimos, todos los demás hombres de Dios están con el Señor.

INTRODUCCIÓN

Desde sus inicios, los misioneros y maestros de los Templos Bíblicos de la República Dominicana inculcaron a los miembros de estas asambleas cristianas el amor a la Palabra de Dios. Con su ejemplo de vida y por medio de la sólida enseñanza desde el púlpito, estos hombres de Dios demostraron un profundo respeto por la autoridad de las Sagradas Escrituras. Ellos destacaron que la madurez de la vida cristiana descansa en el conocimiento de la “fe dada una vez a los santos” y en la obediencia estricta a los mandamientos del Señor.

Mientras todas las denominaciones cuentan con credos o documentos de fe, cuyos artículos los miembros deben confesar, y hasta firmar, los Templos Bíblicos nunca han dado a conocer una declaración oficial escrita de lo que creen y practican. ¿A qué se debe esto? La respuesta de estos hombres fue siempre la misma: la Biblia entera es nuestro credo. Hoy seguimos creyendo ese mismo principio.

Al presentar a nuestros hermanos y hermanas, tanto de nuestras asambleas como de otras confesiones, estos Apuntes doctrinales: Doctrinas y Prácticas de los Templos Bíblicos parecería como si cambiáramos de opinión. Nada más lejos de la verdad. Estas notas *NO* son una confesión de fe ni un credo oficial de los Templos Bíblicos. Son apenas unos apuntes de doctrina que tienen como finalidad servir de punto de partida para el estudio de la doctrina; de ahí que son pertinentes las siguientes observaciones:

Este texto no es un sustituto del estudio personal de la Palabra de Dios. Su propósito no es para que cada miembro lo recite como un credo, sino para que le sirva de guía y reflexión en la instrucción de lo que creemos y obedecemos como iglesia local.

En sentido general, estos apuntes doctrinales representan las creencias y las prácticas de los Templos Bíblicos en la República Dominicana.

Los autores compartieron estos apuntes con la mayoría de los ancianos y líderes de los Templos Bíblicos, tanto de la capital como del interior, quienes en varias ocasiones aportaron sugerencias valiosas que fueron incorporadas al texto; pero la responsabilidad final corre por cuenta de los autores.

Estos apuntes no poseen la misma autoridad de la Palabra de Dios. Son más bien formulaciones de las enseñanzas de la Biblia. Como material de consulta y estudio, su valor quedará supeditado en la medida en que expresen fielmente la enseñanza de la Palabra de Dios. Por ello, están sujetos a revisión con la verdad de la Palabra de Dios.

Como este texto incluye algunos asuntos y prácticas que pueden estar abiertos a otras interpretaciones (ej. dicotomía/tricotomía, el ministerio de la mujer, etc.), esperamos que se mantenga el espíritu de unidad entre todas las asambleas aunque se disienta del punto de vista adoptado por los autores. Entendemos que nuestra postura cuenta con una buena justificación, por lo

que estamos preparados para “presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo aquel que (n)os demande razón de...” lo que escribimos.

No es la intención de sus autores ofrecer una obra académica con notas a pie de página, citas y bibliografía. Eso escapa a la naturaleza de este manual, dirigido a todos los hermanos y las hermanas de nuestras asambleas, para muchos de los cuales basta con lo que dice el texto bíblico. Además, no se pretende ninguna originalidad, sino la divulgación de nuestra fe y vida cristianas. Hemos tratado de evitar tecnicismos tanto teológicos como gramaticales de los idiomas originales. A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas están tomadas de la Biblia Reina Valera 1995.

El contenido está organizado en cinco capítulos. El primer capítulo ofrece una breve síntesis acerca de qué son los Templos Bíblicos de la República Dominicana, explicando las raíces remotas de nuestra iglesia y los momentos principales de la misma con la llegada y la extensión del evangelio por misioneros extranjeros y nacionales. La doctrina juega un papel determinante en cualquier confesión cristiana. Por ello, el capítulo dos presenta nuestra postura al respecto, sintetiza las doctrinas fundamentales de la fe evangélica y define el concepto de las prácticas que identifican a un grupo cristiano. Los capítulos tres y cuatro constituyen el cuerpo principal de estos apuntes. De una manera sencilla, se explican las grandes doctrinas que creen y practican los Templos Bíblicos de la República Dominicana. El último capítulo aborda cuestiones prácticas que caracterizan nuestra identidad como grupo de asambleas aunque tratamos de dar su correspondiente justificación bíblica.

Estos Apuntes doctrinales están dedicados a los principales fundadores y maestros de la Palabra de Dios, a quienes el Señor envió a servir a los Templos Bíblicos. Puede que algunos de ellos, ya con el Señor, hubiesen desaprobado esta publicación por su convicción de que sólo la Biblia es nuestro credo. Sin embargo, las fuertes olas y los vientos de doctrinas de error que tanto abundan hoy, la necesidad de seguir encargando “a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” y la función de este texto, tal vez les habrían llevado a decirnos: “Sí, pero...”

Agradecemos las generosas palabras de los hermanos Evis L. Carballosa, Carlos Morris y Samuel P. Millos al recomendar este trabajo. Con amor didáctico, nos ofrecieron valiosas sugerencias para que estos apuntes salieran a la luz con la menor cantidad de fallas. Esto, por supuesto, no conlleva ninguna responsabilidad de parte de estos maestros de la Palabra respecto a las ideas sustentadas en este documento.

Al asumir la plena responsabilidad de “Apuntes doctrinales”, sus autores elevan a Dios una oración para que lo utilice para Su Gloria y para que los hermanos y las hermanas de nuestras y otras asambleas tengan un mayor conocimiento de la persona de nuestro Señor Jesucristo. ¡Al Señor la gloria!

1. LOS TEMPLOS BÍBLICOS DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Nombre y origen remoto de los Templos Bíblicos

Es normal, y hasta saludable, que los miembros de nuestras asambleas pregunten “quiénes somos, de dónde venimos y qué creemos”. Como la mayoría de los grupos evangélicos pertenecen a concilios bien definidos que trazan desde arriba una línea clara de fe y acción, se piensa que tal es la situación de los llamados Templos Bíblicos.

El término *Templos Bíblicos*, utilizado sólo en República Dominicana, corresponde a lo que internacionalmente se denomina “Asambleas de hermanos” o “Brethren Assemblies” en inglés. El nombre se originó cuando, a fines de la tiranía, Trujillo exigió la incorporación de todas las iglesias en República Dominicana, y los hermanos misioneros Duncan Reid, Ian Rathie, D. McIntosh, junto a otros líderes dominicanos, formalizaron en una asamblea los términos de la incorporación adoptando el nombre Templo Bíblico, como una forma de identificar los locales y de destacar la primacía de la Palabra de Dios en nuestras iglesias.

En sentido remoto, los T. B. son herederos del gran movimiento evangelístico, misionero y de la exposición de la Palabra iniciado en la segunda década del siglo XIX, por hombres como Anthony Groves, John Nelson Darby, Edward Cronin y John Gifford Bellet, quienes inconformes con la rígida estructura eclesial de la iglesia anglicana, decidieron reunirse en distintos hogares para estudiar la Palabra de Dios y partir el pan (tomar la Cena del Señor). En sus inicios, el punto de partida fue Dublín, Irlanda, aunque se considera que hubo tres grupos independientes y casi simultáneos. Sin embargo, se popularizó el nombre de hermanos de Plymouth – puerto sureño de Inglaterra – por ser ahí donde se radicó una de las principales asambleas del recién formado grupo.

El movimiento de los hermanos se extendió por diferentes países de Europa como Inglaterra, Escocia, Italia, Suiza, España, etc. Fruto de la labor evangelística de misioneros escoceses e ingleses, los hermanos llegaron a Canadá y Estados Unidos. En sus inicios el grupo se guió por los siguientes principios:

- Carácter prominente del Partimiento del Pan (Cena del Señor) todos los domingos en el culto de adoración.
- Participación libre de los hermanos en el culto del Partimiento del Pan sin importar denominación.
- Libertad completa de orar, cantar, leer y meditar en las reuniones congregacionales, siempre y cuando se hiciera con orden.
- Reconocimiento de los dones de pastoreo (Ancianos) para un gobierno colegiado.

- Unidad en Cristo y no en ninguna confederación ecuménica especial.
- Profunda preocupación por la obra misionera internacional.
- Primacía de la exposición de la Palabra de Dios en las reuniones de la asamblea.

Tres momentos de la historia de los Templos Bíblicos

Tres tiempos y lugares marcaron la formación de los Templos Bíblicos de la República Dominicana. En 1919 vino como contador del Ferrocarril Sánchez – La Vega el señor Harry Louis V. Smith, hombre de negocios, pero hermano con profunda devoción al Señor. Por medio de cartas a la revista misionera inglesa “Echoes of Service”, escribía acerca de la gran necesidad de enviar misioneros a la República Dominicana. El hermano Smith posteriormente discutió con un hermano de Barbados de nombre Arthur C. Peterkin, misionero en Argentina, sobre la posibilidad de que él (Peterkin) fuera con su familia a República Dominicana.

En diciembre de 1919 Arthur C. Peterkin se estableció en la Vega, lugar donde llevó el evangelio en medio de fuerte oposición religiosa. Por varios años trabajó ahí hasta que en julio de 1929 construyó la primera iglesia de los Templos Bíblicos en la Vega. Su labor se extendió por unos tres o cuatro años más. Con su salida, el trabajo fue continuado por otros misioneros canadienses como los esposos Ralph y Mariana Carter (quienes se radicaron después en Santiago en 1941), Donald McIntosh y su esposa Gwendolyn.

El segundo momento inició en 1921 con la llegada a Sánchez del misionero escocés Duncan M. Reid. El señor Reid vivió junto a su esposa unos tres años en esta pequeña villa para dedicarse al estudio del español. En ese tiempo contó con la valiosa ayuda de los hermanos metodistas Don Salustiano Conde y su esposa. En 1924, los esposos Reid se trasladaron definitivamente a Puerto Plata para trabajar en la labor misionera por cerca de 60 años en la costa norte. Cuando los Reid llegaron a Puerto Plata, ya se encontraban en esta ciudad los esposos Asa y Phoebe Moore, quienes habían venido desde New York en 1923. Antes habían estado trabajando en Guyana (1918-1921), y luego estuvieron en Pakistán (1959-1961). En 1958, los hermanos de la costa norte encomendaron a trabajar a tiempo completo en la obra de Dios al hermano Pablo Clase junto a su esposa, siendo la segunda pareja nacional en ser llamada por el Señor a la misión.

El 1941 significó el tercer momento. En enero de ese año, se estableció en la capital (Ciudad Trujillo, en ese entonces) el misionero escocés de nacimiento, pero canadiense por nacionalidad, Ian McWilliam Rathie. Rathie había llegado en julio de 1928 como maestro de clases particulares de los hijos de Arthur C. Peterkin, pero cooperaba con la extensión del evangelio a través de clases gratuitas de inglés para los pobladores de la Vega. Su trabajo misionero se extendió por más de seis décadas.

Por otro lado, los Carter se trasladaron también en ese año de 1941 a Santiago, donde antes ya habían empezado la obra de evangelización. Su trabajo consolidó una iglesia en el sector de Savica y el envío a la misión de los hermanos nacionales Lino Gómez y Mery de Gómez. Es justo reconocer que este misionero siempre albergó el deseo de que se escribiera un manual parecido a estos Apuntes Doctrinales.

La obra en Santo Domingo tuvo en sus primeros años una sola asamblea que se llegó a congregarse en tres locales: en la intersección de las cinco esquinas del sector San Carlos, en la calle 30 de marzo y en la calle Altagracia esquina Félix María Ruiz del sector de Villa Francisca. Es en 1957, en una carpa de circo levantada en la esquina Tunti Cáceres con Juan Erazo del sector de Villa Juana, cuando salió la primera extensión en Santo Domingo. En estos momentos los Templos Bíblicos cuentan con 45 congregaciones en Santo Domingo.

Por razones de espacio, esta apretada síntesis histórica de los Templos Bíblicos pasa por alto grandes hombres y mujeres de Dios, misioneros, predicadores, impresores, editores... Sin embargo, tal necesidad será suplida próximamente, en la voluntad del Señor, con la publicación de un libro sobre la historia de los Templos Bíblicos de la República Dominicana

2. ASPECTOS GENERALES DE LA DOCTRINA

2.1 Concepto de doctrina:

Las doctrinas son las formulaciones de las creencias bíblicas que profesamos, enseñamos y practicamos. Acorde al nombre de Templo Bíblico, destacamos que la Biblia es nuestra norma infalible de fe y conducta.

2.2 Doctrinas fundamentales:

Son aquellas creencias bíblicas que de manera explícita tienen que ver con las bases del cristianismo y cuya negación conduce tanto a un alejamiento de la sana doctrina sostenida por el pueblo de Dios a lo largo de su historia así como a un rechazo del verdadero conocimiento de Dios y de su plan de salvación. Son marcas de la fe evangélica las siguientes doctrinas:

- La Biblia es el único libro inspirado por Dios, por lo que es la Palabra escrita de Dios, única norma de autoridad para la fe y la vida de la iglesia. Para entender y vivir su mensaje, se necesita de la iluminación del Espíritu Santo y de la aplicación de normas correctas de interpretación.
- Dios es un ser personal, infinito, vivo, único y espiritual. Es creador de todo lo que existe, se distingue de la creación y es Señor de todo lo que existe. Dios se ha revelado de manera especial en la Biblia y por medio de Jesucristo. Dios existe en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero sólo hay un Dios. Las tres personas son iguales en esencia, consustanciales y coeternas.
- Jesucristo es el unigénito Hijo de Dios, consustancial con el Padre y el Espíritu Santo en cuanto a la esencia divina –con quienes comparte todos los atributos divinos –, y consustancial con el hombre en cuanto a la naturaleza humana – por lo que es un ser humano integral -. Es una persona divina que tomó para sí voluntariamente la naturaleza humana sin dejar de ser Dios. El es Dios y Hombre en una sola Persona. Como hombre nació de la virgen María por la acción del Espíritu Santo, vivió sin pecado, se entregó en la cruz de Calvario para salvar al pecador y resucitó al tercer día.
- El Espíritu Santo es una persona divina, no una fuerza. Posee todos los atributos divinos, al igual que el Padre y el Hijo, de los cuales procede eternamente, no en cuanto a su origen sino en cuanto a la función que desempeña en la historia de la salvación. Vino el día de Pentecostés para residir permanentemente en los que aceptan a Cristo como Salvador y Señor, a los cuales regenera y santifica.

- Los ángeles, Satanás y los demonios son seres espirituales reales, creados por Dios y sujetos a Jesucristo. Los ángeles están al servicio de Dios para beneficio de los creyentes. No se les debe adorar, pedir su intercesión ni guía. Satanás, al rebelarse por decisión personal, se tornó en el adversario de los propósitos de Dios. Fue derrotado por Cristo en la cruz, pero se mantiene como acusador de los hijos de Dios. Su condenación eterna será en el lago de fuego junto a los ángeles caídos que le siguieron y a todas aquellas personas que mueren sin Cristo.
- El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, no es el resultado de un proceso evolutivo. Está constituido por una parte material y otra inmaterial. Por el pecado de Adán y suyo propio, el hombre se encuentra muerto espiritualmente y bajo la sentencia de la muerte física. Si muere sin Cristo, le espera la condenación eterna en el infierno o muerte segunda.
- La salvación es un don de la gracia de Dios. Sólo es hijo de Dios aquel que confiesa sus pecados a Dios y cree en la muerte y resurrección de Jesucristo, quien realizó la salvación como una obra de sustitución perfecta e irrepetible. La única condición para salvarse es creer en Cristo, pero esa fe se manifiesta de un modo real por los frutos del arrepentimiento. La salvación trae bendiciones espirituales presentes y futuras, cuando el cristiano será transformado a la semejanza del Hijo de Dios.
- El Señor está formando un pueblo – la iglesia – con cada creyente, a quien agrega como una piedra viva de un edificio. La iglesia es el total de todos los verdaderos cristianos, sin importar denominación, raza, lengua, comenzando desde el día de Pentecostés hasta el día del retorno del Señor por su pueblo. Dios manda a los creyentes a reunirse en comunidades locales para la adoración, edificación mutua y evangelización de los no cristianos.
- El Señor Jesucristo vendrá otra vez de modo real y personal, juzgará a Satanás y los demonios, y a los incrédulos para condenarlos en el lago de fuego. Después de acabar con todos sus enemigos, incluida la muerte, Jesucristo introducirá a su pueblo al reino eterno, donde Dios será el todo en todos.

2.3 Prácticas generales:

Tienen que ver con formas de aplicar la enseñanza de la Biblia y con acciones que identifican a nuestras asambleas. Están sujetas a interpretaciones y adaptaciones, pero se consideran saludables para el buen funcionamiento de la iglesia local y como instrumentos de preservación del testimonio y marcas de identidad de la misma.

2.4 Posición frente a las doctrinas:

Nuestros principios o distintivos deben estar fundamentados únicamente en verdades bíblicas, no en las tradiciones de los hombres (Mr.7:7) ni en supuestas nuevas revelaciones que contradicen la Palabra de Dios (2 Te.2:2). Como iglesia de Dios, es nuestro compromiso con el Señor cumplir fielmente la función de ser “columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15).

Se alega que la doctrina divide y destruye la unidad del cuerpo de Cristo, que lo importante es el amor. Sin embargo, quienes así piensan olvidan que para obedecer a Dios, hay que conocer primero la doctrina (enseñanza): “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta” (Jn.7:17). Además, “el que guarda Su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Jn.2:5).

Una iglesia cuenta con creyentes maduros y espirituales cuando estos crecen “en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios... para que no seamos niños fluctuantes llevados por doquiera por todo viento de doctrina por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo” (Ef.4:13-15). Y Pablo encargó solemnemente a Timoteo a que “prediques la palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo, redarguye, reprende y exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Ti.4:1-2). Y Judas manda a los creyentes a que “contendáis ardientemente por la fe dada una vez a los santos” (v.3). Las sectas y los maestros con apariencia de piedad (2 Ti.3:1-5) hacen cada vez más necesario el consejo del apóstol Pablo “persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste” (2 Ti.3:14).

Para nuestras asambleas las doctrinas son fundamentales, ellas son la base de lo que creemos respecto a Dios y de lo que El ha establecido como normas para la iglesia. Por lo tanto, la experiencia personal nunca será un criterio para establecer una práctica. Todo ha de pasar por el peso de la autoridad de la Palabra de Dios antes de aceptarse como doctrina.

La iglesia nace y vive por la Palabra de Dios (Stg.1:18; 1 P.1:23-25). La enseñanza debe ocupar un lugar prominente en el pueblo de Dios. Será ejercida por aquellos que tienen los dones de enseñanza y por la práctica de vida del día a día de los creyentes. En Hechos 2:42 dice que la iglesia perseveraba en la doctrina de los apóstoles. En otras palabras, “estaban dedicados constantemente a la doctrina de los apóstoles” (Nuevo Testamento Textual). Pablo escribe a los hermanos de Colosas: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría...” (Col. 3:16).

La enseñanza del Señor se caracterizó por la autoridad con que hablaba. El podía afirmar categóricamente “pero yo os digo” (Mt.5:22, 28, 32, 34, 39, 44) a diferencia de lo que hacían los escribas, quienes se referían a otros rabinos para apoyar lo que enseñaban (Mr.1:22; Lc.4:32). Es deber de la iglesia

mantener ese principio, enseñar con la autoridad de la Palabra escrita de Dios, la Biblia, para que sus doctrinas sean creídas y sus mandamientos obedecidos.

3. APUNTES DE DOCTRINAS (1RA PARTE)

3.1 De la Biblia

3.1.1 Concepto y autoridad

La Biblia es la Palabra escrita de Dios, las Sagradas Escrituras y la única regla suficiente, segura e infalible de todo conocimiento, fe y obediencia que Dios ha dado al ser humano para que Le conozca, obedezca y adore.

De igual manera, este libro divino es la única fuente de autoridad para el creyente tanto en doctrina como en conducta, siendo su contenido dado sobrenaturalmente a través de hombres escogidos por Dios

3.1.2 La inspiración

Para garantizar la infalibilidad de su Palabra, Dios se valió de la inspiración de las Escrituras. La inspiración es la guía ejercida sobre los escritores bíblicos (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21), por la cual Dios supervisó por medio del Espíritu Santo el proceso de escritura (Jer. 36:1-2; Ap. 1:19, 14:13) para evitar que los autores omitieran alguna cosa o incluyeran errores, de modo que sólo escribieran Sus palabras (Jer. 36:2). La guía del Espíritu Santo y la supervisión directa de Dios hacen de la Biblia el único libro infalible e inerrante en sus documentos originales. Por eso, la Biblia es inspirada verbal y plenariamente. Es verbal, puesto que la inspiración incluye las palabras, no sólo las ideas y los conceptos: “De estas cosas hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Co. 2:13); y es plenaria porque se extiende a la totalidad de los libros que componen la Biblia: “Toda escritura es inspirada por Dios...” (2 Ti. 3:16).

La inspiración se distingue del dictado directo y de la inspiración artística. Aunque algunas partes de la Biblia fueron dictadas directamente por Dios (Ex. 20:1-17; 32:15-16; Hab. 2:2ss), cada autor escribió de acuerdo a su personalidad, cultura, estilo y contexto histórico. Algunos incluso se valieron de la investigación de otros documentos (Nú. 21:14; Jos. 10:12-13; 2 Rey. 16:19; Lc. 1:1-4). La obra conjunta de escritores humanos y la guía divina por el Espíritu Santo dotan a la Biblia de una sorprendente unidad junto a una diversidad notable. La unidad y la diversidad se extienden desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Por ser una obra divina, los pensamientos de Dios cohesionan las diversas páginas de las Escrituras produciendo una sola obra. Por otro lado, la Biblia comprende un conjunto de textos provenientes de las más variadas situaciones: documentos sobre los orígenes del ser humano, narraciones antiguas, leyes, poesía, literatura sapiencial, oráculos proféticos, genealogías, evangelios, cartas a comunidades y a individuos cristianos, libros

apocalípticos, etc. Todos ellos constituyen una biblioteca con volúmenes diversos. En definitiva, la diversidad procede de la huella humana; la unidad, de la guía divina.

Esta dirección espiritual es diferente a lo que se conoce popularmente como inspiración literaria, en la que un escritor o artista siente una intuición o experimenta una idea personal y espontánea. La inspiración divina es el control de Dios para que los escritores de la Biblia escribieran con la autoridad divina, lo que en realidad es la Palabra de Dios.

Se ha objetado la doctrina de la Inspiración en dos órdenes. Por un lado, se dice que resulta inconcebible que Dios inspirara historias de crímenes horrendos (Jue. 19:1ss) y pecados graves (Gn. 19:31-38; 2 Sa. 12). ¿Cómo pudo un Dios santo inspirar tales actos? No hay dudas de que estos relatos crean inquietudes en la sensibilidad de los lectores, pero más que una negación de la inspiración, son una afirmación de la honestidad de la palabra de Dios. La Biblia registra aun los pecados de sus grandes hombres, ya que “Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros” (1 Co. 10:11). Dios inspiró a los escritores para que las mentiras de Satanás, los engaños de Jacob, la deslealtad de Pedro, la idolatría e inmoralidad de Israel quedaran como advertencias a su pueblo. La inspiración tiene que ver con el registro de los hechos, no con la aprobación de los mismos.

Por otro lado, se alega que la Biblia contiene errores y contradicciones. La falta de espacio impide responder a cada uno de estos supuestos errores. No obstante, señalaremos dos de ellos. En algunas ocasiones, se duda de la historicidad de narraciones bíblicas porque no se hallan confirmaciones en fuentes externas a la Biblia. Aplicar ese criterio es también negar la historicidad de gran parte de la literatura historiográfica antigua que no siempre cuenta con otras fuentes que corroboren sus afirmaciones. Sin embargo, en el caso de la Biblia, descubrimientos arqueológicos posteriores avalaron la exactitud de sus hechos narrados. Por ejemplo, como a los leones de Daniel, Dios tapó la boca a los críticos que negaban la existencia de Belsasar. El hallazgo de unos textos cuneiformes babilónicos dispuso la duda: En el momento de la caída de Babilonia, Belsasar era corregente junto a su padre Nabonido.

Los evangelios han sido blanco favorito de los incrédulos porque, según ellos, se contradicen. En muchos de los casos, la “contradicción” desaparece si se toma en cuenta que los evangelistas no escribieron siguiendo un orden cronológico, sino temático. En ocasiones, el evangelista concentra dos historia como si hubieran ocurrido consecutivamente (Comparar Mateo 21:18-22 con Marcos 11:12-14, 20-26). Otras veces omite detalles que no interesan al propósito del libro. Por ejemplo, Marcos inicia con Jesús ya adulto, pues enfoca la persona del Señor como el siervo sufriente. De escasa relevancia para su evangelio hubiera sido incluir su nacimiento virginal.

3.1.3 Canon de la Biblia

La Biblia consta de 66 libros divididos en dos secciones, Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. Es verdad que algunas versiones de la Biblia añaden otros libros y porciones al A. T., pero el Señor y los apóstoles nunca citaron esos libros. Incluso los judíos, a quienes fue confiada la Palabra del A.T. (Ro. 3:2), no los incluyeron dentro del canon de su Tanak, como denominan al A.T. Josefo, historiador judío (vivió entre el 37 d.C. y el 98 d. C.), afirmó que ningún otro libro del A. T. se escribió después del 420 a.C. (con lo que aludía a Malaquías). Aunque estos libros apócrifos o escritos no inspirados por Dios no pertenecen al canon, su lectura tiene un valor histórico y cultural.

Los 39 libros del Antiguo Testamento son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, 1 y 2 Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los cantares, Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

El Nuevo Testamento se refiere al canon del Antiguo Testamento a través del Señor (Lc. 24:44-45) y del apóstol Pablo (2 Ti. 3:15-17). Un libro forma parte del canon del AT y NT no porque sea antiguo y útil, ni porque el pueblo de Dios lo haya leído y valorado, sino porque cuenta con la autoridad de Dios. Dios habló a través del autor humano para enseñar a su pueblo lo que debía creer y obedecer. Además de ser un registro de revelaciones, la Biblia es la única forma escrita permanente de la voluntad de Dios.

En el caso específico del N. T., los principios aplicados por los primeros cristianos para determinar su canonicidad fueron los siguientes: autoridad apostólica, su carácter y espiritualidad, aceptación y uso por la iglesia primitiva y evidencia interna de ser inspirado. Por ejemplo, Pedro reconoce que los escritos de Pablo ya son parte de la Escritura, la Palabra de Dios (2 P.3:16). La revelación de las Escrituras del N. T. fue dada a los apóstoles y profetas designados por Dios (1 Co. 2:10-13; Ef. 2:20; 3:5; 1 Jn. 2:20). La iglesia no confiere autoridad a la Biblia, sino que reconoce y obedece esa autoridad que ya la Biblia posee por ser Palabra de Dios.

El canon del Nuevo Testamento comprende una colección de 27 libros: los cuatro evangelios – Mateo, Marcos, Lucas y Juan –, los Hechos, veintiuna epístolas o cartas – Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas –, y el libro de Apocalipsis.

3.1.4 La comprensión y obediencia de las Escrituras: iluminación, interpretación y autoridad

Para comprender el mensaje divino de las Escrituras, el Señor abre el entendimiento del creyente que anda en comunión con Dios (Sal. 119:18, 27; Lc. 24:45). El Espíritu Santo ilumina al creyente para conocer lo que Dios ha revelado en Su palabra. Sólo el cristiano obediente a los mandatos divinos puede percibir el contenido espiritual de la Palabra de Dios (1 Co. 2:11-12). En cambio, la persona inconversa – por no tener el Espíritu de Dios (Jn. 14:17; Ro. 8:9) - “...no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Un cristiano inmaduro y en desobediencia es incapaz de comer el alimento doctrinal sólido de la Palabra de Dios (1 Co. 3:1-3; He. 5:11-14).

Sin embargo, esta obra del Espíritu no anula la responsabilidad de cada cristiano de leer, estudiar e interpretar correctamente la Biblia: “leían con claridad el libro de la ley de Dios y lo interpretaban de modo que se comprendiera su lectura” (Neh. 8:8 Nueva Versión Internacional). Por ser un libro escrito por autores humanos, quienes vivieron su tiempo, lugar y cultura, leer y entender bien la Palabra exige la aplicación de principios hermenéuticos (de interpretación). Se debe estudiar la gramática del texto y leer el pasaje en su contexto (esto es, tanto el entorno inmediato de un pasaje como el contenido global de las Escrituras, pues Estas son su mejor intérprete). Otra norma importante es conocer la historia y la cultura de los hombres y mujeres de la Biblia.

Además, se debe tomar en cuenta que la revelación de Dios es progresiva. Dios no reveló toda su verdad de golpe, sino poco a poco. Para entender una doctrina, se debe tener una visión global de la Palabra de Dios. Lo que fue dicho en un tiempo, Dios lo amplía y extiende en otro momento. Por ejemplo, ningún lector responsable de la Biblia se limita al A.T. para comprender la persona y la obra de Dios; ningún cristiano de hoy confiesa su pecado pidiendo como David “y no quites de mí tu santo Espíritu” (Sal. 51:11), pues el Señor y las epístolas apostólicas enseñan que el Espíritu mora para siempre en el creyente (Ver **3.4.4**).

En definitiva, cada cristiano puede interpretar por sí solo la Palabra siempre y cuando aplique principios de interpretación apropiados. Aunque la iglesia cuenta con maestros capaces para enseñar a los creyentes (Ef. 4:11; 2 Ti. 2:2), la autoridad última la tiene la Biblia. Cada cristiano es responsable de comprobar que la enseñanza que recibe en la congregación se basa no en tradiciones ni credos impuestos ni opiniones personales, sino en el sentido normal y llano, no alegórico, de la Santa Palabra de Dios (Hch. 17:11). Nunca una experiencia personal o una supuesta nueva revelación sustituirán ni tendrán la autoridad de la Palabra de Dios (2 Ts. 2:2). Nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles demostraron su estricto apego a la autoridad de las Escrituras por la forma como, para zanjar cualquier discusión de doctrina o de norma de conducta, emplearon las expresiones “Escrito está”, “¿Nunca leisteis?”, “Porque dice”, “Como dijo”, cuando citaban directamente del

Antiguo Testamento (Mt. 4:4, 7, 10; 21:16, 42; 22: 31-32; Ro. 3:4, 10; 8: 36; 9:13, 17, 25, 29; Stg. 4:6; He. 3:7; 1 P. 1:16).

La tarea de interpretar la Biblia, individual o congregacionalmente, tiene como fin obedecer la voluntad de Dios, para que la vida de cada cristiano crezca en el conocimiento íntimo de Dios para agradarle. “Toda Escritura es útil para enseñar, para corregir, para redargüir, para instruir en justicia...” (2 Ti. 3:16). Debemos hacer nuestras las palabras de Pablo: “Nosotros anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Col. 1:28).

De Dios

Dios es único, vivo y verdadero cuya subsistencia está en Él mismo (Ex. 3:14; 1 Te. 1:9; Ap. 10:6). Él es infinito en ser y perfección (Is. 40:12-31). Su esencia no puede ser comprendida por nadie sino por Él mismo, pero puede ser en parte conocida porque se ha revelado en la Biblia y mediante la Persona de Jesucristo: “...nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt. 11:27; Jn 1:18) a través del Espíritu Santo (1 Co. 2:9-12). Dios es Espíritu, invisible, inmortal (Jn. 4:24; 1 Ti. 1:17).

3.2.1 Revelación y nombres de Dios: Su carácter

Dios se ha dado a conocer “muchas veces y de muchas maneras” (Heb. 1:1). Por la revelación general, Dios da a conocer su existencia, poder y sabiduría a todo ser humano, quien se hace responsable de su actitud hacia el Creador. La creación del universo, la providencia y la conciencia moral son formas de Dios darse a conocer (Sal. 19:1-6; Hch. 14:15-17; Ro. 1:18ss; 2:14-15). Sin embargo, la plena revelación de Dios vino en la Persona de Jesucristo, pues “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn. 1:18). Esta revelación especial se recibe por la fe en Cristo, gracias a la obra iluminadora del Espíritu Santo (Mt. 11:27; Jn. 14:17, 26; 15:26; 16:13). Esta revelación especial permite al cristiano crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 P. 3:18).

Otra manera de Dios revelarse es por medio de Su Nombre. Es verdad que los patriarcas emplearon designaciones generales de los pueblos de entonces (la palabra *Dios* - en hebreo *el/ehohim* - es propia de las lenguas cananeas), sin embargo, Dios se reveló con el nombre *YHWH*, como el “Yo soy el que soy” (Ex. 3:13-15). Este nombre – conocido como Tetragrámaton, por estar formado por cuatro letras consonantes en el hebreo antiguo – más que referirse a la identidad o forma de denominar a Dios, expresa su carácter; por eso Dios tuvo que revelarlo. En la antigüedad oriental, el nombre

correspondía al carácter de la persona. La pregunta de Moisés indica que el pueblo de Israel esperaba una manifestación del carácter y de las acciones de Dios (Ex. 3:13). Al darse a conocer de esta manera, Dios reveló su carácter autosuficiente, eterno y siempre presente para intervenir a favor de su pueblo. Después en la proclamación de Su Nombre a Moisés (Ex. 34:5-7), Dios dio a entender que no es pronunciar las cuatro letras del nombre lo que significa conocerle, sino adorarle y vivir en obediencia a la revelación de Su gloria, de Su Ser, de Su carácter. Cuando el Señor dijo “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste...” (Jn. 17:6, 26), sus discípulos ya conocían el título o designación de YHWH, pero Él les reveló en profundidad la naturaleza y el carácter de Dios. La expresión “el que es y que era y que ha de venir” (Ap. 1:4; 4:8; 11:17) es una alusión a ese nombre YHWH.

3.2.2 Los atributos de Dios

Dios posee atributos únicos y perfectos. Un atributo es la perfección propia de Dios que le distingue y afirma como Dios, revelada en las Escrituras y, en algunos casos, capaz de ser manifestada en grado limitado en sus criaturas. En otras palabras, son características intrínsecas a su Ser.

Estos atributos se pueden agrupar en naturales y morales. Los naturales se llaman también incommunicables, absolutos y constitutivos, porque son exclusivos de la deidad y pertenecen a su naturaleza. Los atributos morales, comunicables o relativos, son perfecciones que en grado absoluto sólo existen en el carácter moral de Dios, pero que en algún modo están también en los seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:27).

3.2.2.1 Atributos naturales de Dios:

- **Unicidad:** Esta perfección expresa el carácter único y singular de Dios, es decir, no hay otro ser como Él. Por otro lado, la unidad de Dios tiene que ver con el hecho de que sólo existe o hay un Dios (Dt. 6:4; Stg. 2:19). Esta enseñanza descarta la posibilidad de la existencia de otros dioses: “...antes de mí no fue formado dios ni lo será después de mí.” (Sal. 115:3-8; Is. 43:10). Por esto, sólo El merece nuestra adoración, como dijo el Señor al diablo: “...escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mt. 4:10). Dios busca verdaderos adoradores que le adoren “en espíritu y verdad” (Jn. 4:23-24). Cualquier cosa que desplace a Dios en la vida de un cristiano se convierte en un acto de idolatría, por lo que la Palabra advierte: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:20) y “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros... avaricia, que es idolatría” (Col. 3:5; Ef. 5:5).
- **Indivisible:** Este atributo expresa que Dios existe sin composición y sin división. Dios es una sola esencia o sustancia. No es un ser compuesto por varias sustancias ni está dividido en partes. Al ser indivisible, Dios

es Espíritu puro (Jn. 4:24). Este atributo no contradice la trinidad, pues tiene que ver con la esencia de Dios; en cambio, la trinidad corresponde a su subsistencia.

- Eternidad: Este atributo indica que Dios se revela como un Ser no sujeto a los límites del tiempo. El no tuvo principio ni tendrá fin (Dt. 32:40; Sal. 90:2; Ap. 1:8). Su eternidad está ligada a Su existencia propia, pues siempre ha existido por sí mismo sin que ninguna causa produjera su existencia. Dios es el siempre “Yo soy” (Ex. 3:14).
- Infinitud: Dios no tiene medida ni límite alguno como la creación. El es infinito (1 Rey. 8:27; Hch. 17:28). Sin embargo, por su gracia “habita con el quebrantado y humilde de espíritu” (Is. 57:15).
- Inmutabilidad: Es la perfección divina por la cual Dios no puede cambiar en Su naturaleza y en Su carácter (Mal. 3:6; He. 1:10-12). Sin embargo, en función de las etapas de su plan de salvación y por la rebeldía humana, Dios cambia su forma de tratar a las personas. En ocasiones, los escritores bíblicos aluden a Dios como si se arrepintiera de algo (Gn. 6:6; 1 Sa. 15:11), pero lo hacen utilizando una figura literaria conocida como antropomorfismo (en forma de hombre) para indicar el disgusto divino contra el pecado del hombre.
- Omnipresencia: Indica que Dios está presente siempre en todos los lugares con toda la plenitud de su ser (Sal. 139:7-11; Mt. 28:20), sin ser parte del universo. Su presencia asiste a su pueblo en las pruebas, la lucha contra el pecado, el culto y la predicación. Aún hoy se cumplen las palabras de Dios a Moisés: “Mi presencia te acompañará” (Ex. 33:14). ¡Bien hará su pueblo en vivir con reverencia ante la presencia de Dios!
- Omnisciencia: Dios conoce tanto los hechos en el pasado, presente, futuro como los que hubieran ocurrido en determinadas circunstancias aun sin haber llegado a suceder (1 Sa. 23:9-13; Is. 46:9-11; Ez. 11:5; Dn. 2:22). Conocer bien este atributo debe producir en el cristiano un temor a Dios por cuanto “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He.4:13).
- Omnipotencia: Es la perfección divina por la cual Dios tiene todo poder para hacer que se cumpla todo aquello que se propone (Gn. 17:1; 18:14; Lc. 1:37; Ap.1:8). Sin embargo, Sus atributos morales actúan en armonía con los demás de modo que Dios no se contradice a Sí mismo. Por ejemplo, su veracidad no puede mentir (Ro. 3:4; Tit. 1:2), su justicia le impide salvar al pecador que muere rechazando a Cristo como Salvador.
- Soberanía: Dios tiene control sobre todo lo que existe. Por ser Creador y Señor, es el dueño de todo y ejerce su autoridad suprema sobre todo la creación. El reina, decreta y actúa sin que nadie ni nada pueda resistir

Su voluntad (Is. 40:23-24; 43:13; Prov. 19:21; Dn. 4:35 Ef. 1:11). La rebeldía y el orgullo de los seres humanos parecerían como si el mundo actuara con autonomía, sin control de Dios. Al final, se verá con claridad que “el que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Sa. 2:4) y que “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Ap. 11:15). Esta perfección da “un fortísimo consuelo (a) los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Heb. 6:18), pues “es imposible que Dios mienta” e “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (He. 6:18; Ro. 11:29). Sólo nos resta decir con Pablo: “A él sea la gloria por los siglos. Amén.” (Ro. 11:36).

3.2.2.2 Atributos morales de Dios:

- Amor: Es la perfección divina por la cual Dios hace todo con afecto entrañable y desinteresado. Más que un atributo, es la esencia de Dios (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:8). Su amor halló su máxima expresión al dar a Su Hijo para que muriera en lugar de pecadores rebeldes, quienes sólo merecían el justo juicio de la ira divina (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 1 Jn. 4:9-10). En medio de las pruebas y tribulaciones, ese amor divino es la garantía de la esperanza del cristiano (Ro. 5:5; 8:35-39). Su amor también es la base de motivación para que el cristiano le rinda en gratitud la vida y ame a los hermanos con sinceridad y como evidencia de ser un hijo de Dios transformado por la gracia de Dios (Ro. 12:1, 9, 10; 2 Co. 5:14-15; 1 Jn. 3:16-18). “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Jn. 3:1).
- Justicia: Dios actúa con absoluta rectitud (Gn. 18:23-26; Ex. 34:6-7; 1 Jn. 1:9; Ap. 16:5). Trata a las personas sin favoritismos o soborno “porque no hay acepción de personas para con Dios” (Ro. 2:11), y “pagará a cada uno según sus obras” (2:6). El amor produce en Dios el no querer “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9). El “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4); sin embargo, por rechazar a Su Hijo, Dios obrará con justicia para condenarlos. Desde el punto de vista positivo, Dios se ajusta a su justicia y demanda una vida de rectitud a los creyentes (Mt. 5:20; Ro. 6:13; 1 Jn. 2:29; 3:7; Ap. 22:11).
- Sabiduría: Desde la perspectiva del A. T., la sabiduría encierra el uso práctico del conocimiento para los mejores resultados de la vida. Respecto a Dios, indica que El no se equivoca en lo que piensa y hace, pues su conocimiento selecciona las mejores opciones (Is. 40:13,14; 1 Ti. 1:17). Por otro lado, en el N.T. la sabiduría de Dios se manifiesta en su plan de salvación en la cruz del calvario, que es un absurdo para

el inconverso, pero constituye el medio de salvación para el creyente (1 Co. 1:17ss.). La fuente de la sabiduría es temer a Dios (Prov. 1:7) y conocer la persona y la obra de Cristo “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3); por eso, como “Cristo Jesús... nos ha sido hecho por Dios sabiduría” (1 Co. 1:30), “Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18) y “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios, sino como sabios” (Ef. 5:15).

- Santidad: Es la perfección divina que hace que Dios esté apartado de toda especie de mal (Is. 6:3; Hab. 1:13; Ap. 4:8) y lleno de toda pureza moral y bondad (1 Jn. 1:5). La santidad brilla como la corona de los atributos divinos inspirando al cristiano a la adoración y demandándole una vida consagrada a Él y apartada de toda especie de mal, pues “como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15). Además, “La voluntad de Dios es vuestra santificación...” (1 Ts. 4:3), escribió el apóstol Pablo.

3.2.2.3 Otros atributos de Dios:

- El Dios celoso: Se asocia esta palabra con conductas irracionales, desenfrenadas y violentas en el hombre y la mujer. Sin embargo, la Biblia describe a Dios como “Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es” (Ex. 34:14; Deut. 6:15) para resaltar que él demanda a su pueblo una estricta relación de fidelidad que, en caso de ser violada, expone a los creyentes a la disciplina divina severa. Esta reacción de Dios nace de su amor ofendido para evitar que sus hijos se aparten de la comunión con él, “¿O provocaremos a celos al Señor?” (1 Co. 10:22)
- La ira de Dios: Al igual que el celo de Dios, Su ira debe verse como una expresión de la justicia y santidad. Cuando Dios castiga al rebelde, hace “su extraña obra...su extraña operación” (Is. 28:21). “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira y grande en misericordia” (Sal. 103:8), pero no puede tener “por inocente al malvado” (Ex. 34:7). Su ira consiste en la expresión de su justa indignación ante el pecado, su oposición a toda incredulidad (Jn. 3:36; Ro. 1:18) y la ejecución de sus juicios retributivos contra una humanidad rebelde. Por ejemplo, los juicios del Apocalipsis están simbolizados por las siete copas de la ira de Dios y del Cordero (Ap. 16:1ss.), que culminarán con la condenación eterna de los incrédulos en el juicio final (Ro. 2:5, 7 y 9; Ap. 20:15). Por la obra de la propiciación (Ro. 3:25; 1 Jn. 2:2), Cristo libró al creyente de la ira de Dios y de toda condenación: “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1), pues El “nos libra de la ira venidera...Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 1:10; 5:9).

- La gloria de Dios: es difícil decidir si se trata de un atributo más o si sólo se refiere a la manifestación visible de la suma de sus atributos que llevan al ser humano a postrarse ante la majestad divina y a reconocerle como digno de toda adoración (Ex. 33:18-23; 34:5-8; Is. 6:1-5; Ap. 4:1ss.). En el A.T., Dios utilizó algunos elementos para manifestarse: nube, fuego, un embaldosado, carros de fuego (Ex. 13:22; 24:10; 40:34-38; Ez. 1:1ss). El encuentro con la gloria de Dios transforma al creyente: a Moisés, en lo físico (Ex. 34:29-30), a Isaías, en su conciencia de pecado (Is. 6:1ss). La plenitud de la gloria de Dios se reveló en la persona de Jesucristo (Jn. 1:14). Su gloria va transformando el carácter del cristiano a Su semejanza (2 Co. 3:18). El pueblo de Dios se goza “en la esperanza de la gloria de Dios” (Ro. 5:2). Un día esa gloria brillará con todo su esplendor por toda la eternidad (Ap. 21:23; 22:5).

3.2.3 La Trinidad:

Dios es una sola esencia que existe, ha existido y existirá siempre en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cada una de las tres Personas tiene toda la esencia divina (Mt. 28:19; Jn. 14:11; 1 Cor. 12:4-6; 2 Co. 13:14; Ef. 4:4-6; 1 P. 1:2). Se emplea el término Trinidad o Triunidad para expresar esta verdad revelada en la Palabra de Dios. Con ello se quiere decir que Dios es Uno en esencia, pero subsiste en Tres Personas. No implica que sean tres dioses ni tampoco que Dios se manifiesta en tres personas.

El término Trinidad no se encuentra en la Biblia, pero sí corresponde a una enseñanza bíblica. La ausencia del término no niega la doctrina, pues tampoco la palabra *persona* aparece en la Biblia, sin embargo, nadie afirma que es antibíblico referirse a Dios como una persona.

Cuando la iglesia formuló la doctrina de la Trinidad en el s. IV d. C. se enfrentaba a varias falsas enseñanzas respecto a la esencia de Dios: algunos negaban la deidad del Hijo, otros consideraban al Espíritu como una fuerza impersonal. La iglesia, entonces, expresó una doctrina bíblica para contrarrestar esos errores. En otras palabras, la iglesia no inventó la doctrina de la Trinidad ni la descubrió en el s. IV, sino que la derivó del estudio global de la Palabra de Dios para exponer claramente la fe cristiana y defenderla del error.

Por el contexto politeísta en el que vivió el pueblo de Israel, la revelación acerca de la Trinidad es apenas insinuada en el A.T. Dios tuvo que revelarse drásticamente como Uno, pues Su pueblo cayó varias veces en la idolatría a varios dioses. De ahí el énfasis “Oye, Israel; Jehová, nuestro Dios, Jehová, uno es” (Dt. 6:4); “...yo soy el primero, y yo soy el último; y fuera de mí hay Dios” (Is. 44:6).

Sin embargo, algunas indicaciones apuntan a una pluralidad de personas en la deidad. El Ángel de Jehová, quien se distingue de Jehová, se identifica como Dios, habla con la autoridad de Dios y recibe adoración (Gn. 18:1ss; 22:11-14; Ex. 3:2-6; Jos. 5:13-15; Zac. 3:1-2). Al Mesías prometido se le llama Dios Fuerte (Is. 9:6), y se le identifica en el N.T. como el Señor (Is. 40:1ss comparar con Mt. 3:1ss; Ez. 34:15-16 con Lc. 19:10).

En el N.T. la revelación acerca de la Trinidad avanza progresivamente hasta implicar a las tres Personas en una misma obra (1 Co. 12:4-6; 2 Co. 13:14). Nótese que ambas obras – la capacitación espiritual para servir a Dios por medio de dones y la bendición espiritual – sólo puede realizarlas una Persona divina.

El texto de Mateo 28:19 es contundente ya que un solo nombre - *el nombre*, en singular- incluye las tres Personas en una obra divina – el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo -. No dice “en los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

En el plan de salvación es donde la palabra de Dios expresa con mayor claridad la distinción de Personas en la unidad de Dios. El Padre idea el plan de salvación (Ro. 8:28-30; Ef. 1:4, 9-11; 1 P. 1:2), el Hijo se encarna para cumplir con la voluntad del Padre, a saber, entregarse como sacrificio por el pecado del mundo (Jn. 4:34; 6:38-40; 17:4; Ro. 8:3) y el Espíritu Santo aplica los resultados de la cruz en el cristiano (Jn. 14:16-17; 15:26; Ro. 8:9ss). Negar la Trinidad invalida la eficacia de la muerte de Cristo en sustitución del pecador. Para poder aplicar los beneficios de la salvación, el Espíritu Santo tiene que ser una Persona divina.

En el seno de la Trinidad se da una relación entre las tres Personas. El Padre no proviene de nadie, ni por generación ni por posesión. El Hijo es el Verbo eterno en íntima comunión con el Padre. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, es decir, tiene una relación eterna con ambas personas divinas (Jn. 1:1, 3, 14, y 18; 10:36; 15:16 y 16:28; 1 Jn. 4:8, 10, 13, 14).

Del Señor Jesucristo

Jesucristo es la Segunda Persona de la Trinidad. Tal denominación no significa que el Hijo es inferior al Padre. Esa es una expresión relacionada con el orden o la economía trinitaria. El es el Hijo Eterno de Dios (Jn. 1:18), el Verbo hecho carne (Jn. 1:14). El es Dios-hombre. Como Dios, antes de nacer en Belén, Cristo ya existía (Is. 9:6; Miq. 5:2; Jn. 1:1, 14; 8:58). La Biblia enseña que Jesucristo es Dios cuando: lo denomina como tal (Jn. 1:1), reconoce su preexistencia como Dios (Fil. 2:6), Tomás lo reconoce como Dios (Jn. 20:28), Pablo y Juan lo llaman Dios (Ro. 9:5; Tit. 2:13; 1 Jn. 5:20). Cristo es la única persona de quien se puede decir: “porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud” (Col. 1:19) y “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col. 2:9).

3.3.1 Jesucristo como Dios

El Señor Jesucristo posee todos los atributos divinos: inmutabilidad (He. 13:8), omnipresencia (Mt. 18:20; 28:20), omnisciencia (Mr. 2:8; Lc. 9:47; Jn. 2:25), omnipotencia (Jn. 5:19; Heb. 1:3), eternidad (Jn. 8:58; 17:5; Col. 1:17), soberanía (Ap. 1:5; 19:16).

El Señor Jesucristo recibió adoración (Mt. 2:11; Lc. 24:52; Jn. 9:38). También ejerció actividades divinas: fue el agente de la creación “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Jn. 1:3; Col. 1:16-17; He. 1:2). Tenía autoridad para perdonar pecados (Mt. 26:28; Mr. 2:5; Lc. 7:47-50). Otras acciones divinas del Hijo son ejercer autoridad sobre los cielos y la tierra (Mt. 28:18) y juzgar a los hombres (Jn. 5:22). En el futuro reino eterno, el Cordero compartirá con Dios el Padre la supremacía y la adoración debida a su nombre (Ap. 21:22-23; 22: 1-3). De ahí que toda rodilla se doblará y confesará que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre (comparar Is. 45:23 con Fil. 2:9-11).

El hecho de que Jesucristo sea llamado “Hijo de Dios” indica una relación eterna con el Padre, no un origen en el tiempo. La Segunda Persona de la Trinidad es Hijo de una manera diferente a los que creen en Su nombre, a quienes se les da “la potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). Mientras que los cristianos son hijos de Dios por adopción o nuevo nacimiento, Jesucristo es el único en su clase por su relación eterna con el Padre. El vocablo “unigénito” (gr. *monogenes*) significa que no hay otro como Él. Dicho vocablo no guarda ninguna relación con nacimiento u origen. Jesús expresa con claridad que su relación de Hijo con el Padre es distinta a la de los creyentes. Después de resucitar, le dijo a María Magdalena: “...ve a mis hermanos y diles: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). Jesús siempre habla de *mi* Dios, no *nuestro* Dios. La oración del Padre nuestro, no es una excepción, pues Jesús dice: “*Vosotros*, pues, oraréis así: Padre nuestro...” (Mt. 6:9).

Es una negación a la fe cristiana decir que Jesucristo es el más excelso ángel o criatura. La Palabra resalta la superioridad del Hijo respecto a los ángeles. Nunca se dice que Jesús sea el ángel más excelso. El argumento del autor a los Hebreos descansa precisamente en que “del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos...” (He. 1:8). Por esto, se manda “Adórenle todos los ángeles” (He.1:6). Nótese que quien “dice” es Dios (1:5).

Con el título “Hijo”, el Señor se refería a su relación divina con el Padre, a su naturaleza igual a la del Padre. Así lo entendieron los judíos: “Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn. 5:18). En una ocasión intentaron apedrearlo “...por la blasfemia, porque tú siendo hombre, te haces Dios” (Jn. 10:33). Tal fue la razón de su crucifixión. A la respuesta de Jesús como el Hijo del Bendito, El sumo sacerdote exclamó: “¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de

testigos? Ahora mismo habéis oído su blasfemia” (Mt. 26:63-65). Si el término Hijo no hubiera significado relación divina, hubiera sido sencillo para el Señor corregir a los judíos el supuesto malentendido, pero no lo hizo.

Es una distorsión lingüística y gramatical traducir la última parte de Juan 1:1 “y la Palabra (el Verbo) era un dios”. En el idioma griego no existe el artículo indefinido “un”. Los sustantivos en griego tienen definitividad propia. Cuando hay dos sustantivos unidos por el verbo “ser” el que lleva el artículo determinado es el sujeto. La Reina Valera 60 correctamente traduce: “y el verbo era Dios”. Sería incorrecto, según la gramática griega decir: “y Dios era el verbo”. Por llevar el artículo definido: “el Verbo” es el sujeto de la oración.

A Jesús se le llama “el primogénito de toda creación” (Col. 1:15) y “el principio de la creación de Dios” (Ap. 3:14) para destacar su supremacía y preeminencia sobre todo lo creado. Estos textos no enseñan que Jesucristo fue el primer ser creado, pues “Todas las cosas por El fueron hechas, y sin El nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Jn. 1:3). El término “primogénito” significa primero en rango o importancia, no necesariamente en el tiempo, así como Jacob fue el primogénito sin haberlo sido cronológicamente. Se puede ver el sentido de primogénito en el Salmo 89:27: “Yo también lo pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”. La segunda frase explica el sentido de la primera.

Puesto que Jesús dijo que “el Padre es mayor que yo” (Jn. 14:28), se podría pensar que Cristo no era Dios. Sin embargo, es evidente que por asumir una naturaleza humana, Jesús se sometió a la voluntad del Padre “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Heb. 5:8). Su encarnación le hizo que fuera incluso “un poco menor que los ángeles” (He.2:9).

3.3.2 Jesucristo como Hombre

“Aquel hombre que se llama Jesús” (Jn. 9:11) nació de mujer, aunque sobrenaturalmente por la acción del Espíritu Santo (Mt. 1:16ss; Lc. 1:26ss; Gál. 4:4). Creció y se desarrolló como un niño normal (Lc. 2:52). Fue llamado “hombre” (Mt. 11:19; Ro. 5:15; 1 Ti. 2:5). Fue visto y tocado por los hombres (Lc. 24:36-39 y 48; 1 Jn. 1:1-3). Padeció hambre (Mt. 4:2), sed (Jn. 19:28), cansancio (Jn. 4:6), angustia (Mt. 26:37), tristeza (Mt. 26:38). Lloró (Jn. 11:35), sufrió (Mt. 27:4; Lc. 22:44; He. 2:18) y murió (Jn. 19:30; Hch. 3:15). Fue semejante en todo a los hombres, pero nunca pecó (He. 4:15; 1 P. 2:22). Siempre que nos sintamos en debilidad o seamos tentados, busquemos la ayuda de nuestro Señor, pues él “puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25).

Sin embargo, Jesucristo no es dos personas, sino una sola persona divina con dos naturalezas: divina y humana. La unión de ambas naturalezas – sin mezcla, ni confusión, ni divididas – hace posible que El sea “el único mediador entre Dios y los hombres” (1 Ti. 2:5). Por ser Dios, cumplió las

demandas divinas para salvar al hombre. Por su valor infinito, su muerte puede satisfacer plenamente al Padre y sustituir a todos los seres humanos. Entregó su cuerpo sin pecado para rescatar a los hombres de la esclavitud del diablo, el pecado y la muerte (2 Co. 5:21; Gá. 1:4; Col. 1:13; He. 2:14-15; 1 Jn. 3:8).

La encarnación del Hijo de Dios es un hecho que escapa a la comprensión plena de cualquier persona: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad, Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). El “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres...” (Fil. 2:6-7). El “hacerse carne” (Jn. 1:14) impuso limitaciones al Hijo de Dios en cuanto al disfrute pleno de la gloria con el Padre (Jn. 17:5), la manifestación de esa gloria en la tierra y el uso de atributos operativos; es decir, Jesús se sometió a la voluntad del Padre, sin que la persona del Verbo se valiera de sus atributos con independencia del Padre para provecho personal (Mt. 4:1-4; 26:51-54; Jn. 18:11). Sin embargo, en ningún momento la Segunda Persona de la Trinidad dejó de ser Dios.

Al hacerse hombre, cumplió varios propósitos. El Hijo dio a conocer plenamente a Dios (Jn. 1:18; 14:8-11; 17:6, 26), asumió un cuerpo para ser la ofrenda perfecta que quitó el pecado una vez para siempre y destruyó las obras del diablo (Jn. 1:29-30; He. 2:14-15; 10:5-10). Además, se constituyó en el segundo Adán para restaurar la imagen de Dios en el ser humano (Ro. 5:14-19; 8:29; 1 Co. 15:22, 45-49). En relación con Israel, Pablo escribe que “Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Ro. 15:8). Cristo mismo dijo que “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt. 15:24).

3.3.3 Nombre y títulos de Jesucristo:

Al igual que con el Padre, la Biblia revela facetas del carácter de la persona y la obra del Hijo por medio de su nombre y de sus títulos. Su nombre humano, designado por Dios a través del ángel Gabriel, es Jesús. El ángel les dijo a José y María “...le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mt. 1:21); “...y llamarás su nombre Jesús” (Lc. 1:31). Tal nombre designa la obra salvadora del Señor.

Un título importantísimo del Señor es Mesías o Cristo (Mt. 1:17), el cual significa en hebreo y griego ungido. Identifica al Señor en su papel de Sacerdote, Profeta y Rey. Jesús evitó ese título (Mr. 8:29-30) porque en su tiempo las esperanzas del pueblo estaban puestas en un libertador político, lo que impedía que las personas conocieran la naturaleza de su misión en su primera venida: Entregar su vida como el Siervo sufriente (Is. 52:13 – 53:12; Mr. 10:45). Incluso sus discípulos, llevados del entusiasmo popular, no

entendieron al principio que “era necesario que el Cristo padeciese” y después “entrarse en gloria” (Mr. 8:31; Lc. 24:26-27, 44-47).

Un tercer título del Señor es Hijo de hombre. Este nombre es una auto-designación. El Señor no lo utilizó para ocultar su identidad mesiánica sino como una referencia a Su origen celestial. Él es el Ser celestial que vendrá en Gloria para tomar posesión del Reino del Mundo. El título “Hijo del Hombre”, por lo tanto, apunta al origen celestial de la Persona del Mesías, quien es el poseedor de la Gloria celestial. Obsérvese que en Juan 5:25 y 5:27 “Hijo de Dios” e “Hijo del Hombre” son equivalentes. Es un título de exaltación tomado de Daniel 7 y usado para referirse a su vida y ministerio terrenal (Mr. 2:10, 28), a sus padecimientos, muerte y resurrección (Mr. 8:31) y a su venida en gloria (Mr. 13:26). Respecto a sus sufrimientos, cumple las profecías del Siervo sufriente que entrega su vida por los pecadores (Mr. 10:45).

Sin embargo, su humillación le llevó a la exaltación; por eso, “Dios también le exaltó sobre todas las cosas, y le dio un nombre (título) que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla...y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11). De acuerdo al apóstol Pablo, confesar a Jesucristo como Señor es reconocerle como Dios (Ro. 10:9), pues Señor (en griego *Kyrios*) fue el término que utilizaron los judíos que tradujeron el A.T. al griego (versión que se conoce como Septuaginta o versión de los setenta) para sustituir el tetragrámaton *YHWH* (V. 3.2.1).

3.3.4 La obra actual de Jesucristo:

Con la ascensión (Lc. 24:50-53; Hch. 1:9-11), concluyó el ministerio terrenal de la primera venida del Señor. Su ascensión significó su regreso a la gloria que tenía antes con el Padre (Jn. 17:4-5), su entronización como Señor (Hch. 2:33-36; Fil. 2:9-11) dando el Espíritu Santo a su pueblo (Jn. 14:16; 15:26; 16:7; Hch. 1:4-5; 2:33; Ef. 4:8-10) y esperando “hasta que (Dios) ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (He.1:13). Al sentarse a la diestra del Padre, su ministerio sacerdotal, respecto a la entrega de ofrendas, terminó “una vez para siempre” (He. 9:12, 26, 28).

En los cielos, sentado a la diestra del Padre, el Señor realiza un activo ministerio. Por ser Dios Hombre, y por su muerte y resurrección, es “el único mediador entre Dios y los hombres” (1 Ti. 2:5). Sólo Cristo salva: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12 y Lc. 24:47; Hch. 10:42-43; 17:30-31). Por eso, es el único camino para conocer a Dios (Jn. 14:6). De ahí la noble tarea que descansa sobre los cristianos de evangelizar y hacer discípulos a todas las naciones (Mt. 28:19-20).

Varias figuras literarias se emplean para expresar la relación actual del Señor con su iglesia. El está edificando su iglesia (Mt. 16:18), de la cual es su

fundamento y piedra principal (1 Co. 3:11; 1 P. 2:5-8). Sobre ese cimiento, sólo puede el cristiano sobreedificar con materiales que pasen la prueba del fuego en el examen del Tribunal de Cristo (1 Co. 12:15). En la figura del cuerpo humano, el Señor es la cabeza de la iglesia, a la cual dota de dones espirituales (Ef. 1:22-23; 4:11ss; Col. 2:19). La vitalidad de su presencia espiritual se indica por la unión entre la vid y las ramas destacando a los cristianos “que separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5). Cristo es el esposo de la iglesia a la cual “amó...y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese manchas ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25-27). Esa relación debe primar entre los esposos cristianos llenos del Espíritu Santo (Ef. 5:18ss). Conocer que El Señor es el dueño de la iglesia, “la cual él ganó con su propia sangre” (Hch. 20:28) debería humillar a cualquier pastor que huya del peligro de pastorear “no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino como siendo ejemplos de la grey” (1 P.5:3).

Como los cristianos fallan en vivir a la altura de su llamado (Ef. 4:1), el Señor los asiste en el proceso de santificación. Por medio de la acción del Padre y del Espíritu Santo, Cristo intercede constantemente por ellos ante el Padre (He. 2:18; 4:14-16; 7:25) y los defiende como abogado (1 Jn. 2:1). Cada hijo de Dios que peque debe confesar su pecado para restaurar su comunión con el Padre y su Hijo (1 Jn. 1:7ss).

En Su nombre, la iglesia puede pedir cualquier cosa. Sin embargo, su respuesta a las oraciones es conforme a su voluntad y en obediencia a su palabra (Jn. 15:7; 16:24; 1 Jn. 5:14-15). Nunca se nos manda a declarar sano a alguien, tomar posesión de bienes con sólo pronunciar el nombre Jesús. Pedir en su nombre esperando en la voluntad de Dios no revela una falta de fe. Jesús mismo oró: “no sea como yo quiero, sino como tú...hágase tu voluntad” (Mt. 26:39, 42). Pablo oró muchas veces por su viaje a Roma, pero su petición la hacía “...rogando que de alguna manera, si es la voluntad de Dios, tenga al fin un próspero viaje para ir a vosotros” (Rom. 1:10). Y a los hombres de negocio, Santiago les exhorta a “decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (4:15).

Estas peticiones incluyen la restauración de los creyentes que han caído, decisión que el Señor aprueba con su presencia (Mt. 18:18-20; 1 Jn. 5:16).

A su iglesia le espera un destino glorioso. Al partir a la presencia del Padre, Cristo prometió a los suyos: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay...voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:2-3). “El que da testimonio de estas cosas dice: ‘Ciertamente vengo en breve’. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22:20).

Del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santa Trinidad, de igual sustancia, poder y eternidad que el Padre y el Hijo, de los cuales procede no en sentido de origen sino en cuanto a que ha sido enviado para continuar la obra de Cristo en la tierra (Jn. 15:26; 16:13-15; Mt. 28:19). La principal función actual del Espíritu Santo es glorificar a Cristo (Jn. 16:14).

3.4.1 Su personalidad

El Espíritu Santo es una persona –no una fuerza -. Posee atributos propios de una persona: inteligencia, sentimientos y voluntad. Su inteligencia se revela en que conoce aun las secretos profundos de Dios (1 Co. 2:10-11). Expresa sus sentimientos intercediendo con gemidos y sintiéndose triste cuando un cristiano peca (Ro. 8:26; Ef. 4:30). Ejerce su voluntad indicando a los profetas su decisión de llamar a hombres para la obra misionera (Hch. 13:1-2), guiándolos a los lugares de la misión (Hch.16:6-8). El Espíritu Santo tiene intenciones (Ro. 8:27) y distribuye los dones según su voluntad (1 Co. 12:11).

También realiza obras propias de una persona, como guiar (Jn. 16:13; Ro. 8:14), convencer al mundo de pecado (Jn. 16:8), enseñar (Jn. 14:26; 1 Co. 2:13), consolar (Jn. 14:16), interceder por los santos (Ro. 8:27), elegir y enviar al ministerio (Hch. 13:2; 20:28), oír (Jn. 16:13), escudriñar la mente de Dios (1 Co. 2:10,11), hablar (Hch. 8:29; 13:2), repartir dones a cada cristiano “como El quiere” (1 Co. 12:11).

Por último, se confirma que es una persona porque recibe acciones únicas de una persona. Se le puede blasfemar (Mt. 12:31; Mr. 3:29), mentir (Hch. 5:3), resistir (Hch. 7:5), contristar (Ef. 4:30), afrentar (He. 10:29). Estas abundantes obras y acciones muestran que los escritores de la Biblia, al referirse al Espíritu Santo, no están empleando una personificación (figura del lenguaje que atribuye cualidades humanas a objetos inanimados), sino destacando su personalidad. Por ejemplo, el salmista invita a la naturaleza a gozarse ante la venida de Dios a juzgar a la tierra. Su exhortación es “Alégrense los cielos, y gócese la tierra; brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento” (Sal.96:11-12). Cualquier lector entiende que esa animación es propia del poeta, no de la naturaleza inanimada.

Pero respecto al Espíritu Santo, la Biblia lo trata *con regularidad* como una persona. El evangelista Juan emplea en griego el pronombre personal masculino para aludir al Espíritu, aun cuando a la palabra Espíritu le corresponde el género neutro “Y cuando *él* venga... Pero cuando venga el *Espíritu* de verdad, *él* os guiará a toda verdad...” (Jn.16:8, 13). Obsérvese que el antecedente del pronombre masculino “él” es “Espíritu” (palabra de género neutro), no “Consolador”.

Es posible que gran parte de la confusión moderna sobre el Espíritu Santo surja de pensar en él sólo en términos de poder, fuego, viento. Sin dudas, la palabra de Dios usa símbolos materiales para revelar facetas de la obra del Espíritu Santo: paloma (Lc. 3:22), viento (Hch.2:2), fuego (Hch.2:3). Pero limitar al Espíritu al viento y al fuego es instrumentalizarlo como una fuente de poder milagroso, pasando por alto su función más importante en el cristiano: la santificación (2 Ts.2:13). Cuando usted sienta la tentación para pecar, recuerde las advertencia del apóstol Pablo: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros” (1 Co. 6:19). Como es una persona, se entristece si pecamos (Ef. 4:30).

3.4.2 Su deidad

El Espíritu Santo, como persona divina, posee atributos divinos. Su omnisciencia queda manifiesta porque no necesita un maestro que le enseñe (Is. 40:13). Alguien que conoce las profundidades de Dios sólo puede ser una persona divina (1 Co. 2:12). Nadie puede ocultarse de su omnipresencia (Sal. 139:7-10). Sólo una persona divina tiene la omnipotencia para crear al ser humano (Job 33:4). Además, realiza obras divinas: Crear la tierra y el hombre (Gn.1:2; Job 33:4), inspirar las Escrituras (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21), obrar el milagro de la concepción de Jesús (Mt. 1:18, 20; Lc. 1:35), impartir vida eterna en el corazón muerto del pecador que se arrepiente de sus pecados (Jn. 3:5, 8; 2 Ti. 3:5), iluminar el entendimiento del creyente (Jn. 16:13; 1 Co. 2:14).

3.4.3 Su obra antes de su descenso en Pentecostés

El Espíritu Santo desarrolló un ministerio activo antes de su venida especial el día de Pentecostés (Hch. 2:1ss). El A.T. se refiere, en especial, a cuatro obras del Espíritu durante este periodo.

El A. T. atribuye a Dios (el Padre) la creación del universo y del hombre (Gn. 1:1ss; 2:1ss, Ex. 20:9-11;) y el N. T. revela la participación del Hijo de Dios (Jn. 1:2; Col. 1:16-17). Sin embargo, no es menos cierto que el Espíritu Santo intervino en la formación del mundo (Gn. 1:2; Sal. 104:30) y del hombre (Job 33:4). A medida que avanzó la revelación progresiva, se completó la imagen de la creación como un acto de la Trinidad.

En segundo lugar, como agente de la revelación de Dios y de las Sagradas Escrituras, varios textos enseñan estas obras del Espíritu. David estaba seguro de que “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua” (2 S. 23:2). El N.T. confirma por labios del Señor (Mt. 22:43-44), los apóstoles Pedro y Pablo (Hch. 4:25; 28: 25-26; 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21) y el autor de la carta a los hebreos (He. 10:15-17) el papel del Espíritu para garantizar la fidelidad de las palabras de Dios. También incluía la iluminación para comprender la enseñanza de la Palabra de Dios (Neh. 9:20)

Un tercer ministerio del Espíritu Santo capacitaba y dotaba de poder a ciertas personas para tareas especiales y ocasionales. El Espíritu Santo dio sabiduría a Bezaleel para construir el tabernáculo, el mobiliario y las ropas de los sacerdotes (Ex. 31:3; 35:31). Varios jueces recibieron poder espiritual para gobernar y armarse de valor al enfrentar a los enemigos de Israel (Jue. 3:10; 6:34). Otras personas profetizaron (1 S. 10:10; 16:13; Miq. 3:8), recibieron visiones (Ez. 37:1ss) e interpretaron los misterios de Dios (Dn. 4:8; 6:3) gracias al bendito Espíritu de Dios.

La función del Espíritu en los hombres del A.T. era exclusiva de un grupo selecto de personas. Estas disfrutaron del privilegio de la obra del Espíritu en sus vidas, pero sólo de manera temporal. La rebeldía del rey Saúl le costó que el Espíritu de Jehová se apartara de él (1 S. 16:14). Esa ayuda condicional a la obediencia explica por qué David le pidió a Dios: “No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu” (Sal. 51:11). La promesa del Señor de que “...si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lc. 11:13), debe interpretarse en el contexto de la obra del Espíritu antes de Pentecostés. Al cristiano, el Señor le prometió la residencia permanente del Espíritu no condicionada a una oración, sino a la conversión (Jn. 14:16-17; Hch. 2:38-39; Ef. 1:13). ¡Glorioso privilegio!

Por eso, los profetas anunciaron y esperaron con expectación el cumplimiento de la promesa de la universalización de la morada permanente del Espíritu en todo tipo de personas (Jl. 2:28-29), cumplimiento que se dio por vez primera en la iglesia el día de Pentecostés (Hch. 2:15-21), como parte de la glorificación del Señor (Jn. 7:37-39) y de su promesa a los discípulos (Jn. 14:16-17; 15:26; Hch. 1:4-5, 8; 11:15-18). Esto distingue radicalmente la obra del Espíritu antes y después de Pentecostés, pues si, como dicen algunos, es la misma operación en ambos testamentos, ¿para qué entonces vino Su descenso en la iglesia el día de Pentecostés? ¿Para qué el Señor enfatizó tanto la expresión “cuando él (el Espíritu de verdad) venga” (Jn. 15:26; 16:7, 8 y 13; Hch. 1:8).

La cuarta obra del Espíritu Santo antes de Pentecostés se da en su relación con el Señor: la concepción en la virgen María (Mt. 1:20; Lc. 1:34-35), la unción en el bautismo (Mt. 3:16), la conducción para ser probado (Mat. 4:1ss), la llenura rebosante continua (Lc. 4:1; Jn. 3:34), el hacer milagros (Mt. 12:28; Lc. 4:18), la muerte en la cruz del calvario (He. 9:14) y la resurrección de Cristo (Ro. 1:4), en fin, toda la vida terrenal del Señor estuvo saturada de la presencia del Espíritu Santo.

Tan extraordinario fue el poder del Espíritu en la vida de Cristo que era una manifestación inequívoca de que el anhelado reino de Dios había llegado (Mt. 12:28). No había razón para dejar de recibir las buenas nuevas. Lo triste y terrible fue que los líderes judíos incrédulos atribuyeron al diablo los milagros del Señor. A tan obstinado corazón, el Señor advirtió que “la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada” y agregó que “al que hable contra el Espíritu

Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mt. 12:31-32). Es importante observar que en el lenguaje bíblico blasfemar siempre significa un insulto o ataque a la persona y obra de Dios. Si se blasfema contra el Espíritu, es porque El es Dios. Eso explica la grave sentencia del Señor.

Muchos cristianos han sido perturbados en su corazón pensando en si alguna vez pudieran cometer el pecado contra el Espíritu. La preocupación aumenta con las advertencias de supuestos profetas que exigen que la gente crea su mensaje a ciegas, so pena de “blasfemar contra el Espíritu”. Leyendo bien el contexto del pasaje se puede afirmar categóricamente que es imposible que un cristiano cometa ese pecado.

En primer lugar, la advertencia del Señor se dirigió contra personas incrédulas que, a pesar de la evidencia clara de que los milagros de Cristo eran por obra del Espíritu de Dios, se obstinaban en no creer. Lo que un sencillo ciego de nacimiento entendió, quedaba oculto a los miembros del sanedrín: “Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer” (Jn. 9:31-33). Nuestro Señor alabó al Padre por ocultar a los sabios de este mundo la realidad de su Persona y Misión y por revelarla a los niños, es decir, a los que humildemente aceptan el mensaje del evangelio (Mt. 11:25-26).

En segundo lugar, el rechazo de los fariseos y escribas surgía de un corazón perverso: “¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca.” (Mt. 12:34). ¿En qué consistió su blasfemia? Atribuir al diablo los milagros del Señor realizados en el poder del Espíritu, situación que no se repetirá jamás.

Por último, se debe entender el pecado contra el Espíritu no como un hecho específico, sino como un rechazo continuo al evangelio, como una constante negativa a la oferta de las buenas nuevas de salvación. Es una actitud de rebeldía que sale de un corazón incrédulo y ennegrecido por el diablo. Quien actúa de esta manera persiste en su incredulidad y se excluye a sí mismo de la salvación, pues el único pecado por el que se pierde una persona es no creer en el Hijo de Dios para salvación: “El que en El cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios...El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que *rehúsa* creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn.3:18, 36).

En el discurso de despedida en el aposento alto (Jn. 14, 15 y 16), el Señor reveló a sus discípulos la más extraordinaria enseñanza sobre el ministerio del Espíritu Santo en la vida del cristiano. Jesús se refiere al “otro Consolador” (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7). Consolador viene de la palabra griega “paráclitos” que literalmente significa “uno llamado al lado de otro”. Es evidente que el Señor se refería a que el Espíritu sería su representante en la

iglesia. “Otro” fue una manera de decirles: “no los abandonaré, lo que hice estando con ustedes, lo hará el Espíritu Santo cuando él venga”.

Cristo enseñó a sus discípulos que “el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Jn. 16:13). En base a este verso, algunos pretenden justificar nuevas revelaciones y visiones e incluso hasta cualquier decisión personal. Sin embargo, el contexto aclara que la guía se refiere a la enseñanza del Señor y a una comprensión mayor de la misma: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, *y os recordará todo lo que yo os he dicho*” (Jn. 14:26). Todo lo que el cristiano necesita para su vida cristiana está en la palabra de Dios.

El apóstol Juan reafirma esta obra del Espíritu de guiar a los cristianos a la comprensión de la palabra de Dios. Frente a los falsos maestros que negaban que el Señor era el Cristo y se había encarnado, Juan escribió a los hermanos cuál era el antídoto contra el error: “La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas” (1 Jn. 2:27). Nada tiene que ver la unción con un supuesto poder que viene al cristiano. Es una manera de referirse a que el cristiano es consagrado a Dios cuando el Espíritu viene a morar a su corazón (2 Co. 1:21).

El Señor alude a “la promesa del Padre” (Lc. 24:49; Hch. 1:4) como a esa venida del Espíritu Santo para morar en el cristiano para siempre (Jn. 14:16-17). Así mismo, se conoce como “el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:38). Aquí el “don” es el mismo Espíritu como un regalo de Dios en cumplimiento de Su promesa. Se descarta que sea una promesa para recibir un bautismo expresado en el hablar en lenguas. Predicándole a la multitud que se congregó el día de Pentecostés, Pedro le dijo que “Porque para vosotros (los judíos) es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare

Nuestro corazón debe agradecer humildemente a Dios por enviar al bendito Espíritu Santo para que more eternamente en nuestro corazón (Jn. 14:16-17). Por ello, “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gá. 5:25). La prueba de que el Espíritu Santo nos llena y controla es si Cristo es glorificado en cualquier área de nuestra vida (Jn. 16:14), quien nos usará para dar testimonio del Señor (Jn. 15:26-27).

3.4.4 Su obra en relación al cristiano

Respecto a su obra en el creyente, el Espíritu Santo es el agente del nuevo nacimiento y de la regeneración (Jn. 3:5-8; Tit. 3:5). El cristiano es sellado con el Espíritu como garantía de su redención final, y viene a morar en éste para siempre, obras que se cumplen en el mismo momento que la persona cree en Cristo (Hch. 11:15-17; Ro. 8:9; Ef. 1:13-14). También el Espíritu Santo es la fuente del poder de toda adoración, oración y servicio

(Jud. 20; Hch. 1:8; 1 Co. 2:4) y el guía que ilumina la mente para comprender la obra de Dios y las Escrituras (Jn. 16:13; 1 Co. 2:14; Ef. 1:17).

El cristiano está llamado a vivir una vida sobrenatural “porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). Por esta razón, el Espíritu Santo le confirma o le da la seguridad de ser un verdadero hijo amado por Dios a pesar de las aflicciones del tiempo presente (Ro. 5:5; 8:14-16; 1 Jn. 3:24; 4:13). Una íntima comunión con Dios permite disfrutar de la seguridad que trae el Espíritu a nuestro interior.

El bautismo con el Espíritu Santo es una obra distintiva de la era de la iglesia (Hch. 1:5; 11:15-16) común a todos los creyentes, que ocurre en el momento de la conversión y jamás vuelve a repetirse. Con este bautismo, el creyente es unido de una vez por siempre al Cuerpo de Cristo y se realiza nuestra crucifixión juntamente con Cristo (1 Co. 12:13; Gá. 1:20; Ro. 6:3-10). No tiene nada que ver con la manifestación de hablar en lenguas (Ver 4.4.5) u otros actos espectaculares. Ningún texto manda al creyente a que procure ser bautizado con el Espíritu.

Por otro lado, la llenura o plenitud del Espíritu es un pleno dominio que ejerce el Espíritu Santo en el creyente que le rinde total e incondicionalmente su vida y vive bajo Su plena influencia y dirección (Ro. 8:9; Gá. 5:16). Es el secreto para que el cristiano tenga una vida victoriosa y de poder espiritual (Ga. 5:18-25; Ro. 8:2ss) y de testimonio (Hch. 1:8). Hay un conflicto en el interior del cristiano: “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne, y estos se oponen entre sí” (Gá. 5:17-18). El Espíritu guía al cristiano en la lucha contra estos deseos pecaminosos, una evidencia de que es un hijo de Dios (Ro. 8:13-16; Gá. 5:18).

A diferencia del bautismo con el Espíritu, la llenura puede repetirse varias veces en la vida del creyente (Hch. 2:4; 4:8, 31). Se distingue también porque se le manda a cada cristiano a ser lleno del Espíritu, lo que no sucede con el bautismo. El mandato es: “estad siempre siendo llenos del Espíritu” (Ef.5:18). El control del Espíritu debe ser algo habitual en el creyente.

De los ángeles

Los ángeles son seres espirituales, es decir, inmateriales e incorpóreos (Heb. 1:14), con personalidad propia (Lc. 2:13; 1 P. 1:12; Jud. 6). Fueron creados por Dios (Col. 1:16) antes de la fundación del mundo (Job 38:4). Su número es incontable (He. 12:22; Ap.5:11), pero fijo, no disminuye ni aumenta ya que no mueren ni se reproducen (Mt. 22:30; Lc.20:36). Son superiores a los hombres en cuanto a poder e inteligencia (2 R.19:35; He. 2:7-9; 2 P. 2:10-11), pero inferiores a Dios y al Hijo a quienes se sujetan y tienen que rendir cuenta (Job 1:6; Ef. 1:21; 1 P. 3:22)

Tanto en hebreo (*malake*) como en griego (*angelos*), el término “ángel” significa “mensajero”, indicando su función principal. Dios envía mensajes especiales a sus siervos por medio de ángeles. Por ejemplo, a Abraham (Gn.

18:1ss), a Josué (Jos. 5:3-5), a Manoa y su esposa (Jue. 13:2ss), a Pedro (Hch. 12:6ss). En las revelaciones apocalípticas, los ángeles explican los misterios escatológicos a los profetas (Dn. 7:15ss, Zac. 1:8ss, Ap. 7:13-17), y en el tiempo del fin serán los agentes que ejecutarán los juicios de Dios contra una humanidad rebelde (los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas en Apocalipsis). Sin embargo, los ángeles cumplen otras funciones en relación con Dios. Se postran en adoración y alabanza gozosa exaltando los atributos y la obra de Dios (Is. 6:1-3; Ap. 4:8-11; 5:11-14; 7:11-12) y le sirven con diligencia (Sal. 103:20; Ap. 22:9). Parece que la expresión “por causa de los ángeles” en 1 Corintios 11:10 indica que los ángeles se gozan con el buen orden del culto de la iglesia. ¡Cuánto mejoraría la calidad del servicio, la adoración y el orden del culto si imitáramos a estos seres celestiales!

Otro ministerio capital de los ángeles fue asistir al Hijo de Dios durante los días de su encarnación. El anuncio de la concepción (Lc. 1:26), las buenas noticias en el nacimiento (Lc. 2:8-15) y la protección del niño (Mt. 2:13ss) estuvieron rodeados de seres angelicales. En momentos de tentación y angustia, los ángeles se dieron cita para servir a Jesús, quien se hizo poco menor que los ángeles en los días de humillación (Mt. 4:11; Lc. 22:43; He. 2:9). De igual modo, los sucesos de la glorificación del Señor vinieron acompañados por la presencia de ángeles: la resurrección (Mt. 28:1ss, Lc. 24:1-5) y la ascensión (Hch. 1:9-11). Estas criaturas celestes darán el anuncio del retorno del Señor y le acompañarán cuando El venga en gloria (1 Ts. 4:16; 2 Ts. 1:7; Ap. 19:11-14).

Su ministerio fundamental en relación con la iglesia es ayudar a los creyentes (He.1:14). Esta ayuda se manifiesta en ganar a las personas para Cristo (Hch.8:26; 10:3), dar ánimo en tiempo de peligro (Hch.27:23-24), traer respuesta a las oraciones (Hch.12:7) y otras. El arrepentimiento de una persona produce gozo en los ángeles (Lc. 15:7, 10). ¿No debería ser esta razón otro motivo para esforzarnos en ganar almas para el Señor?

Sin duda, las Escrituras enseñan que los ángeles protegen al pueblo de Dios (a Lot, a Israel durante la peregrinación en el desierto, a Eliseo, al pueblo de Israel durante la invasión de los asirios, a los amigos de Daniel, a Pedro). No obstante, la creencia en un ángel de la guarda basada en Mateo 18:10 es insostenible. El texto dice que estos ángeles “ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”, lo que habla de una cercanía y comunión íntima con Dios, no alude a una supuesta protección a los niños.

Estar conscientes de la realidad protectora de los ángeles da una fuerte confianza en la providencia de Dios (Sal. 91:1-2, 11-12) pero deben evitarse dos peligros. Primero, exponernos imprudentemente al peligro confiando en que Dios nos protegerá con sus ángeles, tentación en la que Satanás quiso hacer sucumbir al Señor (Mt. 4:5-7). Segundo, creer que debemos vivir una experiencia visible para asegurarnos de su presencia. Pablo advierte de la astucia de Satanás quien “se disfraza como ángel de luz”. Basta con creer a la Palabra de Dios, pues “algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (He. 13:1).

Es incorrecto adorar y hacer peticiones a los ángeles (Col.2:18; Ap. 19:10), ya que son seres creados. Nuestra adoración y oración deben ser única y exclusivamente a Dios (Mt.4:10) quien, según su soberanía, muchas veces nos ayuda directamente y otras lo hace a través del ministerio intermediario de los ángeles. Las Escrituras afirman que los cristianos han de juzgar a los ángeles, pero se desconocen los detalles de cómo los creyentes participarán en este juicio (1 Co. 6:3).

De Satanás y los demonios

Satanás es un ser angelical, con personalidad propia (2 Co. 11:3; Ap. 12:7; 2 Ti. 2:26), perteneciente al orden de los querubines (Ez. 28:14, 16). La Palabra lo presenta como un ser hermoso y poderoso al ser creado por Dios (Ez. 28:17), pero su rebeldía lo convirtió en un ser perverso y maligno: “Él ha sido homicida desde el principio y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira” (Jn. 8:44).

3.6.1 Caída de Satanás

Satanás perdió su estado original cuando pecó. El pecado se originó en Satanás (Ez. 28:15), por decisión espontánea, como un acto de su libre albedrío de manera responsable y deliberada. La palabra de Dios registra esta caída de Satanás sin entrar en detalles en cuanto a la explicación de la voluntad permisiva de Dios. Dios permitió dentro de su plan eterno que tal pecado entrara en la creación. Es prudente no especular en aquello que Dios puso en su soberana potestad. El pecado consistió en la arrogancia y la soberbia “a causa de tu hermosura te llenaste de orgullo” (NVI, Ez. 28:17; 1 Ti. 3:6), que le impulsó a atentar contra la soberanía de Dios, usurpar la gloria divina y ejercer la autoridad y control de este mundo (Is. 14:13-14). De inmediato, sobre él cayó juicio de eterna condenación (Mt. 25:41) que se aplicará en el tiempo determinado por la soberanía divina (Ap. 12: 12; 19:10).

El hombre gobernado por la naturaleza sensorial es incapaz de entender estas realidades espirituales. No causa sorpresa que muchos hoy tildan la creencia en el diablo como propia de mentes retrógradas y ancladas en el oscurantismo de la Edad Media. Aun “intérpretes” modernos consideran que las referencias bíblicas al diablo y a los demonios son mitos o símbolos de fuerzas impersonales como las ideologías que deshumanizan a una persona. Nuestro Señor dejó bien clara la realidad de la existencia de Satanás: “Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás” (Mt. 4:10); “Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc. 10:19. Negar la existencia del diablo es ponerse de su lado y rechazar el testimonio de Cristo.

3.6.2 El carácter maligno de Satanás

En la actualidad Satanás es el príncipe de este mundo (Jn. 12:31), el dios de este siglo, en el sentido de que hay un sector de la humanidad que sigue en pos de él (2 Co. 4:4; 1 Jn. 5:19), un enemigo constante de Dios y Su programa, el tentador, adversario y acusador del pueblo de Dios (Mt. 13:19, 38-39; Hch. 5:1-11; 2 Co. 2:11; Ef. 6:10ss; 1 Ts. 2:18; Ap. 12:10). Cristo nos defiende como abogado ante el Padre de las acusaciones malévolas del enemigo.

Es importante no ignorar las maquinaciones de Satanás (2 Co. 2:11). Sus asechanzas son artimañas y trampas que usa para arruinar nuestra vida espiritual (1 P. 5:8) y obstaculizar el trabajo que hacemos para Dios (1 Ts. 2:18). La falta de un espíritu perdonador y una ira prolongada (2 Co. 2:11; Ef. 4:26-27) le dan lugar al diablo. Otras maquinaciones son levantar la duda (Gn. 3:1ss), promover falsas doctrinas (1 Ti. 4:1), apelar al orgullo (1 Crón. 21:1) y poner la mira en los valores terrenales en oposición a la cruz (Mt. 4:8-9; Mr. 8:33).

Satanás tiene autoridad extensa sobre el mundo (Jn. 12:31; 16:11; 1 Jn. 5:19). El mundo (*cosmos*) se define como un sistema organizado y gobernado por Satanás (por la voluntad permisiva de Dios). Es un orden rival de Dios; por eso, el creyente debe vivir diferente a los criterios y los valores de este mundo (Ro. 12:2; Stg. 1:27; 4:1-4; 1 Jn. 2:16). Aunque el mundo se presenta como una atracción, no se puede olvidar que “la apariencia de este mundo es pasajera” (1 Cor. 7:31) y que “el mundo pasa y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:17).

Ese mundo enemigo de Dios vive de la mentira, pues el diablo “no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira” (Jn. 8:44). Antes de mentir, estas palabras del Señor deberían poner un freno en nuestra boca.

3.6.3 Los demonios y el fin de Satanás

Los demonios son ángeles caídos que siguieron a Satanás en su rebelión (Mt. 12:24; 25:41; Lc. 10:17-20). Una parte de estos seres angelicales perversos están confinados temporalmente y serán sueltos durante la gran tribulación (Ap. 9:1-15).

La mayoría de los demonios están sueltos y extienden el poder y las actividades de Satanás (Ef. 6:11-12). Ellos se oponen a los propósitos de Dios (Dn. 10:10-14; Ap. 16:13-16), promueven la idolatría y las religiones falsas (Dt. 32:17; 1 Co. 10:20; 1 Ti. 4:1-3; 1 Jn. 4:1-4), tratan de hacer caer a los creyentes (Ef. 6:12; 1 P. 5:8), afligen a los hombres y pueden posesionarse de los hombres (Mr. 1:23-27; 5:1-20), pero no de los creyentes. Un cristiano puede quedar expuesto a los ataques de Satanás (Job sufrió sus pérdidas materiales y salud y Pablo fue estorbado de visitar a los hermanos de Tesalónica, Job 1:1ss; 1 Ts. 2:18). Sin embargo, la morada del Espíritu impide que Satanás se poseione de un verdadero creyente; en cambio, un falso discípulo como Judas Iscariote quedó bajo el control absoluto del maligno (Jn. 13:26-27).

Aunque Satanás fue derrotado en la cruz junto a sus seguidores (Col. 2:15), son seres poderosos, cuyo final espera por cumplirse (Ap. 12:9-12; 20:1-3, 7-10). El proferir términos degradantes contra estos seres espirituales resulta improcedente (2 P. 2:10-11; Jud. 8-9). Por medio de la fe, el cristiano debe resistir al diablo y vestirse con todas las armas espirituales que Dios ha provisto fortaleciéndose en el poder del Señor, de esta manera podrá defenderse de los ataques del maligno (Stg. 4:7; Ef. 6:10-18).

Nuestra lucha, en verdad, no es contra “carne y sangre” (Ef. 6:12), pero debemos cuidarnos de modernas fábulas acerca de una guerra espiritual contra demonios y seres que controlan territorios. Se apela a pasajes dudosos (Dt. 32:8; Dn. 10:13) en cuanto a la claridad de la interpretación y se han sacado conclusiones novelescas: visitas al infierno, técnicas para expulsar distintos tipos de demonios, conquistar territorios, etc. Se cumple lo escrito por el apóstol Pablo acerca de las personas que “apartarán el oído de la verdad y se volverán a las fábulas” (2 Ti. 4:3).

Del hombre

El único medio confiable y seguro para conocer el origen del hombre es la fe en la revelación de las Sagradas Escrituras (He.11:3) particularmente el Génesis y narraciones paralelas, que, por los demás, son históricas y fiables.

3.7.1 Creación y constitución del hombre

Dios creó al hombre directamente sin la intervención de ninguna forma sub-humana o prehumana, utilizando el polvo de la tierra para la parte material y comunicando la parte inmaterial por medio del soplo divino (Gn. 2:7), por tanto, no es fruto de un proceso evolutivo. El ser humano caído, con su entendimiento entenebrecido (2 Co. 4:4; Ef. 4:17-18) e incapaz de comprender las cosas que son del Espíritu (1 Co. 2:14), creyendo ser sabio, se ha hecho necio a los ojos de Dios (Ro. 1:21-22). Por ello, la evolución es una de las hipótesis racionalistas que el hombre ha propuesto para “entender” su origen y justificar su autonomía rebelde frente al Creador (Sal. 2:1-3).

Sólo la Palabra de Dios es la fuente segura sobre nuestro origen: El hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1:26-27). Por mucho tiempo, se consideraron ambos aspectos como distintos, indicando la imagen atributos referentes a la espiritualidad y la semejanza a la moralidad. Un análisis de los usos de estos términos indican que son sinónimos (Gn. 5:1-3) y se usan indistintamente sin pretender establecer diferencias (Gn. 9:6; Stg. 3:9).

Es largo el debate sobre qué significa la imagen de Dios en el hombre. Pero, de una manera simple, se puede decir que expresa la similitud entre

el hombre y Dios. Parece referirse al todo de los atributos y las capacidades que hacen del ser humano la única criatura que se asemeja a su Creador.

La autoridad para ejercer dominio sobre la creación se evidencia en el mandato “Sojuzgadla - la tierra – y señoread” sobre todas las especies (Gn. 1:28; Sal. 8:6-7). Su capacidad racional se ve al nombrar a los animales (Gn. 2:19-20). Las facultades morales que lo hacen un ser responsable queda expresa en la prueba a que fue sometido el hombre: era libre de obedecer o no a su Creador (Gn. 2:16-17). La parte espiritual capacita al ser humano para tener comunión con Dios (Gn. 3:8), sólo esta criatura tiene un sentido religioso (Hch. 17:27-28). Es posible que la sentencia divina contra el homicidio (Gn. 9:6) revela otra faceta de la imagen de Dios: el anclaje vital, es decir, el ser humano tiene una conciencia de una existencia eterna que parece desprenderse del hecho de que Dios “ha puesto eternidad en el corazón de ellos” (Ec. 3:11). La muerte es una experiencia totalmente ajena al ansia de eternidad que hay en el corazón humano.

De acuerdo a la revelación bíblica, la imagen de Dios atraviesa por cuatro momentos. Un primer momento fue la imagen de Dios en Adán y Eva antes de la caída. El ser humano pudo no pecar, pero cayó en la trampa del Tentador dando paso a una imagen empañada. En este segundo momento, la imagen de Dios no se pierde totalmente (Gn. 9:6; Stg. 3:9), sino que se distorsiona. Así el hombre queda alienado de la vida de Dios (Ef. 4:17-19).

Con la muerte y resurrección del Hijo de Dios “para buscar y salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10), inicia el tercer momento: el proceso de restauración de la imagen deteriorada. El plan eterno de salvación incluye ser “hechos conforme a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29). La vida cristiana consiste en una transformación y renovación progresivas a imagen y semejanza de Dios y su Hijo (2 Co. 3:18; Col. 3:10).

En la última etapa, la glorificación del cuerpo durante la venida del Señor (Fil. 3:20-21) nos hará “semejantes a El, porque le veremos tal como El es” (1 Jn. 3:2). ¿Puede haber un destino más glorioso que ser hechos semejantes al Hijo de Dios? Unámonos al apóstol Pablo, exclamando: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Ef. 1:3).

En cuanto a su naturaleza, el hombre es una unidad formada por dos sustancias, una material y la otra inmaterial (Gn. 2:7; Ro. 8:10; 2 Co. 7:1; Col. 2:5; Stg. 2:26 y 1 Co. 5:5 y 7:34). La parte material es el cuerpo (Gr. *Soma*) y la inmaterial el alma (Gr. *Psyche*) o espíritu (Gr. *Pneuma*). Esto se ve porque Dios impartió un solo soplo; por eso, “el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Ecl. 12:7). Además, se usan como sinónimos (Lc. 1:46-47). 1 Tesalonicenses 5:23 no afirma una tricotomía, sino una manera de enumerar el ser del hombre. El Señor cuando dijo “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Mr. 12:30) expresó que debíamos amar a Dios con *todo el ser*, no por partes diferenciadas.

3.7.2 De la caída del hombre

En su estado original, el hombre era sin pecado, santo, con todas sus facultades orientadas hacia el bien (Gn.1:31), - aunque por su libre albedrío tenía la capacidad de elegir el mal -. Poseía una mente en armonía con la de Dios (1 Co. 2:14; Ro. 8:5), ejercía control sobre sus emociones y pasiones (Gn. 2:15) y era inmune a las enfermedades, el dolor y la muerte (Gn. 2:3ss). Podía obedecer a Dios en todos los preceptos que El había establecido: ejercer señorío sobre la naturaleza (Gn. 1:26-28; 2:19, 20), comer todo tipo de comida vegetal -menos del árbol prohibido - (Gn. 1:29; 2:16) y trabajar (Gn. 2:17).

Creado a imagen de Dios el hombre tenía libre albedrío, es decir, libertad para obedecer voluntariamente al Creador o sencillamente desobedecerle. La prueba era simple “De todo árbol del huerto, podrás comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás” (Gn. 2:16,17).

Satanás tentó a Eva por medio de una serpiente, uno de los animales del campo (Gn. 3:1; Ap. 12:9). Usó un método que lo repite a través de la historia: El uso sutil de medias verdades, las cuales son las difíciles de advertir (Gn. 3:1ss). Entre las artimañas de Satanás estaban: negar la realidad del castigo divino (Gn. 3:4), sembrar duda con respecto a la bondad y el amor de Dios (Gn. 3:5; 1 Jn. 4:16), prometer un camino infalible por el cual llegarían a ser como Dios y, por lo tanto, autosuficientes (Gn. 3:5). Todo esto sin ninguna prohibición ni necesidad de obedecer a Dios.

Satanás sedujo a Eva (2 Co. 11:3, 1 Ti. 2:14), sembrando en su corazón el sentido de la autosuficiencia y despertando sus deseos (Gn. 3:6). Luego, a través de ella, hizo pecar a Adán, quien lo hizo de manera voluntaria, deliberada y consciente (Stg. 1:14).

La caída produjo en Adán y Eva la pérdida de la justicia original y de la comunión con Dios (Gn. 3:8), la corrupción de todo su ser, alma y cuerpo, y la muerte espiritual y física (Gn. 2:17; 3:22-23).

La inclinación al mal ha sido transmitida a sus descendientes por generación natural (Ro. 5:12ss.). Los hombres son esclavos del pecado, hijos de ira, inclinados al mal (Ro. 3:10ss; 1 Co. 15:21-22), alienados de la comunión con Dios (Ef. 2:1-3; 4:17ss), sujetos a la muerte y condenación eterna a menos que sean salvos por la fe en la muerte y resurrección de Jesucristo (Ro. 5:12-20; 1 Co. 15:21-22). La creación también fue trastornada y sujeta a corrupción (Gn. 3:17-19; Dt. 2:8; Ro. 8:20-23). Sólo en la regeneración el orden creado será devuelto a su estado original (Mt. 19:28).

El diablo utilizó la misma estrategia al tentar al Señor (Mt. 4:1ss; Lc. 4:1ss). Apeló a las necesidades físicas legítimas (comer) sin depender de Dios, al orgullo de una acción arriesgada en busca de la intervención milagrosa de Dios y al poder y al lujo renunciando a su adoración a Dios. El Señor lo derrotó con el arma de la Palabra de Dios.

Si el Señor estuvo expuesto a tales tentaciones, el cristiano no puede esperar menos. Las cosas del mundo – “los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida” (1 Jn. 2:16) – son utilizadas por Satanás para hacer caer a los hijos de Dios. Al igual que el Señor, la palabra de Dios debe ser el instrumento por excelencia para defenderse de los ataques del maligno. A cada tentación del diablo, el Señor le respondía con una cita de las Escrituras. “Escrito está” (Mt. 4:4, 7 y 10). Dios ha puesto a nuestra disposición una armadura completa para estar “firmes contra las asechanzas del diablo...y resistir en el día malo” (Ef. 6:10, 13).

4. APUNTES DE DOCTRINAS (2DA PARTE)

De la salvación

Incluimos bajo el término doctrina de la salvación tanto la obra de Dios en Cristo en la cruz (lo que comúnmente se denomina redención o expiación) como la aplicación o los resultados de esa obra en las personas que se apropian de ella por la fe y el arrepentimiento a través de la invitación del evangelio.

4.1.1 Origen

La salvación tuvo su origen en la eternidad pasada cuando Dios preparó el plan de salvación. Dentro de este plan, Dios determinó los propósitos de la salvación, esto es, llevar muchos hijos a la gloria, conforme a la imagen de su Hijo para alabanza de la gloria de Su gracia y como una demostración de la generosidad de Su bondad para con los creyentes (He. 2:10; Ro. 8:29; Ef. 1:4-6; 2:6).

4.1.2 Destino

El fin último de la salvación es la gloria de Dios por medio de Jesucristo (Ap. 21:22-23), cuando Dios “reúna todas las cosas en Cristo en el cumplimiento de los tiempos establecidos” (Ef. 1:10); y El “sea todo en todos” en la eternidad futura (1 Co. 15:28)

Dios hizo un pacto eterno para que el Hijo se entregara voluntariamente como el medio que llevaría a cabo la salvación de los creyentes. El Hijo fue destinado como la ofrenda perfecta que quitaría el pecado del mundo (Jn. 1:29; Ef. 3:11; He. 10:7; 1 P. 1:19-20; Ap. 13:8). En este plan de salvación, Dios escogió y predestinó por Su amor y gracia, sin depender de Su previo conocimiento respecto a quienes iban a creer, a los beneficiarios de la salvación para que fuesen santos y sin mancha delante de Su presencia (Ef. 1:4-6; Ro. 8:29-30; 2 Ts. 2:13). Es una elección soberana por gracia. “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8). El destino que les espera a los hijos de Dios es participar de la más íntima comunión con Dios, pues “le servirán y verán su rostro” (Ap. 22:3-4). Todo “para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:6, 12, 14).

4.1.3 La cruz: Muerte del Salvador

Con su pretendida sabiduría, el incrédulo considera la cruz como un absurdo, una locura (1 Co. 1:17). Los pretendidos sabios de este mundo se han vuelto necios, y no pueden percibir “las cosas que son del Espíritu,

porque para él son locura” (Ro. 1:21-22; 1 Co. 2:14). En cambio, por la acción iluminadora del Espíritu Santo, el cristiano entiende que la cruz es un acto del poder y la sabiduría de Dios (1 Co. 1:18, 24; 2:5ss). Por tal motivo, nuestro Señor alabó al Padre porque “escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Mt. 11:25-26). Es una elección soberana de Dios “a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Co. 1:29).

Cristo murió en la cruz como la máxima muestra del amor de Dios por los pecadores (Jn 3:16; Ro. 5:8; 1 Jn. 4:9-10). Pero significó para Él, por un lado, sufrir los dolores físicos de la crucifixión y padecer la vergüenza pública de ser condenado como blasfemo, pervertido, sedicioso y malhechor. Por otro lado, tuvo que llevar el castigo del pecado de todo el mundo a pesar de ser inocente y sin pecado, y vivió la más aterradora soledad: verse abandonado por el Padre (Mr. 14:63-65; 15:34; Jn 18:29-30; 2 Co. 5:21). La copa de la ira de Dios fue derramada íntegramente sobre Él (Lc. 22:42; Ro. 8:32). Con su vida perfecta, sin pecado y en obediencia al Padre (Jn. 17:4; He. 4:15; 1 P. 2:22), su muerte y resurrección, Cristo logró una perfecta redención (He. 9:12; Jn. 19:30) al derrotar a Satanás y sus ángeles caídos, al pecado y la muerte (Col. 2:15; He. 2:14-15; 9:26; Ro. 6:9-10). Su muerte fue un sacrificio en sustitución de los pecadores, hecho una vez y para siempre (2 Co. 5:15, 21; Gá. 3:13; He. 9:25-28; 10:10-12).

4.1.4 Creer para salvación

Entendida de esta manera, la salvación es una obra completamente de Dios. Es un regalo Suyo que depende de Su libre iniciativa, amorosa disposición y generosa gracia (Ef. 2:8-9; Ro. 6:23; Tit. 3:4-7; Stg. 1:17-18). El pecador que acepta por fe – confesando y arrepintiéndose de sus pecados – la muerte y resurrección de Cristo recibe en el momento de su conversión todos los beneficios de la salvación (Ro. 10:9-10; Jn 3:16; Col. 2:10), algunos de los cuales serán consumados cuando sea transformado a la imagen del Hijo de Dios (Ro. 8:17-30; 1 Jn. 3:2).

El creer en Cristo no es un simple asentimiento intelectual (Stg. 2:19), sino un compromiso, una confianza total y una adhesión plena a la persona, la obra y los mandamientos de Cristo (1 Jn. 1:5-7; 2:3-6). Se confirman que la fe y el arrepentimiento son genuinos por medio de obras o frutos que evidencian ese arrepentimiento; en otras palabras, el cristiano auténtico practica buenas obras por ser salvo, no es salvo por practicar las buenas obras. Las obras son un resultado de la conversión real de la persona (Ef. 2:10; Tit. 3:8; Stg. 2:17-20). Una persona que profesa ser cristiana y que vive en abierto desafío a los mandamientos de Cristo descansa su fe en una falsa confianza (1 Jn. 1:5-6; 2:4; 3:6ss).

4.1.5 Bendiciones de la salvación

Al nacer de nuevo por la acción del Espíritu Santo (Jn. 3:3-7), el creyente recibe el derecho de ser un hijo de Dios (Jn. 1:12; 1 Jn. 3:1), creado en Cristo Jesús (Ef. 2:10; 2 Co. 5:17). Su unión con Cristo, con quien muere al mundo y nace a una nueva vida (Ro. 6:2ss), le hace partícipe de las bendiciones de la salvación realizadas por Cristo en la cruz:

- La propiciación pues Cristo satisfizo todas las demandas de la ley y la justicia divina y quitó la ira que pesaba sobre el pecador como justa indignación divina (Jn. 3:36; Ro. 3:25; 1 Ts. 1:10; 5:9-10; 1 Jn. 2:2; 4:10). Sería faltar a la verdad bíblica creer que el sacrificio del calvario *cambió* la ira de Dios por su amor. ¡Jamás! “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8).
- La redención y el perdón de los pecados, una vez y por siempre (Ro. 3:24; He. 10:14-18; Ef. 1:7). La muerte de Cristo en la cruz fue el pago del rescate de la esclavitud a que uno estaba sometido antes de ser cristiano (Mr. 10:45; Gá. 1:4; 3:13; He. 2:14-15). El pecador está esclavizado por el diablo (Col. 1:13; 2 Ti. 2:25-26), el pecado (Ro. 6:16ss, Tit. 2:14), la maldición de la ley (Gá. 3:13), una vida vacía (1 P. 1:18ss), la presente edad mala (Gá. 1:4), la muerte (He. 2:14-15). Cristo nos liberta de todas estas fuerzas esclavizantes. Ahora El es nuestro verdadero dueño. La redención compromete al cristiano a servir y glorificar a Dios con todo el ser en santidad (Ro. 6:17-22; 1 Co. 6:20). “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co. 14-15). No menos de ahí exige ese amor redentor.
- La justificación, acto por el cual Dios declara justo al pecador que por fe, no por buenas obras, cree en la muerte y resurrección del Hijo de Dios (Ro. 3:28; 5:1; Gá. 2:16). Abraham se preguntó: “El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo” (Gn. 18:25). ¿Cómo puede Dios declarar inocente al culpable de violar la santa ley? La vida perfecta y justa de Cristo se le otorga al que por fe confiesa a Cristo como Señor y cree en su resurrección (Ro. 1:17; 3:21ss, 10:9-10). Sólo de esta manera Dios puede ser justo y justificar al pecador (Ro. 3:26). Dios le declara justo o libre de toda culpabilidad legal y de sus consecuencias penales. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 3:24; 5:1; 8:1) porque la justicia de Cristo le fue otorgada al creyente por Dios (2 Co. 5:21; Fil. 3:9).
- El ser reconciliado con Dios (Ro. 5:10-11; 2 Co. 5:18ss). Antes, como pecadores, éramos enemigos de Dios; pero Dios tomó la iniciativa para reconciliarnos en Su Hijo, por quien “seremos salvos de la ira” (Ro. 5:9). Ahora estamos en paz con Dios. Es nuestro deber “Si es posible,

en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Ro. 12:18).

- La adopción como hijo, que da los privilegios de ser morada permanente del Espíritu Santo y de ser coherederos con Cristo de las riquezas en gloria (Gá. 4:4-7; Ef. 1:6; Ro. 8:15-17). El Espíritu Santo da convicción a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. La seguridad depende de creer a la Palabra de Dios, no de confiar en sí “sentimos” un fuego.
- El ser sellado con el Espíritu (Ef. 1:13-14), como garantía de la seguridad de la redención final. El sello indica que somos propiedad de Dios.

4.1.6 La vida en santidad

La salvación espera la consumación cuando el cristiano entre a disfrutar por completo y eternamente las bendiciones de Dios (1 P. 1:5; 1 Jn. 3:2), una vez su cuerpo físico sea transformado en uno semejante al cuerpo de gloria del Señor, siendo apto para vivir en la presencia de Dios (Fil. 3:20-21; 1 Co. 15:51-55). Mientras tanto, como hijo de Dios, el creyente debe vivir en santidad en los distintos aspectos de su vida, pues como Dios es santo, se les pide a los cristianos “sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 P. 1:15): personal, familiar, laboral, social y congregacional (Ef. 4:17ss; Col. 3:1ss; 1 Ts. 4:1ss).

La santidad es una demanda espiritual y moral, no una opción personal: “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3). Porque Dios habita en medio de su pueblo, los cristianos somos llamados a limpiarnos “de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1), pues “sin santidad nadie verá al señor” (He. 12:14). En definitiva, uno de los propósitos finales de la salvación es que seamos “santos y sin mancha delante de El” (Ef. 1:4). En el cielo “no entrará... ninguna cosa inmunda o que hace abominación y mentira” (Ap. 21:27).

Para vivir en santidad, el creyente debe enfrentar tentaciones de diversos enemigos, como Satanás (Ef. 6:10-17), los deseos de la naturaleza pecaminosa o carne, que no se refiere al cuerpo físico, sino a la inclinación hacia el mal (Ro. 6:17-19; Gá. 5:16-25; Stg. 1:13-15; 1 P. 1:1-16; 4:2) y el mundo como un sistema de valores opuesto a Dios y gobernado por Satanás (Ro. 12:2; 2 Co. 4:4; 1 Jn. 2:15-17). Es una fuerte lucha espiritual que sobrepasa su capacidad, por lo que Dios ha provisto de medios de gracia que fortalecen la fe del cristiano para que éste pueda llevar una vida victoriosa. Entre estos recursos están el depender del Espíritu (Gá. 5:16ss, Ef. 5:18), la asimilación y obediencia de la Palabra de Dios (Mt. 4:1ss, Jn. 17:17), la oración persistente (Mt. 26:41; Ef. 6:18), la confesión de los pecados a Dios (1 Jn. 1:7-9; 2:1-2) y la comunión con otros creyentes (He. 10:23-25).

4.1.7 Seguridad eterna de la salvación

La seguridad eterna de la salvación indica que el cristiano genuino perseverará hasta el fin, sin que su salvación se pierda por ningún motivo. Si se ve desde el punto de vista de la promesa de Dios, se emplea el término “seguridad eterna”. Esta certeza de la salvación descansa, entre otras razones, en la fidelidad de Dios que prometió la vida eterna (Tit. 1:2; He. 6:17-18) y en Su poder para guardar al cristiano hasta concluir la obra (Jn. 10:27-29; Fil. 1:6; 1 P. 1:5; Jud. 24). Además, la obra perfecta de Cristo en la cruz y su ministerio sacerdotal y de intercesión, “puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25). Puede decir con el apóstol: “yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12) Por ello, “somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó... (y) ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios que es Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 8:37-39). En conclusión, el verdadero creyente puede confiar en la seguridad de su salvación porque el Espíritu Santo vive para siempre en su corazón, le da testimonio de que es un hijo de Dios, y le ha sellado para el día de la redención (Ro. 8:9ss; Ef. 4:30).

Cuando se ve desde el punto de vista de la conversión genuina, se emplea la expresión “perseverancia de los santos”, es decir, que el verdadero creyente se mantendrá firme en la fe hasta el fin. Sin embargo, por la grandeza de la vida eterna y lo terrible de la perdición en el infierno, Dios incluye en Su Palabra advertencias dirigidas a falsos creyentes o personas que se creen cristianas sin serlo. Estas advertencias buscan llevarlos al arrepentimiento, pero también alertan a los cristianos para que afirmen con temor su relación con Dios (Fil. 2:12-13; Gá. 2:4; He. 6:4-12; 10:26-31, 38-39; 2 P. 1:10-11).

Es importante no confundir la pérdida de bendiciones y galardones con la pérdida de la salvación: “Si la obra de alguno se quema, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Co. 3:15). Este texto no se refiere a un supuesto purgatorio, sino a la evaluación de la obra del creyente en el tribunal de Cristo. El temor de Pablo de que “yo mismo venga ser eliminado” (1 Co. 9:27) está hablando de una competencia con entrega de premios. Su temor es ser eliminado de la premiación. No alude a la pérdida de la salvación.

La vida que Dios regala a los que creen en Cristo es eterna y no puede ni perderse ni acabarse (Jn. 5:24). “Dios, que no miente, prometió esta vida desde antes del principio de los siglos” (Tit. 1:2). En ocasiones, se levanta la pregunta de si personas que antes estuvieron en la “fe” y luego se descarriaron viviendo perdidamente y en rebelión al Señor, ¿serán salvas? Más que preguntarnos sobre su salvación final, deberíamos cuestionar si en verdad alguna vez estas personas hicieron una decisión real.

De la Iglesia

4.2.1 La iglesia universal

Nuestro Señor Jesucristo con su muerte, resurrección y glorificación formó un nuevo pueblo de Dios (Hch. 2:32-33). Este nuevo pueblo recibe el nombre de iglesia, la cual Él compró al precio del derramamiento de su sangre - su muerte - (Hch. 20:28; Tít. 2:11-14; Ef. 5:25-27). La iglesia se denomina universal cuando comprende al conjunto de todos los verdaderos creyentes, sin importar lugar, lengua, tiempo y denominación, desde el día de Pentecostés hasta que ella sea arrebatada por el Señor (Ef. 1:22-23; Col. 1:24ss; 1 Ts. 4:14-18.).

Respecto a su origen, la iglesia tiene dos momentos. Dentro del plan de salvación, la iglesia nació en la eternidad pasada, cuando Dios determinó el propósito de escoger y predestinar en Cristo a los beneficiarios de la salvación para alabanza de la gloria de Su gracia y ser santos delante de Su presencia (Ro. 8:28-30; Ef. 1:4-10). En ese sentido, la iglesia es un misterio, esto es, una verdad oculta desde la eternidad en la mente de Dios y dada a conocer por revelación en la era apostólica (Ro. 16:25-26; Ef. 3:3-6; Col. 1:25-27). La revelación de este misterio como una obra divina en la era cristiana indica que la iglesia no existió en el A.T. En la exposición del Apóstol Pablo sobre la situación actual y el futuro de Israel en los capítulos 9 al 11 de la carta a los Romanos, es indudable que el A. T. había previsto las bendiciones a los gentiles. Pero no como la formación de un nuevo pueblo, integrado por judíos y gentiles en un plano de igualdad. Al señalar que Cristo “de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación...para crear de los dos un solo y nuevo hombre” (Ef. 2:14-5), Pablo se refiere a que *en la iglesia*, la distinción entre judíos y gentiles desapareció (Gá. 3:28; Col. 3:10-11).

El segundo momento corresponde al nacimiento histórico de la iglesia el día de Pentecostés, como cumplimiento del designio eterno de “cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hch. 15:14).

Otras razones confirman que la iglesia del Señor pertenece a esta edad y se distingue del pueblo de Israel. El Señor ante la confesión de Pedro señaló que “sobre esta piedra edificaré mi iglesia” (Mt. 16:18). No dice “continuaré edificando mi iglesia” como si ya este pueblo existiera en el A. T y como si la iglesia naciente fuera una continuación o agregado al pueblo de Israel. Se sigue insistiendo que los autores del N. T. aluden a Israel como una iglesia (en griego, Hch. 7:38; He. 2:12), pero está claro que el uso de la palabra “ekklesia” aquí significa asamblea o conjunto de personas congregadas, no el pueblo de Dios de la presente edad, sentido teológico propio del N. T.

Pablo indica que los cristianos entran a formar parte del cuerpo de Cristo (la iglesia) por medio del bautismo con el Espíritu Santo (1 Co. 12:13). En días de Juan el Bautista esta obra era una promesa que esperaba el

cumplimiento con la llegada de Cristo “El os bautizará con Espíritu Santo” (Mr. 1:8). Poco antes del Señor ascender a los cielos pidió a sus discípulos que se mantuvieran unidos en Jerusalén porque “seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch. 1:5), obra que se cumplió el día de Pentecostés (Hch. 2:33, 38-39; 11:15-17). Si los santos del A. T. forman parte de la iglesia, como sostienen algunos, ¿cuándo fueron bautizados con el Espíritu Santo para formar del cuerpo de Cristo?

Cristo es “la cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo”. Sólo cuando Cristo se sentó en los lugares celestiales, fue dado por cabeza del cuerpo (Ef. 1:20-23). Las promesas divinas respecto a la nación, el reino y el territorio para el pueblo de Israel esperan su cumplimiento, pues Pablo indica que hay un futuro para Israel (Ro. 11:25-32). Esta futura restauración muestra con claridad que Israel es un pueblo diferente de la iglesia. Aunque la iglesia participa de las bendiciones espirituales de Israel, al ser incluida en el Nuevo Pacto (Jer. 31:31-34; Mt. 26:27; Ef. 2:11-19; 2 Co. 6:16-7:1; He. 8:6-13), su participación no invalida el cumplimiento *literal* de las promesas a Abraham (Gn. 12:1-3; 13:13-17; 17:7-8) y a David (2 S .7:8-16), puesto que según el apóstol Pablo “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Ro.11:29). (V. 4.5.2)

4.2.2 La iglesia local:

Por otro lado, un grupo de cristianos que se reúne regularmente en un lugar específico, para adorar a Dios, edificarse los unos a los otros y predicar el evangelio a los perdidos constituye una iglesia local. Estos creyentes adquieren su identidad como iglesia local cuando administran las ordenanzas del bautismo y la Santa Cena, cuentan con líderes que cumplen los requisitos del ancianado (1 Ti. 3:1ss; Tit. 1:5ss), y son reconocidos como iglesia por otras congregaciones (Ro. 16:1, 5, 16; Hch. 14:27; Hch. 15:4; 1 Co. 1:2; Gá. 1:2). La expresión del Señor “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18:20), no se refiere a la existencia de una iglesia local. El texto es más bien una garantía de que el Señor apoya la decisión de los dos o tres testigos que participan en la restauración del hermano que ha pecado (Mt. 18:16, 18-19).

4.2.3 Propósitos de la iglesia

Los propósitos eternos de Dios para la iglesia universal se concretan en la tarea de las respectivas iglesias locales. La iglesia está comisionada por Dios para cumplir Sus propósitos de adorarle, alcanzar a los perdidos y guiar a los salvos hacia la madurez (Jn. 4:23-24; Mt. 28:19-20; Ef. 4:11-16). Por lo tanto, el plan de Dios para los cristianos se realiza por medio de las iglesias locales.

Cada iglesia local constituye el cuerpo espiritual de Cristo en su comunidad. Por ejemplo, a los cristianos de la iglesia de Corinto se les dice

que: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno en particular” (1 Co. 12:27). Al ser miembro de un cuerpo (Ro. 12:4-5), cada creyente forma parte de una congregación específica. De igual manera, se ve que el cristiano está llamado a congregarse (He. 10:25) para que cumpla sus responsabilidades en una asamblea específica, no ejerciendo sus ministerios con independencia de la iglesia local a la que pertenece (1 Co. 12:20, 21, 25-27; Col. 4:17). Todo cristiano debe ser miembro oficial de una congregación.

La práctica moderna de algunos de no involucrarse activamente en una iglesia, o de pensar que pueden vivir la vida cristiana sin ser miembros en una asamblea, o de tener un ministerio independiente contradice a las claras el principio de la comunión cristiana. Ser parte de la iglesia universal no nos exime de compartir la fe con nuestros hermanos de una asamblea. ¿Cómo se puede ser un cristiano solitario ante la exhortación “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuando veis que aquel día se acerca”? (He. 10:24-25). Además, sin unos pastores que velen por el estado del alma del cristiano (He. 13:17), la ruina espiritual y el apartarse de la fe están a la puerta.

Diferentes actividades y reuniones realizan los cristianos para cumplir los propósitos divinos para la iglesia. Todas ellas responden al deber de los creyentes de glorificar a Dios, edificarse los unos a los otros y ganar a otros para Cristo. Según las Escrituras son:

- La enseñanza y obediencia de la Palabra de Dios (Hch. 2:42; 1 Ti. 3:15; 2 Ti. 4:2-4; Tit. 2:1, 7). La sustitución de la enseñanza bíblica por extensos cultos de “alabanzas”, la proliferación de supuestos profetas que echan a un lado la biblia, los comentarios piadosos y agradables al oído y la negligencia de los cristianos en escudriñar las Escrituras crean una generación desnutrida ante la falta del alimento sólido de la Palabra (1 Co. 3:2; He. 5:13). Cualquier viento de doctrina zarandea a estos débiles creyentes (Ef. 4:14). (V. 4.3.4).
- El compañerismo o comunión, indicado, sobre todo, con la expresión “unos a otros”, comunión que es posible porque “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su hijo Jesucristo, nuestro Señor” (1 Co. 1:9; Ro. 15:7; 16:16; Ef. 5:19; Fil. 2:2; Col. 3:9, 13, 16). “Nuestra comunión es verdaderamente con el Padre y su hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3-4).
- La oración (Hch. 2:42; 12:5; Ef. 6:18; 1 Ts. 5:17). Cuando la iglesia se institucionaliza, cambia la fuente de poder. Las estrategias de mercadeo sustituyen la confianza en el poder de Dios. Ya sea de modo individual o colectivo en las reuniones de la iglesia, la oración debe ocupar un lugar de primerísima importancia (1 Ti. 2:1). (V. 4.3.4).
- La predicación del evangelio a los perdidos haciendo discípulos de todas partes (Mt. 28:19-20; Lc. 24:46-48; Hch. 11:26; Ro. 1:14-16). El mensaje del evangelio incluye la proclamación de la obra de Cristo en la

cruz del calvario y su resurrección, el llamado urgente al pecador de que se arrepienta de sus pecados y acepte el don de la salvación para vida eterna, so pena ser condenarse por rechazar al Hijo de Dios (Jn. 3:16ss; Hch. 2:38; 10:39-43; Ro. 10:8-10; 1 Co. 15:1-4).

- El cumplimiento de las ordenanzas: El Bautismo y la Santa Cena (Mt. 28:19-20; Mr. 14:22-25; Hch. 2:38-41; 1 Co. 11:23ss.). (Ver **4.2.5**).
- La adoración y alabanza a Dios (Jn. 4:23-24; Hch. 2:42, 46-47). (V. **4.3.1** al **4.3.3**).

4.2.4 Su Gobierno

En las Escrituras siempre se alude a un gobierno colegiado. Se emplean los términos pastores, ancianos u obispos en plural (Hch. 14:23; 15:2, 4; 20:17, 28-29; Fil. 1:1; 1 Ti. 5:17; Tit. 1:5). La idea de UN pastor en cada iglesia es insostenible a la luz de estos textos. Se pretende encontrar apoyo en el hecho de que Pablo singulariza el oficio cuando se refiere a las cualidades para el obispo o sobreveedor: “Si alguno anhela obispado...Es necesario que el obispo” (1 Ti. 3:1-2; Tit. 1:7). La razón del singular se debe a que Pablo describe las condiciones de *un* aspirante a obispado. Además, ya había exhortado a Tito a que “establecieses ancianos (plural) en cada ciudad” (1:5).

Como podía haber varias iglesias en casas diferentes en una misma ciudad (Ro. 16:5; Flm. 2), se pudiera objetar que la pluralidad sale de la suma de todos los ancianos u obispos de la zona. Santiago refuta ese alegato. A la persona enferma, le exhorta a que “que llame a los ancianos (plural) de la iglesia (singular)” (Stg. 5:14). Y Lucas relata que Pablo y Bernabé “constituyeron ancianos en cada iglesia” (Hch. 14:23).

Se trata de una jerarquía artificial decir que el obispo supervisa varias iglesias o que el pastor es asistido por un cuerpo de ancianos. Los términos pastores, obispos y ancianos son intercambiables, es decir, se refieren a distintos aspectos de la función de la misma persona. Por ejemplo, en el discurso de Pablo a los ancianos de Efeso (Hch. 20:17), les llama obispos (Hch. 20:28) y les exhorta a que velen por “todo el rebaño...para apacentar la iglesia del Señor”, aludiendo a la imagen del pastor. En Tito ancianos y obispos son sinónimos (1:5, 7). Cada término transmite una imagen de lo que debe ser la función del liderazgo de una asamblea. Anciano resalta el carácter y la respetabilidad del cargo. Obispo enfatiza la tarea de la vigilancia protectora y la supervisión de la grey. Pastor añade las ideas de la manera en que el liderazgo de la iglesia debe hacer el trabajo, con preocupación por la alimentación, el cuidado y la guía del rebaño del Señor.

El uso de títulos pomposos como “Reverendo”, “Apóstol”, etc., va en contra de la enseñanza clara del Señor que advierte a sus seguidores de huir de la tentación de ambicionar prestigio y dignidad (Mt. 23:8-10; Mr. 10:42-45). La expresión popular “Reverendo”, aplicada a los pastores, es tal vez uno de los “títulos” más desacertados por las connotaciones que encierra esta palabra.

Contra el peligro de exaltar a los líderes, Pablo instruye a los corintios: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído...Por tanto, que los hombres nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (1 Co. 3:5; 4:1).

Estos líderes forman un equipo de hombres a quienes Dios llama a este ministerio, en el que las decisiones se toman por consenso en armonía con la Palabra de Dios. Por ejemplo, la reunión en Jerusalén – aunque implicó a las distintas iglesias – puede servir de modelo en la toma de decisiones en el cuerpo de ancianos de una asamblea local: Se oyen los puntos de vista, estos se discuten con libertad y respeto, y se determina lo más conveniente y acorde a la Palabra de Dios. Al final de la reunión, se da constancia de lo acordado como una decisión unánime (Hch. 15:1-29).

Los ancianos, pastores u obispos (Hch. 20:17, 28; 1 P. 5:1-3) son llamados por el Espíritu Santo (Hch. 20:28) y reconocidos por su iglesia local de acuerdo a los requisitos detallados en 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:5-9, a saber, su carácter, su pasión, su obra, su capacidad para enseñar, su madurez, su vida matrimonial y familiar, y buen testimonio de los no creyentes.

En el proceso del reconocimiento de nuevos ancianos o pastores, la palabra de Dios no presenta un manual titulado “Cómo reconocer nuevos ancianos”. Pero es posible descartar algunos métodos y seguir ciertas pautas con la guía del Señor.

Algunos métodos han resultado contraproducentes y ajenos a los principios del Nuevo Testamento. La imposición por nombramiento sin tomar en cuenta las condiciones espirituales y morales de la persona produce la desconfianza en un hombre que no cuenta con el llamado de Dios. Los apóstoles y sus delegados podían establecer ancianos, pero contaban con la autoridad especial dada por el Señor (Hch. 14:23; Tit. 1:5). De modo que su práctica no es normativa, sino privativa de ellos.

Hay quienes toman el ejemplo de la elección de Matías al apostolado como un modelo a seguir en la elección de ancianos (Hch. 1:21-26). Una elección echando suertes, tal vez con los nombres de los candidatos en una bolsa. Sin negar la buena fe de quienes se valen de este método, debemos señalar que la elección estuvo precedida por una evaluación de los requisitos para ser escogido entre los doce. Segundo, los apóstoles buscaron en oración la guía del Señor. Tercero, después de la morada del Espíritu Santo en el corazón de cada cristiano y del desarrollo de las cartas apostólicas no se menciona jamás tal procedimiento.

El sistema por mayoría de votos tampoco es legítimo. Se pretende con ese método presentar un ejemplo de igualdad democrática entre todos los miembros. Sin embargo, echa por el suelo el principio de que los ancianos ya establecidos representan como gobierno a la iglesia. Les corresponde a ellos por su posición de liderazgo y de madurez espiritual dirigir el proceso de reconocer a otros ancianos. Por otro lado, aunque todos somos iguales ante los ojos del Señor, no pesa igual la decisión de un cristiano neófito o

inmaduro que la de hermanos experimentados. A esto se suma el peligro de que la carnalidad haga presente seleccionando por intereses o simpatía a una persona que carezca de los requisitos para el cargo.

Ciertos principios se deben tomar para reconocer a un anciano o pastor. Se entiende que un potencial líder ha mostrado su deseo de servir al Señor desde esta posición (1 Ti. 3:1). Es verdad que algunos ancianos se mostraron renuentes al principio a aceptar que podían ser ancianos, pero la voluntad del Señor, la consejería sabia de los otros ancianos y el reconocimiento sin reservas de la iglesia vencieron esa resistencia. Huelga decir que el candidato debe evaluarse a la luz de los requisitos para el cargo. La oración de la iglesia para que Dios guíe la elección debe ser constante y sincera. El reconocer a un anciano no es decisión ligera como advirtió Pablo a Timoteo: “No impongas las manos con ligereza a ninguno” (1 Ti. 5:22). Una mala elección perjudica a la iglesia, decisión de la que uno dará cuenta a Dios.

Los pastores están llamados a cumplir varias tareas: Alimentar el rebaño con la palabra de Dios (Hch. 20:28; 1 Ti. 3:2; Tit. 1:9; He. 13:7); gobernar o dirigir la congregación, no enseñoreándose de ella, sino siendo ejemplos de integridad a los demás (1Ts. 5:12; 1 Ti. 5:17; 1 P. 5:3); velar y orar por la vida espiritual de cada miembro para llevarlo a la madurez (Ef. 4:11-13; He. 13:17; Stg. 5:14-15); restaurar a los que se hallan en pecado o apartados de la comunión (Mt. 18:15-20; Gá.6:1); administrar los asuntos de la iglesia incluidos los fondos económicos (Hch. 11:28-30); preservar y defender la doctrina de los errores de los falsos maestros (Hch. 20:28-30; Tit. 1:9-11).

Los ancianos o pastores tienen una autoridad delegada por el Señor. El ejercicio de la misma es “...para edificación, no para destrucción” (2 Co. 13:10). El ejemplo, la integridad de carácter, el estudio continuo de las Escrituras, la enseñanza sistemática de la palabra y la preocupación por el rebaño son las mejores “armas” con que cuenta un pastor para ser respetado y para cuidarse de no convertirse en otro Diótrefes, “...al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos...y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe y los expulsa de la iglesia” (3 Jn. 9 y 10).

Respecto a su relación con los pastores, los miembros de la iglesia están llamados a reconocer la persona y el trabajo de sus líderes: “Tenedlos en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Ts. 5:12-13). Además, cada miembro debe asumir una actitud de respeto y obediencia a ellos (He. 13:17; 1 P. 5:5). Penosamente, la iglesia se va a los dos extremos. Idolatra al pastor encumbrándolo en una posición de superioridad peligrosa. O irrespeta con una falta de consideración a sus ancianos, a los que convierten en blanco favorito de críticas. En este caso, los ancianos pudieran decir como Moisés: Jehová “ha oído vuestras murmuraciones, con que habéis murmurado contra él; porque nosotros, ¿qué somos, para que vosotros murmuréis contra nosotros” (Ex. 16:8).

El cuerpo de ancianos, pastores u obispos de la iglesia local se auxilia de un cuerpo de diáconos (servidores o asistentes), los cuales deben ser reconocidos por el cuerpo de ancianos y la iglesia (Fil. 1:1; 1 Ti. 3:8-10). La tarea de los diáconos no se limita a manejos materiales y administrativos, ellos pueden realizar tanto estas funciones como las espirituales por medio de la delegación y supervisión de los ancianos.

El ancianado y el diaconado son oficios, porque fueron reconocidos en función de su carácter, trabajo y testimonio. Este reconocimiento tiene dos limitaciones: Una de espacio y otra de tiempo. La validez del oficio tanto del anciano como del diácono queda limitada a la iglesia local que los reconoció. Por ejemplo, un traslado del anciano (o del diácono) a otra iglesia no lo hace anciano en esa nueva congregación. Aunque la tarea sea para ayudar a esta congregación, debe hacerle ver a los hermanos de esa asamblea que su posición no es la de un pastor, sino de un ayudante. Sólo con el tiempo pudiese ser reconocido otra vez si existe la necesidad y si los hermanos de esa iglesia reconocen que cumple con los requisitos de 1 Ti. 3:1ss y Tit. 1:5ss.

El anciano y el diácono pueden dejar de ejercer tales funciones u obligadamente tener que dejar ese ministerio si no cumplen con sus compromisos o si quedan descalificados por un pecado o, incluso, si limitaciones físicas de peso les impiden seguir ejerciendo su oficio. Tales oficios están limitados en el tiempo en la medida que las personas seleccionadas cumplan las calificaciones.

4.2.5 Las ordenanzas: instituciones del Señor para la iglesia

4.2.5.1 El bautismo

Dentro de las prácticas de la iglesia, dos fueron ordenadas directamente por el Señor Jesucristo: El bautismo (Mt. 28:19) y la Cena del Señor o Santa Cena (Lc. 22:14-20; 1 Co. 11:23-32). Ambas ordenanzas identifican a todo cristiano con su Señor. Como tales, no imparten en sí mismas la gracia de Dios, pues constituyen actos simbólicos de realidades espirituales ya hechas por Dios.

El bautismo es un acto de obediencia al Señor. Sólo se le administra a todo el que ha creído en el Señor Jesucristo y se ha arrepentido de sus pecados: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo...”, “cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.” (Hch. 2:38; 8:12). El orden es claro: primero, creer al evangelio y arrepentirse de los pecados; luego, ser bautizado. Por ser una decisión personal que encierra reflexión, es impropio bautizar a los niños y a las niñas, mucho menos a recién nacidos. Ningún pasaje en las Escrituras indica que el Señor y los primeros cristianos bautizaran a niños. En los casos de las familias enteras que se bautizaron (Lidia y el carcelero de Filipos, Hch. 16:15, 33), es imposible

afirmar o negar una u otra cosa; pero el hecho de la decisión personal de creer y arrepentirse descarta la posibilidad de que se incluyeran a los niños.

Por otro lado, alegar que el bautismo en el cristiano corresponde a la circuncisión del judío, como señal física de entrar en un pacto con Dios, y que, por consiguiente, incluye el bautizar infantes (el niño judío era circuncidado al octavo día de nacido), pasa por alto que sólo los varones judíos eran circuncidados, mientras que el bautismo cristiano es para ambos sexos. Además, el N.T. presenta la circuncisión en el creyente como un acto espiritual (Col. 2:11; Fil. 3:3)

Es cierto que en tiempos apostólicos los que creían eran bautizados inmediatamente (Hch. 2:38, 41; 8:36-39; 10:47-48). Eso se hacía porque los apóstoles tenían conocimiento intuitivo sobrenatural o discernimiento espiritual para saber que los que eran bautizados habían creído con sinceridad. Pero a lo largo de la historia, la iglesia ha entendido conveniente dar un tiempo prudente que permita a los nuevos convertidos exteriorizar su fe y dar evidencias de un arrepentimiento genuino. Aunque no se refiere al bautismo cristiano, Juan el bautista a los fariseos y saduceos que querían ser bautizados les demandó primero: “Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8). Este principio de la evidencia de la conversión por medio de frutos espirituales sirve de pauta para evaluar a quienes han de ser bautizados.

El bautismo simboliza la identificación del creyente con la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo, es un testimonio público de la fe del nuevo creyente en Jesucristo y constituye una confesión del señorío de Cristo en la vida del nuevo discípulo (Hch. 2:38ss; Ro. 6:1-7; Gá. 3:27; Col. 2:12). Probablemente, expresa el lavamiento espiritual interior que se opera en el que cree en el Señor (Hch. 22:16; Tit. 3:5).

El bautismo debe ser por inmersión. En el griego la palabra “baptidzo” significa sumergirse, zambullirse o inundarse. Cada vez que la Biblia habla del bautismo se refiere al hecho de sumergir en el agua, nunca habla de rociar a la persona (Hch. 8:26-39). La razón mayor de por qué el bautismo es por inmersión se desprende del hecho de su simbolismo. Sólo la inmersión cumple con la simbología de muerte, sepultura y resurrección: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Ro. 6:3-5).

El bautismo no salva; sólo simboliza la obra espiritual transformadora que Dios hace en la vida de quien se arrepiente de sus pecados y cree en Jesucristo como Salvador. En Marcos 16:16 “El que crea y sea bautizado será salvo...” no afirma que el bautismo sea una condición para ser salvo, simplemente da por sentado que la persona que cree se bautiza; por eso, agrega “pero el que no crea, será condenado”. Si el bautismo salvara, el texto

habría agregado “el que no cree ni se bautiza será condenado”; en otras palabras, la persona se condena por no creer, no por dejar de bautizarse. Eso sucede con la declaración del Señor a Nicodemo: “...el que no naciere del agua y del Espíritu no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:5).

Cuando Pedro dice en su sermón de Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch. 2:38), no implica que el bautismo trae el perdón de los pecados y el Espíritu Santo. Más adelante, el mismo Pedro, cuando la conversión de Cornelio y sus familiares, pregunta: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? (Hch. 10:47). Por haber creído y recibido el Espíritu Santo, entonces estos creyentes podían ser bautizados. Estas declaraciones de Pedro descartan que él se esté refiriendo en su primera carta a que el bautismo salva: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva...”, pues aclara que no limpia “las inmundicias de la carne”, sino que más bien es “como una aspiración de limpia conciencia hacia Dios” gracias a que la salvación proviene por la “resurrección de Jesucristo” (1 P. 3:21).

4.2.5.2 La Cena del Señor o Santa Cena

La otra ordenanza que la iglesia practica es la Santa Cena, Comunión o Cena del Señor. Esta ordenanza fue instituida por Jesús la noche que fue entregado (1 Co. 11:23). Mientras el bautismo sólo se recibe una vez, la Cena del Señor se celebra “todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa” (1 Co. 11:26), sin embargo, la iglesia apostólica desde sus inicios se juntaba para la celebración de este culto “Cada primer día de la semana” (1 Co. 16:1; Hch. 20:7).

El énfasis teológico principal que simboliza el participar del pan y del vino es celebrar como un recordatorio la muerte del Señor: “...haced esto en memoria de mí” (Lc. 22:19; 1 Co. 11:24-25). El partimiento del pan recuerda que su cuerpo (todo su ser) fue entregado como una ofrenda a Dios y partido por los creyentes. El beber el vino conmemora que la ratificación del Nuevo Pacto consistió en la muerte cruenta del Señor para perdón de los pecados: “Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados” (Mt. 26:27).

Se desprende que el Señor habló simbólicamente porque cuando él participó de esta fiesta, estaba presente con sus discípulos, por lo que el pan no se convirtió en el cuerpo de Cristo, ni el vino en la sangre de Cristo. En otras ocasiones, el Señor utilizó expresiones figuradas para expresar verdades espirituales (Jn. 8:12; 14:6; 15:1). En Juan 6:47-58, el contexto muestra que comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios simboliza espiritualmente creer en su persona: “el que cree en mí tiene vida eterna...el que coma este pan vivirá eternamente” (6:47 y 58). Además, cuando Jesús dijo “Esto es mi

sangre del nuevo pacto...” (Mr. 14:24), el vino no experimentó ningún cambio para ser el nuevo pacto.

El carácter conmemorativo de la Santa Cena recuerda a la comunidad de creyentes la centralidad del sacrificio de Cristo en la cruz, pero la celebración en sí no es un sacrificio. La muerte de Cristo fue hecha “una vez para siempre” (He. 7:27; 9:12, 26, 28; 10:10, 12, 14). Pero también la Cena del Señor es en el presente un acto de proclamación de Su muerte, y orienta la mirada del cristiano hacia el futuro cuando el Señor vuelva por su pueblo: “la muerte del Señor proclamáis hasta que el venga” (1 Co. 11:26, Biblia de las Américas). Participar de un solo pan y beber del vino, muestra la comunión del pueblo de Dios con la persona y obra redentora de Cristo (1 Co. 10:16-17).

Al participar de la cena del Señor cada creyente adora a Dios y expresa su gratitud al Señor, por lo que la celebración se centra en la adoración a Dios y en el recuerdo del sacrificio del Calvario, no en las necesidades del cristiano (1 Co. 11:24-26). La participación pública de un creyente en este culto debe dirigirse a dar la gloria y la honra a Dios y al Señor. No es el tiempo indicado para traer temas ajenos a la centralidad de la adoración ni para sermonear a los presentes.

Por la solemnidad de la participación en la Santa Cena, no se debe tomar a la ligera ni con pecados sin confesar ni discordias pendientes con otros hermanos y hermanas. De ahí la necesidad de un auto examen; pasar por alto estas indicaciones, es exponerse a la disciplina directa por parte del Señor (Mt. 5:23-24; 1 Co. 11:27-32).

Por las implicaciones antes mencionadas, la iglesia local debe ser discreta en la administración de los símbolos a cualquier visita. En estos casos, la entrega de una carta de membresía o el testimonio de un hermano en comunión sobre la visita pueden ser razones válidas para que esta sea invitada a participar de la Santa Cena (Hch. 9:26-27; 1 Co. 16:3). (Ver **5.3.2**).

El Señor dejó abierta la posibilidad de celebrar este culto cuantas veces la iglesia quisiera; sin embargo, siguiendo el ejemplo de la iglesia primitiva, lo celebramos cada primer día de la semana, como recordación del día de la resurrección del Señor (Hch. 20:7). Con esta práctica de los primeros cristianos, queda evidenciado en la palabra de Dios que el domingo no fue cambiado por el sábado por Constantino, sino que éste formalizó en el s. IV d.C. lo que era ya la práctica de la iglesia desde los tiempos apostólicos (1 Co. 16:1).

Además, el domingo no es el equivalente cristiano al sábado judío, pues este era un tiempo de descanso laboral y una señal entre el pueblo de Israel y Dios: “Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: "En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico... Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo. Para siempre será una señal entre mí y los hijos de

Israel, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó” (Ex. 31:13, 16-17). Esto explica que el N.T. nunca registra un texto que mande a los cristianos a guardar el sábado.

Del Culto

4.3.1 Naturaleza y propósito del culto

El centro del culto es la adoración a Dios en su Hijo por la presencia del Espíritu Santo (Jn. 4:23-24; Ap. 4:8-11; 5:13-14). Los cristianos “adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús” (Fil. 3:3) (Biblia de las Américas). Por decisión del Padre, el Hijo ocupa la preeminencia gracias a la obra de la cruz y a la plenitud divina que habita en Cristo (Col. 1:18-20; 2:9; Jn. 5:23). El Espíritu guía el culto a la glorificación del Hijo “pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:13-14).

Estos principios bíblicos enseñan que *el culto es para Dios*, no para las necesidades humanas. No es la celebración de alabanzas para buscar una bendición o para sentirnos bien, sino la entrega de toda la persona como un acto de reconocimiento de los atributos de Dios y una acción de gracias por la obra de salvación (Dt. 16:16-17; Sal. 95:6-7; 100:1ss; Mt. 4:10; Ro. 12:1). Sin embargo, celebrar un culto conforme a los principios bíblicos por creyentes en íntima comunión con Dios y dirigido por el Espíritu Santo, trae bendiciones espirituales en la vida del cristiano: un mayor conocimiento de Dios y su Hijo (Ef. 1:17; Fil. 3:8-14); gozo y unidad en el pueblo de Dios (Hch. 2:46-47), poder para testimoniar a los inconversos (Hch. 2:47; 4:31, 33; 1 Co. 14:24-25). En otras palabras, el culto se debe hacer “todo para edificación” (1 Co. 14:26).

4.3.2 Principios que guían el culto

Las ideas rectoras del culto comprenden la persona y la obra de Dios: Sus atributos, creación, providencia, el plan de salvación. De igual modo, la persona y la obra del Hijo: sus atributos, vida, muerte y obra en la cruz, su resurrección, su segunda venida en gloria. Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos que están alrededor del trono de Dios y del Cordero ilustran esta adoración (Ap. 4:8-11; 5:8-14). Tales pensamientos deben llenar la adoración y la alabanza en todos los cultos.

En la revelación de Dios, no se nos manda a adorar, alabar y orar al Espíritu. El Señor indicó que la función de la tercera Persona de la Trinidad es “El me glorificará, porque tomará de lo mío...Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío” (Jn. 16:14-15). Su presencia guía la adoración y la alabanza al Padre por el Hijo, por lo que Su obra no significa que El es menor que las otras dos personas de la Trinidad. Es la fuente del poder que vigoriza la adoración y manifiesta la presencia del Dios trino (Jn.

15:26; Ef. 3:16). Puesto que el Espíritu Santo es Dios, se razona que podemos pedirle nuestras oraciones: puro razonamiento humano ajeno a la enseñanza bíblica sobre la relación entre las Personas de la Deidad.

Nuestro Señor resumió la esencia de la verdadera adoración en su conversación con la mujer samaritana: “Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Jn. 4:23-24). La frase “adorar en espíritu y en verdad” puede interpretarse de varias maneras, como se comprobará consultando buenos comentarios. Según nuestra comprensión, significa una plena adoración guiada por el Espíritu Santo en armonía con la revelación de Dios. Los samaritanos adoraban lo que desconocían (Jn. 4:22) pues habían distorsionado el Pentateuco para adaptarlo a sus creencias. De ahí el imperativo de qué ha enseñado Dios en su palabra. Por otro lado, la referencia a la fuente de agua que salta para vida eterna (Jn. 4:14) es un símbolo del Espíritu Santo (Jn. 7:37-39), lo que hace a la tercera Persona de la deidad una opción probable de que la adoración sea en el Espíritu.

El culto debe orientarse por la conjunción de dos actitudes. Por un lado, toda reunión de la iglesia debe realizarse bajo el imperativo de la reverencia ante la majestad de nuestro Dios. La adoración a Dios implica un sentimiento sobrecogedor que lleva al creyente a postrarse en su corazón: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová, nuestro hacedor”; “Mas Jehová está en su santo templo: ¡calle delante de él toda la tierra!” (Sal. 95:6; Hab. 2:20). Cuando la iglesia reconoce la santidad y la gloria de Dios en el culto, se produce un temor reverente en la adoración (Ex. 3:1-6; 33:18-23; 34:5-8; Is. 6:1-5; 1 Co. 14:24-25; Ap. 1:9ss.).

Por otro lado, la alabanza entusiasta debe ocupar un espacio importante en el culto “Venid aclamemos alegremente a Jehová...” (Sal. 95:1). En el A.T. los salmos representan un muestrario de alabanzas en el culto judío. Vez tras vez se manda al pueblo a “alabad a Jehová” (Sal. 92:1; 95:1-5; 96:1ss.; 97:12). El N.T. sigue esta línea de la vitalidad de la alabanza en medio de la congregación (1 Co. 14:26; Ef. 5:19; Col. 3:16). La alabanza alegre nace de un pueblo que está en comunión con Dios, que vive en obediencia a sus mandamientos y que celebra el culto en consonancia con el orden y la decencia “hágase todo decentemente y con orden”, (1 Co. 14:40). Estas indicaciones regulan la celebración del culto.

No se permite que todos hablen en lenguas a una voz, pues “si entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? (1 Co. 14:23). Este principio se aplica aunque no se esté hablando en lenguas, pues el hablar todos a la vez aunque sea en español u otra lengua produce un caos en la comunicación lo que impide la edificación de los presentes. El texto “Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (1 Co. 14:26) es una

invitación a que cada miembro se involucre activamente en la adoración, pero no deja abierta la posibilidad de que sea una participación pública al unísono, pues el siguiente verso (14:27) establece un orden por turno.

El gozo que se deriva de la alabanza no se fabrica ni se induce por manipulación, sino que brota de un corazón que canta al Señor con plena comprensión de lo que hace, “cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento” (1 Co. 14:15). Todo lo que diga el director de culto, las letras de las alabanzas y la exposición de la Palabra de Dios deben ser inteligibles, para que Dios sea glorificado en Jesucristo y el pueblo de Dios entienda cada mensaje o alabanza y sea edificado (1 Co. 14:16-17). Por eso, una música con un volumen muy alto que impida la comprensión de las letras de una alabanza viola este principio. Una buena música con un pobre o antibíblico contenido será una diversión y entretenimiento de la carne, pero no una alabanza para el Señor. ¿Cómo diremos amén a algo que no entendemos? (1 Co. 14:16).

La Palabra de Dios es la norma que evalúa la validez de las letras de una canción o himno de alabanza, “Que la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros, con toda sabiduría enseñándoos y amonestándoos unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando a Dios con acción de gracias en vuestros corazones” (Col. 3:16). Cualquier canción que pretenda ser cristiana debe indicar claramente su contenido teológico y referirse sin ambigüedad a Dios o al Señor Jesucristo, “Y todo lo que hacéis, de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de El a Dios el Padre” (Col. 3:17).

Aunque la alabanza por medio de un solo halla lugar en el culto, el énfasis es la alabanza congregacional, en la que todos participan del canto. La mayoría de las invitaciones del A.T. a alabar a Dios están dirigidas en plural a la comunidad: “Canten delante del Señor, que ya viene...”, “Alégrense en el Señor, ustedes los justos, y alaben su santo nombre”, “Canten al Señor un cántico nuevo...”, etc., (Sal. 96:13; 97:12; 98:1, NVI).

Es evidente que la Biblia deja un margen de libertad en cuanto a las formas de la celebración del culto. Sin embargo, el verso “El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Co. 3:17) en nada se refiere a hacer cualquier expresión de alabanza ni a justificar una libertad absoluta en el culto. El contexto del pasaje tiene que ver con la libertad de la esclavitud de las demandas de la ley (3:6ss). La iglesia se rige por el Nuevo Pacto, una de cuyas promesas es la morada del Espíritu Santo en el creyente “porque la letra mata, pero el Espíritu da vida” (v.6).

En las formas del culto se puede aplicar el principio: “Todas las cosas me son lícitas, pero no todas son de provecho” (1 Co. 6:12). En la interpretación musical de un himno, no existe ninguna prohibición en cuanto a instrumentos; pero el mal uso de los mismos puede impedir la edificación del pueblo y la gloria de Dios. Por ejemplo, el alto volumen, el tocar mal el instrumento o hacerlo de modo tal que la atención del público se centre en el

intérprete y no en la alabanza, son algunas situaciones que el sentido común nos llevan a decir “Hermanos, no seáis niños en la manera de pensar; más bien, sed niños en la malicia, pero en la manera de pensar sed maduros” (1 Co. 14:20).

Tales principios – lo provechoso y el razonamiento maduro – deben orientar la alabanza en el momento de elegir un género musical. De nuevo, la Biblia no alude a los géneros modernos de hoy día, pero el contexto en el que se tocan algunos de estos estilos musicales, el ritmo para el cual fueron creados y el relegar el contenido de las letras a un plano secundario son criterios que nos ayudan a entender que no todos los géneros musicales son apropiados en el culto. Alegar que la música es neutra desde el punto de vista moral, es olvidar que la música no se crea sola, que hay seres humanos morales detrás de ella.

4.3.3 La danza

Como la iglesia recibió su herencia cultural de los apóstoles, quienes se basaron, sobre todo, en el orden de la sinagoga, descartamos que la danza sea un ministerio. No aparece una sola cita en el Nuevo Testamento que mande a la iglesia a formar un grupo de danza para el culto de la iglesia. ¿Y qué decir de la proyección de películas, dramas teatrales? Está claro que no aparecen en la biblia y que nacen de realidades modernas, pero tanto unas como los otros enfatizan la comunicación de un mensaje claro, audiovisual. El mensaje del evangelio siempre será el mismo, no así la forma de comunicarlo. En el caso de la danza, predomina la atracción por lo visual, obviando la transmisión de un mensaje.

Las pocas referencias del A.T. (Sal. 149:3; 150:4) son tan escuetas que no permiten definir qué se hacía en el templo de Israel como danza. Además, una vez más los principios de la gloria de Dios en Jesucristo y de la edificación del pueblo de Dios son indicativos de que tal manifestación cultural en el día de hoy busca más el entretenimiento del público. Eso explica que ya se use como parte de un supuesto día del pastor, de una dedicación de una novia a su esposo en el día de su boda. Por último, esta práctica se expone al peligro de las contorsiones sensuales propias de los bailes modernos.

4.3.4 La exposición de la Palabra y la oración en el culto:

La Palabra de Dios debe ocupar un lugar prominente honrando su posición de guía e iluminación de la vida del pueblo de Dios “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino...La exposición de tu palabra alumbrará; hace entender a los sencillos” (Sal. 119:105, 130). La iglesia debe dar la prominencia a la enseñanza de la Palabra de Dios. El Señor mandó a los apóstoles “id y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:19-20). Por eso, los

primeros discípulos “perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (Hch. 2:42).

Los apóstoles transmitieron este mandato a la iglesia y a sus líderes “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Ti. 2:2). Había una necesidad imperiosa de cumplir con el encargo de “predica la palabra... a tiempo y a fuera de tiempo, pues vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Ti. 4:2-4). ¡Cuánta falta hace esta verdad! Predica la palabra. En púlpitos populares, la gente aclama con fervor a predicadores de autoayuda, a cantantes que piden aplausos supuestamente para el Señor (?), a danzarinas que bailan para el disfrute de un buen espectáculo.

Una parte vital del culto es la oración. Su importancia se ve en su ejercicio constante por la iglesia primitiva “y perseveraban...en las oraciones” (Hch. 2:42), “la iglesia hacía sin cesar oración a Dios...” (Hch. 12:5). La oración era la fuente de poder espiritual de la iglesia “Cuando terminaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios.” (Hch. 4:31). Eso explica el lugar prioritario que el apóstol le otorga en el culto de la iglesia: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres...” (2 Ti. 2:1). En la vida privada del creyente y en las reuniones de la congregación, es importante obedecer el sabio mandato de “Orad sin cesar” (1 Ts. 5:17).

La participación pública en la oración congregacional se debe hacerse con reverencia, no “para ser vistos por los hombres” (Mt. 6:5). El Señor no exige un lenguaje culto y florido para dirigirnos a El, pero las repeticiones, las expresiones muy populares y el utilizar palabra para predicar a los presentes desdichan mucho del verdadero espíritu de la oración al Dios tres veces Santo. Así mismo, unos gritos estridentes, engolar la voz, y repetir “en el nombre de Jesús” como una fórmula de poder son artimañas para maravillar a un público ingenuo.

De los dones espirituales

4.4.1 Naturaleza de los dones

Los dones espirituales son capacidades especiales que Dios otorga soberanamente por medio de su Espíritu a cada creyente en el momento de su conversión. Estas habilidades tienen su origen en la gracia dada por las Personas de la Trinidad (1 Co. 12:4-7, 11, 18; Ef. 4:7, 11). Al provenir de la gracia de Dios, son repartidos no por méritos personales ni por petición, sino por la decisión libre de Dios. El Espíritu Santo reparte los dones “como el

quiere” (1 Co. 12:11). Pedro exhorta a sus lectores a que “Cada uno según el don que ha recibido minístrelo a los demás” (1 P. 4:10). Lo que se ha recibido, no necesita pedirse.

Cada cristiano, al formar parte del cuerpo de Cristo por medio del bautismo con el Espíritu Santo, recibe su(s) don(es) en el momento de la conversión (1 Co. 12:13). No hay un solo cristiano que carezca de la posesión de uno o más dones: “pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu”; “Pero a cada uno de nosotros nos fue dada la gracia”; “Cada uno según el don que ha recibido” (1 Co. 12:7; Ef. 4:7; 1 P. 4:10). Pensemos en nuestro compromiso con el Señor que ha repartido talentos conforme a la capacidad de cada uno. Al servir al Señor usando nuestros dones con fidelidad, escucharemos el día en que rindamos cuenta de nuestra vida: “Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:21, 23).

Sin embargo, todos no reciben los mismos dones, pues haría del cuerpo de Cristo un solo miembro sin diversidad de funciones (1 Co. 12:8-10, 14ss).

4.4.2 Listado de los dones

Un estudio sobre los dones deberá incluir los cuatro pasajes principales del Nuevo Testamento sobre este tema: Ro. 12:3-8; 1 Co. 12 – 14; Ef. 4:7-16 y 1 P. 4:10-11. Este último texto parece referirse a las dos clases de dones: Los dones de palabra y los dones de acción, “Si alguno habla...si alguno ministra...” (v.11).

Comparando las distintas listas, puede que se deriven algunas conclusiones: Algunos dones pueden estar expresados con dos o más términos, las referencias a los dones surgieron de situaciones ocasionales, no como si proveyeran un catálogo completo, algunos dones por su carácter de señal funcionaron para el establecimiento de la iglesia en sus orígenes (V. **4.4.4** al **4.4.6**), aunque todos los dones son necesarios y de igual valor ante Dios (1 co. 3:5ss), algunos son más importantes para la iglesia porque su uso es de edificación general: “Procurad...los *mejores dones*” (1 Co. 12:31).

¿Existen dones modernos que no aparecen en las listas? Es posible que así sea; sin embargo, preferimos ceñirnos al lenguaje de las Escrituras para evitar crear términos y funciones que violan sus normas. Se dirá que la realidad contemporánea es muy diferente a la de los primeros cristianos, que la iglesia primitiva usó términos de su entorno (anciano proviene del mundo judío; obispo, de la cultura griega). Sin embargo, ya han pasado al vocabulario religioso universal, como el término pastor a pesar de su trasfondo rural y ganadero. Es preferible someterse a las palabras bíblicas, para no distorsionar su sentido llano. A continuación se presentan las listas de los dones:

Romanos 12:3-8	1 Corintios 12:8-10	1 Corintios 12:28
1. Profecía	1. Palabra de sabiduría	1. Apóstoles
2. Servir	2. Palabra de conocimiento	2. Profetas
3. Enseñar (maestro)	3. Fe	3. Maestros
4. Exhortar	4. Sanidades	4. Milagros
5. Repartir (dar)	5. Milagros	5. Sanidades
6. Presidir (dirigir, gobernar)	6. Profecía	6. Ayudar
7. Misericordia	7. Discernimiento de espíritus	7. Administrar (¿Dirigir?)
	8. Hablar en lenguas	8. Don de lenguas
	9. Interpretar lenguas	
1 Corintios 12:29-30	1 Corintios 13:1-3, 8-13	Efesios 4:7-16
1. Apóstoles	1. Lenguas	1. Apóstol
2. Profecía	2. Profecía	2. Profeta
3. Enseñar	3. Conocimiento	3. Evangelista
4. Milagros	4. Fe	4. Pastor/maestro
5. Sanidades	5. Dar	
6. Lenguas	6. ¿Sufrir la muerte, martirio?	
7. Interpretar lenguas		

Para fines didácticos, presentamos una definición sencilla de cada uno de los dones. En el caso de ciertos dones de señales, dedicamos una más amplia explicación ante la confusión que reina en el cristianismo actual.

- Apóstol: Era una persona comisionada directamente por el Señor. Su tarea principal consistió en colocar el fundamento doctrinal de la iglesia de Dios (1 Co. 3:10; Ef. 2:20). Tenía una autoridad especial sobre todas las iglesias (2 Co. 11:28; 13:10). Además de los doce y Pablo, se mencionan otros apóstoles (Hch. 14:4, 14). Sin embargo, no hay dudas de que no tuvieron sucesores por dos razones. Primero, su función era necesaria para establecer la iglesia. Usando la figura de un edificio, Pablo enseña que los apóstoles – y profetas – colocaron el fundamento de la iglesia. La tarea de los demás es sobreedificar sobre lo ya establecido (1 Co. 3:10-11; Ef. 2:20). Segundo, sus requisitos indican que son únicos e irrepetibles. Debían haber tenido un encuentro con el Cristo resucitado, haber sido iniciadores de iglesias, realizar milagros que autenticaran su mensaje (Hch. 1:21-22; 1 Co. 9:1-2; 2 Co. 12:12).

La proliferación de supuestos apóstoles hoy día sólo pone énfasis en ejercer la autoridad sobre las iglesias y en el sostenimiento

económico. El apóstol Pablo pinta un cuadro muy distinto al prestigio que buscan estos nuevos “apóstoles”: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (1 Co. 4:9). De la misma manera que en la iglesia de Efeso, quedará claro que estos “se dicen ser apóstoles, y no lo son”. Un examen con la biblia abierta nos servirá para hallarlos como mentirosos (Ap. 2:3).

- Profeta: (Ver 4.4.5).
- Discernimiento de espíritu: Esta habilidad permitía a la persona detectar a un falso profeta, la presencia de un espíritu maligno e incluso las mentiras de un creyente en desobediencia (Hch. 5:1-11; 13:6-12; 16:16-18). La ausencia de profetas hoy día (ver 4.4.5) implica la no vigencia de este don. Sí, se requiere discernimiento, pero gracias a la acción que el Espíritu lleva a cabo en cada creyente por medio de la Palabra de Dios (Jn. 14:26; 1 Jn. 2:18-27; 4:1-6; 2 Jn. 7-11). Incluso el Espíritu Santo puede usar a cualquier cristiano a estar en alerta contra cualquier engaño, pero eso no implica la posesión permanente del don de discernimiento.
- Evangelista: Es la habilidad para presentar las buenas noticias de salvación a los perdidos. Cada cristiano está llamado a cumplir con la Gran Comisión, pero el evangelista siente esto de manera especial (Ej. Felipe el evangelista, Hch. 8:4-8, 26, 35 y 40; 21:8). Por este último ejemplo, se ve que el evangelista desarrollaba su ministerio como los modernos misioneros, es decir, su pasión era “...predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiera sido anunciado, para no edificar sobre fundamento ajeno” (Ro. 15:20) y establecer nuevas iglesias: un ministerio itinerante hasta que se consolidaba el liderazgo local en la nueva obra (Hch. 14:23). Un verdadero evangelista exclamaría como el apóstol Pablo: “¡Ay de mí si no anunciara el evangelio” (1 Co. 9:16).
- Pastor: Consiste en velar, proteger, guiar, alimentar y corregir al pueblo de Dios. Es un don de Dios, no un oficio como el anciano. Dos pasajes importantes que ayudan a entender este don son el discurso de Pablo a los ancianos de Efeso (Hch. 20:17-38) y los consejos de Pedro (1 P. 5:1-4). Sin un verdadero don, la persona que se desempeña como pastor será un asalariado o un jefe autoritario. ¡Solemne responsabilidad descansa en el pastor: velar por las almas de la iglesia y dar cuentas al Señor! (He. 13:17).
- Maestro: Habilidad para edificar al pueblo de Dios mediante la enseñanza de las Escrituras. Mientras el profeta edificaba al pueblo por revelación, el maestro lo hacía por el estudio y exposición de la Palabra. En el caso del anciano, se requiere que “sea apto para enseñar” (1 Ti. 3:2). Esto parece indicar saber manejar las Escrituras

aunque no se tenga el don de maestro. Debe también observarse que en Ef.4:11, se habla de pastor/maestro como de una sola persona. A luz de 1 Ti. 5:17, podría indicar que entre los pastores de la iglesia algunos tenían ambos dones.

- Presidir: “El que preside, con solicitud” (Ro. 12:8). La palabra griega comunica la idea de guiar, conducir, dirigir. Tanto puede referirse al liderazgo de los ancianos como al de hermanos líderes en diversos niveles: juveniles, damas, etc.
- Milagros: (Ver 4.4.4).
- Sanidades: (Ver 4.4.4).
- Lenguas: (Ver 4.4.6).
- Fe: Capacidad que permite a un creyente confiar en que, en circunstancias especiales, Dios obrará poderosamente. Todos debemos creer en el Dios de Elías (Stg. 5:17-18), pero sólo de algunos se puede decir lo mismo de Esteban: “hombre lleno de fe” (Hch.6:5; 11:24). Los ejemplos modernos de George Muller y Hudson Taylor muestran que “la oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16).
- Palabras de sabiduría: Es difícil determinar en qué consistía este don. Sugerimos que las palabras de Lucas sobre Esteban pueden ayudarnos (Hch. 6:8-10): se trata de una habilidad para usar el conocimiento de las cosas de Dios. Entendiendo la sabiduría como la aplicación del saber a situaciones teóricas o prácticas, tal vez sería una acción válida para el día de hoy. También pudiera implicar la capacidad espiritual para explicar la revelación profunda de Dios, pues Pedro escribe acerca de la sabiduría que le ha sido dada a Pablo y de lo difícil de las epístolas paulinas. Lea las cartas a los Romanos y a los Efesios y, casi seguro, entenderá la observación de Pedro sobre la profundidad de los escritos del apóstol Pablo (2 P. 3:15-16).
- Palabras de ciencia o conocimiento: Al igual que el don anterior, se desconoce la naturaleza exacta de esta capacidad espiritual. Tampoco es sencillo distinguir entre uno y otro. De nuevo proponemos nuestra humilde opinión. En la palabra de Dios el verbo conocer alude a una relación íntima o comunión profunda, no a un almacenamiento de información o datos. Pablo anhela “conocerlo a él (Cristo)” (Fil. 3:10). ¿No conocía el apóstol a su amado Señor? Es evidente que Pablo se refiere a experimentar de modo más profundo la comunión con Cristo. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Co. 13:12), “nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.” (2 Co. 3:18). En fin, aquellos hombres y mujeres de Dios que han

desarrollado una comunión profunda con Dios parecen haber tenido este don. Hombres de Dios como Moisés y Pablo ilustran esta hambre espiritual de conocer profundamente al Señor. Podemos orar con el apóstol para que “el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa.” (Ef. 1:17-19); en fin, para que seamos “plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:18-19).

- Servicio: Creyentes con este don se entregan con alegría y dedicación al servicio de los demás. Está demás señalar las áreas en las que puede utilizarse este don. Pero resulta llamativo que tantos creyentes anden en busca de dones notorios a pesar de ser tan poco serviciales. La iglesia tendría un testimonio diferente ante el mundo si los cristiano imitaran a su Señor cuando dijo: “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir” (Mr. 10:45).
- Ayuda: Pablo menciona a “los que ayudan” (1 Co. 12:28). ¿Se refiere al don de servicio aunque emplea otra palabra? ¿Es el equivalente de un asistente? ¿O la ayuda corresponde a apoyar económicamente la obra, los obreros y los necesitados? En este último caso, sería parecido al “que reparte, con generosidad” (Ro. 12:8). De nuevo, nos encontramos con la imprecisión de los términos.
- Dar u ofrendar: Vista la aclaración anterior, se puede agregar que este don comunica la idea de aportar “en riquezas de generosidad” (2 Co. 8:2) para las necesidades de los santos y para la obra de Dios. El ejemplo de las iglesias de Macedonia, las cuales a pesar de “su profunda pobreza...han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas” (2 Co. 8:2-3), revela que el poseer este don se refiere más a la disposición de dar que al hecho de contar con muchos recursos, aunque la posesión y la disposición pueden ir de la mano. (Sobre el ofrendar, ver 5.2.1 a 5.2.7).
- Misericordia: Este don capacita a las personas a tener una preocupación especial y cuidado bondadoso para los necesitados, afligidos, menesterosos, enfermos, etc. “El que hace misericordia” debe hacerlo “con alegría” (Ro. 12:8).
- Exhortar: Esta habilidad se manifiesta en situaciones de pruebas para alentar y animar al que pasaba por aflicción o tribulación, pero

también en correcciones y sabios consejos para enmendar errores (Hch. 18:24-28), conductas impropias (Ro. 15:14; Gá. 6:1).

4.4.3 Directrices para el funcionamiento de los dones

La puesta en práctica de estas capacidades, es decir, el uso de los dones, se conoce como ministerio. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 P. 4:10). Nótese que ministrar no significa “profetizar”, sino servir con el don que se posee. El término ministro significa servidor, pues el ministerio es servir a Dios y a los demás por medio de los dones. De modo que ministro no es un título de dignidad para los pastores, sino de humildad para cada cristiano que le sirve a Dios. Como mayordomos de la gracia de Dios, “lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel” (1 Co. 4:2). Tengamos presente la advertencia del Señor: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos, inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lc. 17:10).

La palabra de Dios da por sentado que el creyente conoce sus dones; sin embargo, no nos provee de un manual sobre cómo descubrir los dones personales. Algunas sugerencias prácticas pueden ayudar a un cristiano a identificar sus habilidades para servir a Dios. Es importante conocer la enseñanza bíblica sobre los dones espirituales, por eso, la exhortación de Pablo a los corintios “No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales” (1 Co. 12:1).

Implicarse activamente en los distintos ministerios de la iglesia es otra manera que sirve de guía útil para reconocer nuestros dones. No obstante, hay que buscar otros criterios más objetivos: comprobar en cuál área nuestro trabajo resulta de bendición y edificación a los demás. Por ejemplo, los resultados estériles de una predicación, un ministerio pastoral, etc., evidencian la ausencia de tales dones. El permitir que los ancianos y demás creyentes evalúen nuestras destrezas permite un examen sincero de nuestros talentos. Nadie mejor que los hermanos de la asamblea para reconocer nuestros dones. Lo más importante es trabajar en la obra del Señor aunque no se emplee una etiqueta para señalar a nuestros dones,

¿Cómo debe cada cristiano ministrar o poner al servicio del Señor los dones espirituales que recibió? Se puede reducir a cuatro principios la forma de funcionar el cuerpo de Cristo por el uso de los dones:

- Usar los dones para promover la gloria de Dios por medio de Jesucristo: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros...para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1 P. 4:10-11). No olvidemos que daremos cuentas a Dios del uso que le demos al don. Tal vez en aquel día veremos (¡Dios nos libre!) cómo

construimos con madera, heno y hojarasca, y cómo el fuego consume nuestra obra (1 Co. 3:12-15).

- Usar los dones para la edificación de todos los creyentes: “Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos”, (1 Co. 12:7). Refiriéndose al ejercicio de los dones en la iglesia, Pablo agrega: “hágase todo para edificación” (1 Co. 14:26). La involucración de los cristianos en el servicio activo del Señor contribuye al crecimiento y a la unidad del cuerpo de Cristo, esto es, Su iglesia (Ef. 4:11-16). Las contiendas, rivalidades, la búsqueda de reconocimiento personal revelan un uso egoísta y pecaminoso de los dones.
- Usar los dones motivado por el amor a Dios y a los hermanos. El capítulo 13 de la primera carta a los corintios no es un tratado aislado sobre el amor humano. Pablo lo escribió para enseñar que los dones sin amor no sirven al que los usa motivado por fines egoístas o presuntuosos: “y no tengo amor, nada soy..., de nada me sirve” (1 Co. 13: 2-3). Por eso, el pueblo de Dios debe seguir el amor (1 Co. 14:1), el camino aún más excelente (1 Co. 12:31), el cual procura el bien del otro (Ro. 13:10) y permanece para siempre (1 Co. 13:13).
- Usar los dones en el contexto de la iglesia local en armonía con los demás miembros. Para mantener el equilibrio, coordinación y mutua dependencia entre los miembros del cuerpo, Dios ha establecido límites en la distribución de los dones tanto en cantidad como en grado de ejercicio, pues nadie posee todos los dones, y se dan diferencias entre dos personas con el mismo don (Ro. 12:3; Ef. 4:7). A una comunidad local, la iglesia de Dios en Corinto, Pablo les recuerda que “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (1 Co. 12:27). Por eso, los ministerios se ejercen en la iglesia local, sin independencia de los demás miembros del cuerpo.

4.4.4 Dones de milagros y sanidades

Esta limitación sucede también en la historia de la salvación respecto a la vigencia de dones sobrenaturales o de señales. En el Antiguo Testamento, sólo en épocas específicas Dios manifestaba su realidad portentosa por medio de hombres escogidos. Por ejemplo, Moisés durante la liberación de Israel, Elías y Eliseo durante la idolatría de Israel, Daniel y sus amigos en el exilio babilónico. En todos estos casos, Dios demostró ser el único Dios verdadero en un contexto de idolatría politeísta. En otras palabras, el A. T. revela que no constituyen una norma constante para todos los tiempos las manifestaciones milagrosas de Dios a través de siervos escogidos. Esta ausencia de milagros no se da por la falta de fe de las personas ni por la maldad del pueblo porque Dios se impone aun en el medio más hostil e incrédulo como faraón en tiempo de Moisés y a personas malvadas como el rey Acáz (Is. 7:1-16).

Además, hombres fieles como David, Nehemías, Esdras y otros no registran en sus vidas que Dios obrara con milagros y señales a través de ellos.

En el Nuevo Testamento, los primeros años de la iglesia inauguraron una nueva etapa en la historia de la salvación: la formación del nuevo pueblo de Dios, que vino acompañada por un despliegue de milagros y señales (Hch. 2:1-20, 43; 3:1-10; 5:1-16). Estos portentos tenían varios propósitos: indicar la presencia poderosa del reino de Dios (Mt. 12:28), autenticar el mensaje de las personas enviadas por Dios (Hch. 4:29; 14:3), y ser una demostración de la misericordia de Dios para los necesitados (Mr. 1:40-41; Fil. 2:25-27). Ya la segunda generación de cristianos del N.T. recordaba que la salvación que les había “sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales, prodigios, diversos milagros y repartimientos del Espíritu según su voluntad” (He. 2:3-4). En ese momento no había desaparecido por completo la acción milagrosa de Dios por medio de dones, pero muestra que ya los cristianos que no vivieron los inicios de la iglesia aludían “a los que oyeron” al Señor, es decir, a los primeros discípulos del Señor quienes realizaron proezas por la acción del Espíritu Santo. Además, destaca que el papel fundamental de los milagros apostólicos era confirmar al mensajero divino y a su mensaje.

Otras evidencias bíblicas apuntan a que el don de sanidad y el de milagros estuvieron restringidos a la era apostólica. Sin desplegar una estrategia publicitaria y sin organizar supuestas campañas de milagros, los apóstoles resucitaban muertos (Mt. 10:8; Hch. 8:36-42; 20:9-12), sanaban a todos y por completo cuando ejercían el don por el poder del Espíritu (Mt. 10:1; Hch. 5:14-16), realizaban milagros de juicio contra creyentes en pecado (Ananías y Safira, Hch. 5:1-11) y contra incrédulos (Elimas, Hch. 13:6-12). Ninguno de los que han afirmado o pretenden ser apóstoles o tener el don de milagros en la iglesia de hoy ha realizado tales señales.

No hay dudas de que Dios no tiene límites, pues es infinito. Dios puede actuar y obra milagros en todas las épocas y lugares; pero no como una extensión indefinida del ejercicio de los dones milagrosos. “La oración de fe salvará (sanará) al enfermo...” (Stg. 5:15) es la clave para cualquier sanidad e intervención poderosa en la vida de la iglesia siempre y cuando sea la voluntad de Dios (Fil. 1:19; 4:6; 1 Jn. 5:14-15). En este pasaje, el uso de aceite era una de las tantas formas como el judío expresaba acciones simbólicas. La oración, no el aceite, sanará al enfermo por la acción de Dios.

Los apóstoles, quienes poseyeron el don de sanidad y de milagros, dejaron hermanos enfermos y oraban por la salud de ellos (Fil. 2:25ss; 1 Ti. 5:23; 2 Ti. 4:20; 3 Juan 2). En otras palabras, no se niega lo que Dios puede hacer – pues El hace lo que quiere, cuando quiere y como quiere –, sino que busca cuál es la norma divina para su iglesia. Esta enseñanza implica que cualquier cristiano, por más espiritual que sea, puede padecer de graves enfermedades no por falta de fe, sino porque la creación fue alterada por el

pecado de Adán y Eva (Ro. 8:20-21). También muestra que el don de sanidad no era un ejercicio permanente.

Que Jesucristo sea “el mismo ayer, hoy y por los siglos” (He. 13:8), y que Dios no cambie (Mal. 3:6), no significa que siempre actúen de la misma manera en todas las épocas. Es verdad que Dios es inmutable en su naturaleza, sin embargo, su trato hacia los seres humanos no es idéntico en todas las épocas. En el A.T., el Padre era la persona que actuaba directamente con su pueblo, pues el Hijo no se había encarnado (aunque se manifestó por medio de teofanías) y el Espíritu Santo se manifestaba sólo en ciertas personas. En el N.T., sólo vemos al Padre hablando verbalmente al Hijo (Mt. 3:17; 17:5; Jn. 12:27-28). Dios el Padre no hablaba verbalmente con Pedro, Juan, Pablo y los demás apóstoles como lo hizo con Abraham, Moisés, etc. Los cristianos de la era apostólica no demandaron a Dios un trato semejante al de los hombres y las mujeres del A.T. Es el mismo Dios, pero su manera de actuar cambia de acuerdo a las etapas de la historia de la redención. Por ejemplo, El pueblo de Israel siempre recordaba las proezas que Dios ejecutó durante el éxodo como una celebración de ese gran acontecimiento, no como una petición para que se repitieran esos milagros (Sal. 105:23-45; 106:2ss; 136:10ss).

Creemos firmemente en el Dios de los milagros, quien siempre hace y hará portentos y maravillas en todas las épocas, pero rechazamos que estos dones milagros estén vigentes.

4.4.5 El don de profecía

Otro don de señal es el de profecía (Ro. 12:6; Ef. 4:11). El profeta recibía directamente de Dios el mensaje para que lo comunicara a una persona, a una congregación o a un pueblo. Era el vocero de Dios, un mensajero que recibía revelaciones por sueños, visiones, comunicaciones verbales, que no necesariamente trataban sobre asuntos del futuro (Hch. 21:10-14; 1 Co. 14: 29-33). La función del profeta era comunicar la palabra de Dios “para edificación, exhortación y consolación” de la asamblea (1 Co. 14:3), con lo que iba formando junto a los apóstoles el fundamento doctrinal de la iglesia (Ef. 2:20; 3:4-5).

La participación del profeta en la congregación estaba regulada, no podía hacer lo que él quisiera. Sólo podían profetizar dos o tres en la reunión, no simultáneamente, bajo el examen de toda la asamblea y en pleno control de su persona (1 Co. 14:29-33; 1 Ts. 5:21). La expresión “Podéis profetizar todos, uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados” (1 Co. 14:30) alude a que todos los profetas pueden tener la oportunidad de profetizar, no indica que todos los creyentes pueden profetizar. Ya antes Pablo había descartado esa posibilidad “¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas?...” (1 Co. 12:29). La respuesta es obvia: No. También el profeta debía ejercer control consciente sobre su participación en el culto público, a tal punto que

“si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero... Y los espíritus de los profetas está sujetos a los profetas” (1 Co. 14:30, 32). Es una falta de sensatez pretender que se puede decir cualquier cosa ante la asamblea y sin límite de tiempo porque el Espíritu “me está guiando”. Cuando hay que callar, la persona debe callar.

Cuando Pedro citó a Joel 2:28-32 no estaba afirmando la universalización del don de profecía como si todas las personas tendrían el don, sino que el profetizar por *toda clase* de personas “hijos, hijas, jóvenes, ancianos, siervos y siervas” sería una demostración de que el derramamiento del Espíritu prometido había llegado sin quedar limitado a ciertas personas como profetas, reyes, sacerdotes, etc. Lo universal es el don del Espíritu Santo como morada permanente en el que cree en Cristo: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hch. 2:38-39).

Es la ausencia de una nueva revelación escrita la que determina la necesidad del profeta, pues ya las cartas pastorales y las generales enfatizan el mantener la doctrina recibida, aunque no había desaparecido el don como tal (2 Ti. 2:1:13-14; 2:2; 3:14-17; 2 P. 1:19-21; 3:2-3, 15-17; 2 Jn. 7-9; Jud. 17-18). No siempre el profeta comunicaba una revelación nueva de doctrina, a veces transmitía la voluntad de Dios para una situación específica (Hch. 11:27-30; 13:1-2; 1 Ti. 1:18). En estos casos, podía ser una advertencia o sugerencia que el destinatario de la profecía podía seguir o no al pie de la letra, como cuando damos un consejo a una persona. Por ejemplo, Pablo decidió ir a Jerusalén a pesar de ser advertido de lo que le esperaba (Hch. 21:10-14); Pablo insta a Timoteo a no descuidarse en el ministerio (1 Ti. 4:14). Sin embargo, esto no significa que había dos tipos de profetas. Sólo muestra una situación específica sobre la voluntad de Dios para una persona.

Por otro lado, como existía el peligro de un “profeta que (tuviera) la presunción de pronunciar en mi nombre una palabra que yo no le haya mandado pronunciar...” (Dt. 18:28), el pueblo preguntó a Dios: “¿Cómo conoceremos que esta no es palabra de Jehová?” (18:21). Varios criterios se aplicaban para determinar si el profeta era de Dios o no. En primer lugar, sus palabras debían cumplirse (v. 22). Sorprende la frecuencia con que falsos profetas “predicen” la venida del Señor sin que se cumpla y, sin embargo, perturban aun a creyentes (Mt. 24:24). Basta recordar lo escrito por Pablo: “no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu ni por palabra ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca” (2 Ts. 2:2). Ya el Señor había advertido que “Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos” (Mt. 24:11).

Otro criterio importante era evaluar cuál doctrina sobre la persona y la obra de Cristo enseñaba el supuesto profeta. “...nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: ¡Sea anatema!” (1 Co. 12:3). Un profundo

conocimiento de la doctrina de la persona y la obra de Cristo ayudará a los cristianos de hoy a percatarse de los “muchos falsos profetas que han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1). En los días del apóstol Juan estos falsos profetas negaban la encarnación del hijo de Dios y su identidad como Mesías (1 Jn. 2:22; 4:2ss).

Un tercer criterio tenía que ver con la calidad de vida y las motivaciones del supuesto profeta. Cuando el Señor advirtió a su pueblo de que se guardara de los falsos profetas, señaló que “por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:20). A veces se piensa que porque alguien diga “Señor, Señor” y realice señales milagrosas es una garantía infalible de que esa persona proviene de Dios. Sin embargo, cuán reveladoras son las palabras del Señor: “Muchos me dirán en aquel día: 'Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?' Entonces les declararé: 'Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!'” (Mt. 7:21-23). En otras palabras, los frutos que se debían evaluar eran los actos morales del supuesto profeta. Por ejemplo, una constante de los mismos era la motivación que ocultaban. Pedro advierte sobre el surgimiento de falsos profetas que negarán al Señor, los cuales “Llevados por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas” (2 P. 2:1-2). En nada ha cambiado esta realidad.

El creyente cuenta con la suficiencia de la Palabra de Dios (2 Ti. 3:16-17) para que, tomando en cuenta los principios bíblicos, regule las decisiones de su vida. La búsqueda de la voluntad de Dios se consigue con una vida de obediencia a Dios y por medio de la oración (Ro. 12:1-2; 1 Ts. 4:1-8). Dios puede dar respuesta hoy de múltiples maneras: directamente a cada cristiano – verbalmente, en la lectura de la Palabra, por la convicción del Espíritu Santo, a través de las circunstancias o por medio de otra(s) persona(s), etc. - sin que esto implique el ejercicio del don de profecía. Pero esta guía divina **nunca contradice** Su Palabra escrita.

4.4.6 El don de lenguas

El día de Pentecostés marcó el inicio de la iglesia con la llegada poderosa del Espíritu Santo (Hch. 2:1-4). Una de las manifestaciones de la presencia audible del Espíritu fue el don de lenguas. Este don consistía en la capacidad que el Espíritu Santo daba a un creyente para que hablara otra lengua humana sin haberla aprendido.

El libro de los Hechos registra tres referencias al don de lenguas: el día de Pentecostés (2:1-11), en la conversión de los primeros gentiles en casa de Cornelio (10:44-48) y en el encuentro de Pablo con los discípulos de Juan el Bautista (19:1-7). Al igual que el profetizar, las lenguas de Pentecostés fueron parte de las manifestaciones tangibles de la llegada del Espíritu Santo, como cumplimiento de la promesa del Señor (Jn. 14:16-17, 26; 15:26; 16:6-11; Hch. 1:4, 5, 8). La promesa es el Espíritu como morada permanente en el cristiano

(Hch. 2:38), no el hablar en lenguas; de lo contrario, la promesa sería para un grupo exclusivo. Por eso, Pablo de fuimos “sellados con el Espíritu Santo *de la promesa*” cuando creímos al evangelio (Ef. 1:13).

Tales señales son propias de todo gran evento en la historia de la salvación, por ejemplo, la entrega de la ley (Ex. 19:16-20; 20:18); el nacimiento del Señor, la muerte, la resurrección y el retorno del Señor (Mt. 2:1-2; Lc. 2:8-15; Mt. 27:45, 51-53; 28:1-4; Mr. 13:24-27). Son indicaciones de señales únicas, no repetibles.

Las formas variadas de recepción del Espíritu en los demás casos del libro de los Hechos muestran que Lucas narra lo sucedido, no prescribe estos casos como una pauta para la iglesia de todos los tiempos. En la conversión de los samaritanos, Dios, por su voluntad, postergó el recibimiento del Espíritu Santo hasta tanto hubiera una confirmación apostólica (Hch. 8:14-17). Era la primera ocasión que el evangelio alcanzaba a no judíos. Por la enemistad entre ambos pueblos, es posible que Dios quiso mostrar a los samaritanos que “la salvación viene de los judíos” (Jn. 4:22). Sin embargo, para el creyente de hoy la norma está en las cartas apostólicas “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13). Esa recepción del Espíritu Santo simultánea a la conversión se llevó a cabo en la casa de Cornelio, primer gentil en ser convertido. Su conversión demuestra que no existe una obra posterior del bautismo en el Espíritu para el cristiano (Hch. 10:44-48).

Por otro lado, los discípulos de Juan revelan que no había habido una verdadera conversión al Señor, pues de Apolos, quien también sólo conocía del bautismo de Juan, no se dice que fue bautizado para recibir el Espíritu y se agrega que “había sido instruido en los caminos del Señor... (y) enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor” (Hch. 18:25). En cambio de estas personas sólo se dice “ciertos discípulos” (Hch. 19:1ss).

El hablar en lenguas en la casa de Cornelio sirvió de señal a los judíos para mostrar que el Espíritu Santo había venido a la vida de estas personas no judías, pues, como tuvo Pedro que reconocer “...Dios no hace acepción de personas” (Hch. 10:34); en cambio, en Samaria no hubo manifestaciones de lenguas, pero sí postergación de la recepción del Espíritu (Hch. 8:14-17). En fin, estas narraciones de experiencias diferentes demuestran que las lenguas y el recibimiento posterior del Espíritu fueron casos “*sui generis*”, es decir, únicos o especiales, no el modelo o patrón para la iglesia.

Dentro de las justificaciones modernas del hablar, se alega que las lenguas del libro de los Hechos eran idiomas humanos, pero que el don de lenguas practicado por los creyentes corresponde a lenguas angelicales (1 Co. 13:1). Es evidente que las lenguas en los Hechos son lenguas humanas.

- En Hechos 2:6-8 se usa la palabra griega “dialectos” - de la cual obtenemos nuestra palabra castellana dialecto – que alude a variedad de idiomas.
- Algunos presentes en Pentecostés oyeron de las maravillas de Dios en sus propios idiomas, otros los oyeron en sus dialectos “¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?” (Hch. 2:8, 11). Ellos entendieron el sermón de Pedro en una única lengua – probablemente en griego común -, pero se sorprendieron que estos galileos se comunicaran en diversas lenguas. Sin embargo, creer en lenguas “angelicales” como un don diferente es insostenible a la luz de las Escrituras.
- La frase “lenguas angelicales” sólo aparece una vez (1 Co. 13:1) no para enseñar que existen tales lenguas, sino para presentar un caso hipotético e irreal. Pablo emplea el subjuntivo irreal: “Si yo hablara...” Por ejemplo, si un chico al declarársele a una joven le dijera: “Si lloviera gotas de oro, te daría una cadena”, no está afirmando que exista la posibilidad de ese tipo de lluvia. Es una simple suposición irreal exagerada.
- En todo el capítulo 14 de 1 Corintios, Pablo no vuelve a referirse a las tales lenguas angelicales. ¿No resulta extraño que a lo largo de este capítulo el apóstol no especifique que él se refiere a lenguas angelicales? Es importante resaltar que el calificativo “extrañas” (vv. 4, 13, 27), NO es parte del texto original, sino una glosa de los traductores.
- En 1 Corintios 14:21 se indica que las lenguas eran los idiomas extranjeros, dados como señal a la incredulidad de los judíos. Pablo se refiere a Isaías 28:11-12, cuando dice: “En la ley está escrito: “En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo...”, luego Pablo continuó diciendo que las lenguas eran para señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos.
- En 1 Corintios 14:27 indica un idioma genuino, puesto que debía interpretarse (traducirse). La necesidad de la interpretación surge porque los demás presentes desconocían también ese idioma humano. A esa falta de interpretación es a la que se refiere Pablo cuando dice que “El que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios, pues nadie lo entiende, aunque por el Espíritu habla misterios”. No habla a los hombres porque está hablando en un idioma que el oyente, si no hay traducción, no puede entender: “Pero si yo ignoro el significado de las palabras, seré como un extranjero para el que habla, y el que habla será como un extranjero para mí” (1 Co. 14:11).
- La palabra griega que aquí significa interpretación es “hermeneuo”, que quiere decir “Traducción”. El acto de traducción significa tomar algo en un idioma y ponerlo en su equivalente en otro idioma conocido. Esta era una habilidad “sobrenatural” para traducir un idioma no entendido (14:5) para que los presentes pudieran ser edificados.

- Pablo destaca la importancia del significado de las palabras de las lenguas humanas cuando dice “Tantas clases de idiomas hay seguramente en el mundo, y ninguno de ellos carece de significado. Pero si yo ignoro el significado de las palabras, seré como un extranjero para el que habla, y el que habla será como un extranjero para mí” (1 Co. 14:10-11).

Los “gemidos indecibles” (Ro. 8:26) no se refieren al don de lenguas. En el contexto del pasaje, el apóstol explica la situación de tribulaciones del momento presente de la vida de todo cristiano, en la que recibe la asistencia del Espíritu en la oración. No hay relación allí con los dones espirituales.

El don de lenguas era uno de los tantos dones espirituales que Dios otorgó a su iglesia en sus inicios. Por ser un don, no se le instaba al creyente a pedirlo. Nunca se le dice a un creyente “Pide en oración el don de lenguas”. Pues todos no podían tenerlo: “¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Interpretan todos?” (1 Co. 12:30). Con estas preguntas que exigen como respuesta un no, Pablo concluye su discusión acerca de la diversidad de dones en la iglesia. El cuerpo tiene muchos miembros con funciones diferentes “Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos...Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno” (1 Co. 12:14, 20). Con la analogía del cuerpo usada por Pablo, podemos decir: “Si todos hablaran en lenguas, ¿dónde estarían los maestros? Si todos tuvieran el don de lenguas, ¿quiénes serían evangelistas?”

Esta diversidad descarta que las lenguas sean la señal audible de haber sido bautizado en el Espíritu, pues todos los creyentes fueron bautizados en el Espíritu (1 Co. 12:13) como un acto único, universal y de pertenencia al cuerpo de Cristo. Si el don de lenguas significara haber sido bautizado en el Espíritu, entonces quienes no lo tuvieran, no pertenecerían al cuerpo de Cristo.

Al igual que el don de profecía, el uso del don de lenguas en el culto estaba regulado para la edificación de toda la asamblea. “Hágase todo para edificación” (1 Co. 14:26). Además, el don de lenguas se ejercía cuando había inconversos en la congregación que no entendían el idioma que se utilizaba (1 Co. 14:22). Sólo podían hablar dos o tres por culto, por turno (no los dos ni los tres simultáneamente) y con interpretación (1 Co. 14:27-28).

De los acontecimientos escatológicos

El vocablo escatología proviene del griego *esjatos* “últimas cosas” y *logia* “asunto o tratado”. En la doctrina cristiana, los eventos escatológicos se refieren a los acontecimientos del futuro. Dios ha tenido a bien presentar algunos destellos de lo que será su programa final en la historia de la salvación. El regreso en gloria de Cristo, la esperanza de los hijos de Dios de ser transformados y resucitados para estar con el Señor, el destino final de los

rebeldes y el cumplimiento del propósito eterno de Dios en Cristo por todas las edades venideras forman parte de este programa.

4.5.1 La muerte: Significado y clases

En lo que viene el Señor, el cristiano, al igual que todos los inconversos, puede experimentar la muerte. Se dice que “no todos dormiremos; pero todos seremos transformados” (1 Co. 15:55). Ese dormir alude a la muerte del cristiano, cuyo cuerpo parece como si estuviera durmiendo. Por eso, la resurrección se presenta como un despertar del cuerpo: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:2).

En la Biblia, la muerte significa separación. Hay cuatro clases de muerte en las Escrituras. En primer lugar, la muerte física, la cual es la separación de la parte espiritual (alma o espíritu) del cuerpo cuando “el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Ecl. 12:7). Es la sentencia divina por la entrada del pecado (Gn. 2:17; 3:19; Ro. 5:12). La muerte física no significa dejar de existir o ser aniquilado, pues el alma como aliento de vida de Dios es imperecedera. Por ello, los perseguidores del cristiano pueden matar “el cuerpo, mas el alma no pueden matar” (Mt. 10:28). De igual modo, los cristianos tienen, en el momento de la muerte, la firme confianza de “estar ausentes del cuerpo, presentes al Señor” (2 Co. 5:8). Al igual que Cristo, Esteban encomendó su espíritu al Señor (Lc. 23:46; Hch. 7:59). Para un cristiano, morir es “estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:23).

La vida eterna es un don de Dios (Ro. 6:23), que El da al que cree en Su Hijo, quien trajo a luz “la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). Sólo Dios tiene inmortalidad en sí mismo, no adquirida (1 Ti. 6:16), como sucede con aquellos a quienes Dios dará “vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad” (Ro. 2:7).

Cuando Salomón dice que los animales y los hombres tienen un mismo suceso en cuanto a la muerte, “como mueren los unos, mueren los otros” (Ecl. 3:19), describe la descomposición del cuerpo, pues “todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo” (3:20), pero claramente distingue al ser humano del animal en la parte espiritual (Ecl. 12:7). Por otro lado, el texto “los muertos nada saben” (Ecl. 9:5) enseña que los difuntos desconocen, una vez partieron de esta vida, el mundo de los vivientes, no que están inconscientes. De ahí que no pueden interceder a favor de los vivos ni salir de su estado hasta que se presenten ante Dios para ser juzgados (Lc. 16:27-31; Ap. 20:11ss).

La muerte física es única e irrepetible. Todo ser humano comparecerá delante de Dios para dar cuentas al Señor del universo. En la palabra de Dios no existe tal cosa como una reencarnación, pues “Está establecido a los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (He. 9:27). Por

otro lado, el hecho de que el cristiano cuando muere pasa a la presencia del Señor y de que el no cristiano al morir le espera el juicio final demuestra que el purgatorio es un lugar ajeno a la enseñanza bíblica. Sólo hay dos destinos eternos: un infierno para el que murió sin Cristo (Mt. 13:41-42) y un cielo en la presencia de Dios para el que aceptó a Cristo como Salvador (Mt. 13:43; Fil. 3:20).

En medio del dolor que causa la partida de un ser querido, nos entristecemos, pero no “como los otros que no tienen esperanza” (1 Ts. 4:13). Pensemos que un día nos apropiaremos de las palabras del salmista: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (16:11). Nuestro Dios “enjugará toda lágrima” de nuestros ojos y veremos su rostro (Ap. 21:4; 22:4).

En segundo lugar, la muerte espiritual: es el estado de separación espiritual respecto a Dios en que se encuentran las personas que no han creído en Cristo. Su alma o espíritu no tiene comunión con Dios. Viven “sin Cristo..., sin Dios y sin esperanza en el mundo”, “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 2:12; 4:18). Por más noble, buena, culta y religiosa que sea una persona, si no ha recibido a Cristo “está muerto en sus delitos y pecados” (Ef. 2:2). Sólo cuando cree por la gracia de Dios y acepta a Cristo, esta persona recibe la vida espiritual de Dios, su espíritu es resucitado por la acción de Dios y la regeneración por el Espíritu Santo (Ef. 2:5-6; Tit. 3:5).

Una tercera muerte se opera en el momento de la conversión del cristiano. Es la muerte al pecado, al mundo y a las demandas de ley. En otras palabras, consiste en la sentencia de Dios al viejo hombre que era el cristiano, por medio de la cual el creyente se identifica con la muerte de Cristo al pecado y al mundo, y Su resurrección a una nueva vida (Ro. 6:2ss; 7:4; Gá. 2:20; 6:14). Tal identificación es la clave para vivir una vida de victoria sobre el pecado: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 6:13). Cuando el creyente sea transformado en gloria, será librado de la presencia del pecado por siempre (Ro. 8:21, 23; Fil. 3:21; Ap. 21:27).

Por último, la muerte segunda o condenación eterna es el destino final de condenación eterna de los incrédulos, quienes “no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:8-9). “Aquel que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Ap. 20:15). Aunque se desconoce la naturaleza del castigo, no hay dudas de la realidad del tormento eterno en el infierno. Nuestro Señor se refirió en varias ocasiones a lo terrible de la condenación en el infierno (Mt. 5:22, 29-30; 10:28; 13:40-42, 49-50).

Al hombre moderno, le resulta una locura creer que un Dios de amor castigue en el infierno a sus criaturas. Por ello, algunas sectas han creado la creencia de la aniquilación. Ciertamente, Dios es infinito en amor. El no

quiere la muerte del impío (Ez. 18:23, 32; 1 Ti. 2:4; 2 P. 3:9). Sin embargo, Dios es también infinito en justicia. Su amor proveyó el medio para que el hombre se salve, pero no pasará por alto el que desprecie a su Hijo: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (He. 10:29). Es una advertencia solemne que debería motivarnos a esforzarnos en evangelizar a los inconversos, pues “¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!” (He. 10:31).

4.5.2 El futuro glorioso de la iglesia:

El destino final del cristiano es ser transformado a la imagen del Hijo de Dios (Ro. 8:29; 1 Co. 15:48-49) para esté santo y sin mancha alabando al Dios trino (Ef. 1:3ss). ¿Cómo será la transformación? El Señor arrebatará y sacará fuera del mundo a todos los creyentes. Si el cristiano ha muerto, su cuerpo será resucitado experimentando “el poder de su (del Señor) resurrección” (Fil. 3:10); si está vivo, será arrebatado juntamente con los que resucitaron. Ambos grupos con cuerpos transformados se encontrarán en las nubes con el Señor (1 Co. 15:51-55; 1 Ts. 4:14-17).

El arrebatamiento o raptó de la iglesia puede ocurrir en cualquier momento, y, por lo tanto, nadie sabe ni el día ni la hora de este suceso. Es una temeridad contraria a la palabra de Dios el hacer cálculos arbitrarios para poner una fecha específica para el regreso del Señor (Mt. 24:36; Hch. 1:6). El Señor advirtió a su pueblo sobre el engaño de los falsos profetas que harían milagros y anunciarían Su supuesto retorno (Mt. 24:23-24).

A la iglesia se la manda a vivir a la luz de la inminente venida de Jesucristo. El saber que su Señor viene debe motivar a los cristianos a vivir vidas santas, de fe, de servicio y de expectación sin aferrarse a las cosas transitorias de este mundo (Jn. 14:1-3; Fil. 3:20; 1 Ts. 3:12-13; 4:18; 5:4-11; Tit. 2:13; 2 P. 3:10-12). Es posible que algunos cristianos sean hallados viviendo sin agradar a Dios cuando regrese su Señor. ¡Cuán avergonzados se sentirán en un momento de gozo inefable! (1 Jn. 3:2-3).

El arrebatamiento de la iglesia y la Segunda Venida de Cristo en gloria no son acontecimientos idénticos. En el arrebatamiento, los santos son arrebatados en el aire, es decir, Cristo viene por su iglesia “seremos arrebatados...en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Ts. 4:17); en la segunda venida, la esposa (Su iglesia) viene con Él (Ap. 19:11-14). El propósito de la segunda venida es establecer el prometido reino mesiánico durante el cual Cristo mostrará su gloria, tanto humana como divina, dentro del tiempo y de la historia (Mt. 25:31, 34; Lc. 21:27-31; Ap. 20:4-6).

El propósito del raptó es doble: librar a la iglesia de los juicios divinos contra los rebeldes durante la Gran Tribulación (1 Ts. 1:10; 5:9; Ap. 3:10) y ser llevada a los cielos para estar “siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17).

Un texto contundente que promete el rapto a la iglesia *antes* de la Gran Tribulación es Apocalipsis 3:10: “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero para probar a los que habitan sobre la tierra.”

La iglesia de Sardis había sido fiel al Señor. Con su fidelidad, sus miembros habían demostrado ser discípulos comprometidos con el testimonio de Cristo. El motivo de la promesa surge “por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia”. Nada ni nadie impedirá que el Señor cumpla su palabra: “yo te guardaré de la hora de la prueba”.

El contenido de la promesa queda expresado en las palabras “te guardaré de la hora de la prueba”. La fuerza de la preposición griega *ek* (hacia afuera), indica que su sentido es una preservación del período de esa prueba, no una protección a través de la misma. Que la iglesia no pasará por la Gran Tribulación se confirma, además, porque la hora de la prueba va dirigida contra “los moradores de la tierra” (Ap. 6:10; 8:13; 11:10; 13:8), frase que describe a una población incrédula, apegada a las cosas de este mundo y rebelde contra Dios.

Según un punto de vista, a la iglesia no se le promete estar exenta de tribulaciones (Jn. 16:33; Hch. 14:22; Ro. 8:17-18; 2 Co. 4:7s; 1 Pe. 2:21; 4:1). Que la iglesia sufrirá mientras camine en su peregrinaje es bastante obvio. Un mundo gobernado por Satanás es hostil a Dios y a sus siervos (Jn. 15:18-21; 16:2-3; Ef. 6:10ss; 1 Pe. 5:8). Pero no debe confundirse las tribulaciones con la Gran Tribulación. Esta última es un periodo en que sus “días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación de Dios, hasta este tiempo, ni la habrá” (Mr. 13:19). Las tribulaciones son causadas por la alteración del orden creado cuando entró el pecado en el mundo y por el odio satánico contra los planes divinos; en cambio, la hora de la prueba es controlada por Dios para humillar a los rebeldes (Is. 2:

Pudiera pensarse que esta profecía se circunscribía al primer siglo, mientras duró la existencia de la iglesia de Sardis. Sin embargo, esta promesa del Señor trasciende a la iglesia de Sardis. Primero, es común que el profeta dirija unas palabras a un público específico, pero con un cumplimiento que va mucho más allá de su tiempo. En este pasaje de Apocalipsis 3:10, la sentencia divina caerá “sobre el mundo entero”. Nunca en la historia de la humanidad se ha registrado juicio divino de alcance universal, excepto el diluvio. Es más, por los juicios apocalípticos de los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas, se confirma que la hora de la prueba equivale al día de la ira de Dios (Ap. 6:17; 11:18; 14:7; 15:1), cuando Dios ejecutará sus justos juicios contra una humanidad idólatra e incrédula y vindique a su pueblo perseguido y atribulado a lo largo de la historia. Segundo, cada una de las siete cartas del Apocalipsis concluye con la exhortación al pueblo de Dios: “El que tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Este trasfondo coincide con la promesa a los tesalonicenses quienes se convirtieron de “los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, a Jesús...quien nos libra de la ira venidera” (1 Te. 1:9-10). Es la ira de Dios derramada en justos juicios contra los incrédulos.

Al considerar la gravedad de la ira de Dios, nuestro corazón debería llenarse de compasión para predicar el evangelio a los perdidos. A Dios las gracias “porque no nos ha puesto para ira, sino para alcanzar salvación” (1 Te. 5:9). ¿No deberíamos persuadir a otros para que se salven de la condenación?

Posterior al arrebatamiento sucederá el tribunal de Cristo (Ro. 14:10 y 2 Co. 5:10). El tribunal de Cristo no es asunto de salvación o condenación para los creyentes (Jn. 3:18; 5:24; Ro. 8:1.) El propósito es evaluar “la obra de cada uno” (1 Co. 3:14), las motivaciones que llevaron al creyente a servirle al Señor, “el cual aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones” (1 Co. 4:5). El resultado dependerá de la calidad y motivación de la obra: “recibirá recompensa” o “sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Co. 3:14-15); “entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Co. 4:5). Vivamos en santidad y con temor y temblor porque tendremos que dar cuenta de nuestros actos y palabras a Dios y a Cristo (Ro. 14:10-12; 2 Co. 5:10; Fil. 2:12).

Después del tribunal de Cristo se celebrarán las bodas del Cordero en el cielo. Es el acto de la presentación personal de la esposa a su Señor (Ef. 5:25-27). Conciérne sólo a Cristo y la iglesia.

Algún tiempo después del rapto de la iglesia comenzará el período conocido en el A.T. como el “día de Jehová” (Am 5:18, Jl 2:1, 11, 31) y en el N.T. como el “día del Señor” (1 Ts. 5:2; 2 Ts. 2:1-3; 2 P. 3:1-10). Como parte de la manifestación del día del Señor están los juicios de la Gran Tribulación, la venida en gloria del Mesías (Ap. 19:11-16) y el reino milenario (Ap. 20:1-6).

Entonces “aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra harán lamentación cuando vean al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.” (Mt. 24:30). El Señor Jesucristo establecerá un reino terrenal por mil años (el Milenio) en el que se cumplirán todas las promesas que Dios dio a Israel en el Antiguo Testamento respecto a la posesión de la tierra y al reino davídico (Gn. 13:14-17; 17:7-8; 2 S. 7:12-16; Ap. 20:4-6). Este reino milenial dará paso al estado eterno en el que “el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero..., y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán” (Ap. 21:22; 22:3). Será el comienzo de una eternidad con cielo nuevo y tierra nueva, lugar donde se realizarán plena y eternamente las bendiciones de los pactos y las promesas divinos (Ap. 21:5; 22:6).

4.5.3 El futuro de juicio y condenación de los incrédulos

La justicia de Dios exige que toda violación a Su ley sea castigada, pues Dios “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Ex. 34:7; Ro. 2:1ss).

Aunque Dios no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9), muchos son los que se pierden por rechazar el perdón de Dios (Mt. 7:13; Lc. 13:24). A un mundo rebelde sólo le espera “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (He. 10:27).

Como príncipe de este mundo, Satanás conducirá a los incrédulos a la rebelión contra Dios. Se valdrá de la persona del anticristo a quien dotará de “gran poder y señales y prodigios milagrosos” (2 Ts. 2:9). Conocido también como la bestia, el anticristo controlará el mundo durante la segunda mitad de la Gran Tribulación (Ap. 13:5), por medio de un falso profeta que inducirá a las personas a adorar a la bestia y no a Dios (Ap. 13:1ss.). Su razón de ser es la de una persona que “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (2 Ts. 2:4). Dios le permitirá que engañe a “los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos...a fin de que sea condenados todos los que no creyeron, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Ts. 2:10, 12).

Por ello, para que reconozcan la justicia divina, la Gran Tribulación incluirá una serie de juicios contra los moradores de la tierra, es decir, aquellos que, aferrados a las cosas materiales de este mundo y desprovistos de interés por las cosas de Dios, siguen al anticristo. Se darán cuenta de que sus pecados merecen el justo castigo de Dios y de que no hay manera de escapar de su temible presencia, aun cuando rehúsan arrepentirse: “Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: «Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?» (Ap. 6:15-17); “...y no se arrepintieron de sus obras” (Ap. 16:11).

En el caso del pueblo de Israel, “será tiempo de angustia” (Jer.30:7; Dan.12:1). De esta manera, Dios preparará a los israelitas para que miren “a quien traspasaron” (Zac. 12:10). Estos juicios son descritos como parte del día de Jehová, un largo período, que comienza con juicios (Is. 2:12-21; Jl. 2:1-11; Sof. 1:14-14; Ap. 6:16-17; 16:14), los cuales incluyen el rompimiento de siete sellos por el Cordero de Dios (Ap. 6:1ss.), el toque de las siete trompetas (Ap. 8:6ss; 11:15ss.) y el derramamiento de las siete copas (Ap. 16:1ss.). Sin embargo, por su corazón endurecido “ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes...y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Ap. 9:11-12). ¡Tal es la imagen de un mundo incrédulo y rebelde!

Con estos juicios Dios vindica a su pueblo, quien ha sufrido persecuciones y la muerte a manos de un mundo hostil a Dios, pues “es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan” (2 Ts. 1:6). Por eso, se oye decir en el cielo: “Justo eres tú, oh Señor...porque has juzgado

estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen...Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos.” (Ap. 16:5-7).

Durante el milenio, Satanás será atado. Luego será desatado por poco tiempo para que conduzca a los incrédulos a la batalla final contra Dios (Ap. 20:1-3, 7-10). Con la derrota de esta última rebelión, le llega su final a Satanás, a sus demonios y a la muerte. Todos ellos serán echados en el lago de fuego y azufre (Ap. 20:10).

Se ha dicho que Satanás está atado ya por Cristo (Mt. 13:25-29; Mr. 3:23-27). Sin embargo, esa última referencia bíblica alude a la primera venida del Señor. Cristo derrotó a Satanás y a los ángeles rebeldes, ya la sentencia contra el diablo es un hecho (Jn. 12:31), pero su cumplimiento queda pendiente (Ap. 12:9, 12). En segundo lugar, el encerramiento del Satanás durante el milenio es “para que no engañe más a las naciones” (Ap. 20:3); lo que es hoy inconcebible a la luz de textos tan claros como 2 Corintios 2:11; 11:14; Efesios 6:10ss; 1 Tesalonicenses 2:18 y 1 Pedro 5:8. Por su carácter malévolo y tenaz ataque al cristiano, se nos manda a vestarnos con toda la armadura de Dios (Ef. 6:11, 13) y a resistirlo (Stg. 4:7). De los inconversos, en cambio, se dice que “...el mundo entero está bajo el maligno” (1 Jn. 5:19)

En cuanto al incrédulo, la Palabra de Dios presenta un cuadro solemne del juicio final. El apóstol Juan escribió: “Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Ap. 20:11-12).

Por último, se oyó el veredicto del Juez Justo: “El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” donde antes habían sido arrojados la bestia, el falso profeta, Satanás y sus demonios (Ap. 19:20; 20:10-15). Así se cumplirá la voluntad de Dios de destruir a todos los enemigos y de suprimir todo dominio y toda autoridad, para que El “sea todo en todos” (1 Co. 15:24-28).

4.5.4 El amilenarismo y su interpretación profética.

En los círculos teológicos, la postura escatológica expuesta en 4.5.2 y 4.5.3 se conoce como pretribulacionismo premilenarista porque considera que el rapto de la iglesia acontecerá *antes de la Gran Tribulación* y sostiene que Cristo vendrá en gloria *antes de un reinado milenal en la tierra*.

A esta posición, se oponen el posmilenarismo y el amilenarismo. Puesto que la posición posmilenaria – considera que Cristo vendrá *después del milenio* gracias a que el mundo se convertirá por la predicación del evangelio – resulta de escasa influencia en nuestro medio, nos detendremos a analizar el amilenarismo. Antes de considerar tanto las objeciones como los argumentos

amilenaristas, dos observaciones son pertinentes. En primer lugar, es imposible tratar en un pequeño manual todos los argumentos y objeciones de cada una de las posiciones escatológicas. Nos limitaremos a los puntos más relevantes. En segundo lugar, refutar la posición amilenaria no conlleva ninguna condena a la fe evangélica de aquellos que la sostienen. No debe pensarse que estos hermanos caen dentro de una secta anticristiana por no creer en un milenio literal.

Los argumentos del amilenarismo en contra de la posición premilenaria se pueden sintetizar en los siguientes cuatro puntos:

- *Es una postura reciente. La iglesia no conoció la doctrina del rapto por más de dieciocho siglos.* Ciertamente, la creencia en un rapto *antes* de la Gran Tribulación surgió del estudio literal de las profecías en el siglo XIX. Sin embargo, el premilenarismo fue la creencia de la iglesia en sus primeros tres siglos antes de que se popularizara el método alegórico en los siglos IV y V, que introdujo la idea de un milenio simbólico, no literal. Se debe recordar que la doctrina se ha desarrollado siguiendo un orden progresivo en su formulación. Ningún sistema profético se preocupó en formular su escatología en un esquema organizado, excepto el premilenarismo dispensacional, a principios del siglo XIX. Los demás sistemas se limitaban a dar pinceladas generales de un bosquejo general. De igual manera, la validez de una doctrina descansa en su apego a la biblia, no en cuándo se formuló. Aplicar ese criterio conllevaría el rechazar la gran doctrina de la justificación por la fe desarrollada por los reformadores apenas en el siglo XVI. Es más, todos los sistemas escatológicos que rechazan el premilenarismo han venido a formular plenamente sus creencias en el siglo XX.
- *Es una postura forzada. Impone un esquema profético a la biblia al que somete todos los datos de las profecías.* Toda la biblia se escribió en unas situaciones específicas, es decir, la biblia presenta la doctrina como dispersa de acuerdo a la realidad de vida de los lectores a quienes se les escribió, no como un sistema organizado. Ella se fue construyendo en el día a día. Esto significa que ninguna doctrina está dada totalmente en un libro. Por ello, los cristianos deben unir todos los datos del registro sagrado sobre cualquier doctrina y formularlos en un sistema teológico. Es evidente que todos los sistemas presentan sus limitaciones al ser formulaciones tentativas de seres humanos falibles. Pero corresponde a todo sistema presentar los datos de una doctrina según un orden coherente que explique la relación entre los datos.
- *Es una postura que descansa en un texto oscuro y simbólico: apocalipsis 20 1-6.* Para que una doctrina sea creída y enseñada, sólo basta que aparezca una vez en la Biblia. Sin lugar a dudas, este texto es el único pasaje que trata sobre *la duración* del reino prometido a Israel, pero no sobre *la realidad* del mismo. Conforme a la revelación progresiva, Apocalipsis 20

agrega dos datos importantes sobre la doctrina del reino de Dios: que su manifestación *histórica* durará mil años y que la maldad quedará reducida por el apresamiento de Satanás. La doctrina del milenio descansa en el cumplimiento literal de las promesas de Dios a Israel sobre un reino de justicia y paz, promesas que aparecen dosificadas a lo largo del A.T. Además, poco antes del Señor ascender a los cielos, sus discípulos le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel *en este tiempo*?” (Hch. 1:6) La respuesta del Señor fue que no les tocaba a ellos saber cuándo sería ese momento, por ser una decisión soberana de Dios. Bastaba que el Señor les dijera “el reino se cumplirá espiritualmente en la iglesia” o “no existe tal cosa como un reino terrenal”. Es evidente que su respuesta deja claro que hay un reino futuro para Israel aun cuando se desconozcan “los tiempos y las sazones que el Padre puso en su sola potestad”. Es admisible que el pasaje pertenece al género apocalíptico, un tipo de texto que usa lenguaje simbólico. Pero todo símbolo algo enseña. Por más simbólico que sea Apocalipsis 20, *todos los sistemas proféticos concuerdan en que ese texto enseña la realidad de un reino*. Los posmilenaristas y los amilenaristas aceptan esta verdad postulando que corresponde a un reino espiritual en la era actual; los premilenaristas sostienen que ese reino es futuro y real en la tierra.

- *Es una postura escapista de la vida actual. Pone tanto tanto énfasis en el futuro que hace que sus miembros asuman una actitud pesimista sin compromiso ante los males de la sociedad.* Se alega que el énfasis profético de los premilenaristas ha llevado a muchos cristianos a vivir la vida cristiana sin asumir sus responsabilidades sociales. En verdad, algunas sectas milenaristas y entusiastas cristianos han caído en este error de conducta. Parece que esa situación la vivieron algunos en Tesalónica, a quienes Pablo les dice que “se ocupen en sus negocios y trabajen con sus manos”. Pero esa actitud no es una falla del sistema premilenarista, sino una apreciación equivocada de casos aislados. Los mismos tesalonicenses dejaron claro cuál es la correcta actitud del cristiano ante la inminente venida de Cristo. Se convirtieron “para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Te. 1:9-10). El movimiento de los hermanos, principales exponentes del premilenarismo, demostró que esperar al Señor va de la mano con la responsabilidad en el aquí y ahora. Las misiones en los siglos XIX y XX recibió su gran impulso del movimiento de los hermanos, quienes cumplieron con pasión y fe la Gran Comisión: “Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mt. 28:19). Los orfanatorios de George Muller desmienten esa acusación.

La interpretación amilenarista sobre Apocalipsis 20:1-6 y el milenio comprende los siguientes argumentos.

- *La estructura del libro de Apocalipsis es paralela y progresiva. Los primeros versos del capítulo 20 regresan al inicio de la era cristiana, no predicen eventos del futuro.* Una lectura de los capítulos 19 y 20 muestra que son una continuación lógica y cronológica entre ambos. Primero, después de que son apresados los instrumentos del diablo, esto es, la bestia y el falso profeta (19:20), viene la sentencia contra el príncipe de este siglo. Volver atrás sería incongruente con la secuencia narrativa que va contando. Otra razón contundente descansa en la estructura del pasaje Apocalipsis 19:11-21:8. Aun exponentes no premilenaristas consideran que este segmento comprende un conjunto de visiones introducidas por la frase “y yo vi”, que no dan señal de interrupción, sino de secuencia progresiva (19:11, 17, 19; 20:1, 4, 12; 21:1). Se alega que las siete trompetas y las siete copas son modos diferentes de reiterar lo mismo concluyendo ambas series de juicios con la venida del Señor (Comparar Ap. 11:15 con 16:17); pero una lectura atenta mostrará que estos juicios son diferentes y aumentan la severidad de la ira de Dios contra un mundo rebelde. Además, la referencia a la venida, el juicio y el reinado del Señor en estos y otros textos (6:16-17) no significan su cumplimiento en ese momento, sino un anuncio de un evento seguro; en otras palabras, son declaraciones de seres angelicales y del pueblo de Dios de que nada impedirá el avance progresivo del programa de Dios hasta que su Hijo “haya puesto a todos sus enemigos por estrado de sus pies” (1 Co. 15:25). Los amilenaristas recurren a Apocalipsis 12 para argumentar que este libro sí retrocede a la era cristiana. Este capítulo, sin duda, nos describe un cuadro del pasado: el nacimiento de Cristo. Sin embargo, ¿es legítimo verlo como una vuelta atrás en el drama del libro? Aparte de la indicación de la mujer que da a luz al niño, lo demás *nunca se ha cumplido*. ¿Cuándo se cumplió la huida de la mujer al desierto? ¿Cuándo se cumplieron esos mil doscientos sesenta días de su sustento por Dios? Además, la expulsión del diablo y sus ángeles se da en el contexto de la Gran Tribulación, pues aquellos que vencieron al diablo “por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, que *menospreciaron sus vidas*” (12:11), son los mismos cuyas almas claman por justicia (6:9-11), aparecen triunfantes después de haber salido con vestiduras blancas. “Estos son los que han salido de la Gran Tribulación” (7:9, 13 y 14) es la identificación del intérprete enviado por Dios a Juan. La razón de la escena del niño es servir de clave de interpretación. Es una manera de dar una pista al lector para que sepa quiénes son los personajes de esta escena. Apocalipsis 12 no es un “flash back” o vuelta atrás en la narración.
- *El atar a Satanás por mil años corresponde a la primera venida de Cristo, a su derrota cuando Cristo inauguró su reino.* Se alega que Mateo 12:24ss (Mr. 3:23ss) explica este texto. Un análisis más detallado demuestra que esa

explicación está lejos de ser sostenida. Primero, Satanás es atado “para que no engañase a las naciones” (Ap. 20:3). Pretender que el engaño alude a que Satanás impedía en el A. T. que las naciones conocieran a Dios, pero que con la venida de Cristo ya no puede impedir que las personas conozcan del evangelio es introducir elementos ajenos al contexto. Apocalipsis 20 se refiere al engaño para que los pueblos se rebelen contra Dios (vv. 7-8). Segundo, resulta inconcebible que Satanás se encuentre atado para impedir que las personas conozcan el evangelio cuando el Señor mismo dijo, en la parábola del Sembrador, que ese es precisamente su programa de acción en esta período: “Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones.” (Mr. 4:15). La expresión adverbial “en seguida” indica que Satanás no pierde tiempo con tal de que la palabra de Dios no llegue al inconverso (2 Co. 4:3-4). Tercero, el encierro de Satanás se realiza con las distintas acciones del ángel “lo ató, lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él”, una manera de decir que *las acciones del diablo quedarán completamente anuladas durante el milenio*. El diablo estará confinado en un lugar o estado del que será incapaz de operar engañando a las personas. Cuarto, Satanás es arrojado “en el abismo”, lo que no concuerda con lo dicho por Pedro “vuestro adversario el diablo, anda buscando a quien devorar”, como si le estuviera dando vueltas a la persona. Quinto, si Satanás está “atado” en esta dispensación, ¿cómo se explica, según los capítulos anteriores al 20, su fiero ataque progresivo contra los santos (13:7) y su malévola actividad contra los incrédulos: “engaña al mundo entero” (12:9), a la bestia “le dio su poder y su trono, y grande autoridad” (13:3)? Es más, la mayor contradicción de este supuesto encierro actual del diablo se ve en que el falso profeta, otro engendro del Maligno, “engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia” (13:14).

- *Los mil años son simbólicos de toda la edad cristiana.* A ningún lector le pasa desapercibido que Apocalipsis es un libro lleno de símbolos. Incluso este mismo pasaje incluye su simbología. Pero el libro de Apocalipsis da claves de interpretación de los números: siempre indica la cantidad correspondiente. Cuando el Cordero toma el libro sellado con siete sellos, *sólo abre siete sellos*. Ni uno menos ni uno más. La bestia con siete cabezas y diez cuernos es claramente simbólica, pero el ángel que asiste a Juan en esta visión interpreta los números en la cantidad que designan: “las *siete* cabezas son *siete* montes...y son *siete* reyes...Y los *diez* cuernos que has visto, son *diez* reyes” (17:9, 19, 12). Nótese: siete son siete, nada de números simbólicos.

- *La primera resurrección es espiritual.* Según la opinión más popular amilenarista, “las almas de los que fueron decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Ap. 20:4), son descritos como resucitados espiritualmente: “y vivieron”. Tal interpretación no resiste un análisis del pasaje. Resulta inaudito que, en un contexto donde se habla de almas de creyentes, el verbo “vivieron” signifique una resurrección espiritual. Estas mismas almas clamaban a Dios para que se les hiciera justicia (Ap. 6:10). El volver a vivir y reinar es precisamente esa ansiada vindicación. ¿Qué sentido tiene decir que vivieron espiritualmente cuando de hecho lo están por “estar ausentes en el cuerpo y presentes al Señor” (2 Co. 5:8), pues “estar con Cristo, es muchísimo mejor” (Fil. 1:23)? Otra razón apoya que es una resurrección física. En el verso 5 Juan ve a los otros muertos que volvieron a vivir después del milenio. Sin lugar a dudas, una resurrección física. Va en contra de toda interpretación dar un sentido diferente a una palabra en un mismo contexto. Puede alegarse que en Juan 5:25, 28 y 29 sí se distinguen en un mismo pasaje las dos resurrecciones: una espiritual y otra física. Sin embargo, el Señor da las claves para que sus palabras se entiendan con claridad. Respecto a la resurrección espiritual (v. 25), el siguiente verso añade que el Padre y el Hijo tienen vida en sí mismo, indicación de vida espiritual. Para señalar que la segunda vez se refiere a una resurrección física, el Señor especifica que son “los que están en los sepulcros” quienes resucitarán, es decir, sus cuerpos volverán a vivir para dar cuenta a Dios.

Sin duda, la doctrina de las últimas cosas o escatología es un tema muy complejo. Vale decir como Pablo “en parte conocemos” (1 Co. 13:9). Esto explica por qué cristianos ortodoxos llegan a interpretaciones diferentes en este espinoso tema. Lo lamentable es que en ciertos círculos enseñen a sus miembros un falso dilema: “la biblia enseña esto” en cambio el premilenarismo aquello; “la palabra de Dios es clara cuando dice, pero el premilenarismo...” De esa manera, se lanza un anatema contra hermanos premilenarios que son ortodoxos en las doctrinas fundamentales de la fe cristiana y se presenta a las otras posturas como la fe apostólica y única explicación posible de las profecías.

La doctrina del milenio antes presentada debe ser un aliciente para un compromiso con el evangelio, no un campo para la especulación y la discusión estéril. Es una reflexión para la alabanza y la adoración. Unamos nuestras voces al coro celestial: “Entonces los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono. Decían: «¡Amén! ¡Aleluya!» Y del trono salió una voz que decía: «Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que lo teméis, así pequeños como grandes». Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de

muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: «¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina” (Ap. 19:4-6).

OTRAS DOCTRINAS Y PRÁCTICAS

El ministerio de la mujer

A lo largo de la historia, la mujer ha sido el sexo vulnerable al abuso y a la explotación masculina. Razones culturales, físicas y hasta legales se unieron para que la mujer quedara sometida a la dominación del hombre. En el mundo bíblico, entorno rodeado de culturas patriarcales, en las que la mujer no era tomada en cuenta, destaca cómo tanto en el A.T. como en el N.T. la Palabra de Dios dignifica el papel de la mujer en ambos contextos.

Sin embargo, para conocer el rol de la mujer en la iglesia de hoy, debemos interpretar lo que el texto bíblico enseña, no ser arrastrados por los moldes culturales del machismo ni por las modas feministas que borran toda diferencia entre el varón y la mujer. La Biblia nos presenta desde sus primeras páginas una sorprendente igualdad esencial entre el hombre y la mujer junto a una diferencia de roles entre ambos sexos. Dentro del seno hogareño y religioso, Dios ha establecido unos principios de funcionamiento para el hombre y la mujer que Le obedecen como Dios y Señor. Este orden no fue diseñado para la sociedad general. Génesis fue escrito por Moisés para una comunidad de creyentes, a la cual iba dirigida esta Palabra. Así mismo, las instrucciones del N.T. sobre el matrimonio, la relación entre los sexos, etc., son normas que regulan vida de los cristianos. De modo que la asignación del hombre como líder del hogar y en la iglesia, se debe entender en el contexto de la voluntad de Dios para su pueblo, no para una sociedad incrédula que promueve y legaliza aun los matrimonios entre personas del mismo sexo.

5.1.1 La mujer en el Génesis: la creación y la caída

El doble relato de la creación muestra la relación entre la igualdad esencial del hombre y la mujer, así como su diferencia de roles. El primer pasaje no deja dudas sobre la igualdad entre el varón y la hembra ante el Creador: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó” (Gn. 1:17). Tanto la mujer como el hombre son creados a imagen de Dios. A ambos Dios bendijo y a ambos les dio la comisión de ser los encargados de administrar la creación (Gn. 1:28-29). Desde el inicio de la creación, la mujer cuenta con capacidad para interpretar y sojuzgar el mundo.

El segundo relato explica cómo fue el proceso de la creación del ser humano. A diferencia de los demás actos creativos, el ser humano fue creado por etapas: primero, Adán fue formado del polvo de la tierra; segundo, Eva fue tomada del cuerpo de Adán. El texto destaca que tanto el hombre como la mujer se complementan “y (el hombre) se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gn. 2:24). La mujer fue creada después como “ayuda idónea” para el hombre. Ningún otro ser llena al hombre de satisfacción física, emocional y espiritual como la mujer. Después de un vistazo a los animales, Adán encontró por fin su complemento: una mujer creada por las manos de Dios!!! La igualdad se enfatiza en que Adán pone nombre a todos los animales (una señal de autoridad sobre ellos, conforme a la cultura oriental), pero no así con Eva: “esta será llamada Varona”. ¿Llamada por quién? Por Dios.

Fruto de la caída, se altera el orden original. Cada actor – el hombre, la mujer y la serpiente – recibe una sentencia divina. Al hombre se le dice que “la tierra será maldita; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida” (Gn. 3:17) y volverá al polvo de la tierra cuando muera. En el caso de la mujer, dará a luz con dolor y se expondrá a que el hombre se enseñoree de ella (Gn. 3:16). Esta última frase no es una orden divina, sino una descripción de los efectos de la caída en la relación entre el hombre y la mujer. En otras palabras, sería una violación al sentido del texto y un abuso contra la dignidad de la mujer pretender que este verso justifica la dominación machista. Sería tan incongruente como trabajar la tierra a mano pelada u obligar a la mujer a dar siempre a luz con dolor, sin anestesia.

5.1.2 Mujeres en el Antiguo Testamento:

Se ha alegado que algunas mujeres destacadas del Antiguo Testamento revelan que la distinción de los papeles entre el hombre y la mujer son relativas; que el propósito de estos ejemplos indica una igualdad de funciones entre ambos sexos. Sin embargo, quienes así piensan pasan por alto el momento de crisis en que surgen estos liderazgos femeninos y la voluntad permisiva de Dios ante situaciones irregulares.

Cuando Sara le pide a Abraham que saque a Agar y a Ismael de la casa, no es una imposición a su esposo, pues Abraham consideró esta decisión como “grave en gran manera” (Gn. 21:11). Abraham cede porque Dios así se lo pide y le augura un buen futuro para Ismael (Gn. 21:12ss.). La inclusión de Miriam junto a Moisés y Aarón como guías de Israel (Miq.6:4) es demasiado vaga para extraer la idea de que compartió el liderazgo al mismo nivel que sus hermanos. ¿Cómo se explica que en el Pentateuco Dios siempre se dirige a Moisés para que éste hablara a Aarón y al pueblo? (Ex. 25:1ss.; 34:1ss.; Lev. 1:1-2; 6:8-9; Nú. 1:1ss.; 2:1; Dt. 6:1ss.). Además, cuando Miriam y Aarón murmuraron contra Moisés, Dios estableció claramente la primacía del liderazgo de Moisés (Nú. 12:1-15).

Una mujer prominente fue Débora, quien juzgó a Israel en el periodo de los jueces. Sin lugar a dudas, esta mujer tenía carácter y capacidad para poder desempeñar esta función en momento tan difícil. No obstante, su posición debe verse como un vacío de autoridad masculina en un tiempo “cuando no había rey en Israel, cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 17:6; 18:1; 19:1; 21:25). La falta de un rey - no de una reina -, es decir, de un dirigente masculino eficaz, fue lo que produjo el caos en el periodo de los jueces. Débora misma reconoció que su liderazgo surgió por una crisis general en la nación “Las aldeas quedaron abandonadas en Israel, habían decaído, hasta que yo, Débora, me levanté como madre en Israel” (Jue. 5:7). Incluso tuvo que recordarle a Barac “¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel...” para que libere al pueblo de la esclavitud cananea? (Jue. 4:6). Esto explica por qué el autor de la carta a los hebreos sólo menciona a Barac entre los héroes de la fe (He. 11:32).

Otra mujer prominente es la mujer virtuosa, una persona con dotes empresariales y dirigenciales (Prov. 31:12-22). Ella aporta a la economía de su casa, indicando que una mujer bien puede combinar sus roles de esposa, madre y empresaria: “considera la heredad y la compra” (v. 16). Sin embargo, ella cuenta con un “marido (que) es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos” (31:23). Era uno de los ancianos, se encontraba entre los líderes principales del pueblo.

Estos ejemplos ilustran cuán valiosas y capaces son las mujeres en la obra de Dios. Muestran también que en circunstancias especiales Dios les permite ejercer ministerios sobresalientes, pero no se puede extraer supuestas igualdades de cometidos entre el hombre y la mujer; hacerlo es ir más allá de lo que el texto bíblico dice.

5.1.3 Jesús y la mujer

Jesús llegó a un mundo de hombres, en el que la mujer era marginada en muchos órdenes. La mujer quedaba excluida de todo tipo de participación pública. Esto explica por qué los discípulos “se maravillaron de que hablaba con una mujer” (Jn. 4:27) cuando encontraron al Señor a solas con la mujer samaritana. El judaísmo de los tiempos del Señor consideraba a la mujer casi igual que un esclavo y que un pagano, y los rabinos decían que enseñar la ley a una mujer era exponerla al libertinaje. El trato del Señor a las mujeres con quienes compartió fue verdaderamente revolucionario, un escándalo público:

- Sanó a múltiples mujeres a pesar de la oposición de algunos y de las regulaciones de pureza legal (Lc. 13:10-17; Mr. 5:25-34; Mt. 15:21-28).
- Anduvo con mujeres de moral laxa y aceptó a las que buscaron el perdón sin importar la vida moral de ésta, el lugar y la murmuración de los demás (Mt. 21:31-32; Jn. 8:1ss). El comentario de Simón el fariseo es bien elocuente del desprecio de los religiosos del tiempo de Jesús hacia la mujer de baja reputación: “Este, si fuera profeta, conocería

quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora” (Lc. 7:39). ¡Cuidémosnos de marginar a las mujeres pecadoras!

- Instruyó a varias mujeres con enseñanzas reveladoras (Lc. 10:38-42; 11:27-28; Jn. 4:20-26). Ningún rabino aceptaba a una mujer como discípula.
- Recibió el apoyo y sostén económico de un grupo de destacadas mujeres (Lc. 8:1-3). Incluso varias de ellas compraron especias costosas para ungirle en su muerte (Mr. 14:3-9; 16:1).
- Se apareció por primera vez, después de resucitado, a María Magdalena (Jn. 20:11-18).

Queda claro que el Señor trató a la mujer de acuerdo a la intención original de Dios, en donde varón y hembra disfrutaban de una igualdad esencial por ser creados a imagen de Dios. Sin embargo, es significativo el hecho de que el Señor para los fines de su ministerio sólo escogió a doce hombres como sus apóstoles, sin que esto significara una discriminación contra la mujer, sino una diferencia de funciones. Si aplicamos los criterios del hombre y de la mujer de hoy, se hablaría de una humillación y una marginación de la mujer, ¿por qué no podía ser una mujer una de las apóstoles del Señor? Aplicar tal lógica olvida que el Señor trastorna los criterios de valor de los no creyentes:

- El postrero será primero, por eso, la queja de los jornaleros que trabajaron el día completo (Mt. 20:1-16).
- El que sirve es el mayor; algo totalmente inadmisibles aun entre cristianos (Mr. 10:42-45). La norma del mundo es que “los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad” (Mr. 10:42). Pero en el pueblo de Dios “no será así..., sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (43-44).
- Hay que volverse como niños para entrar en el reino de Dios (Mt. 18:1-5). Por ello, el Señor se llenó de alegría porque el Padre se reveló a los humildes y no a los “sabios y entendidos” (Lc. 10:21).
- “El que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mr. 8:38).

En última instancia, el criterio que determina la importancia de un ministerio es la aprobación divina. De ahí que “...los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios” (1 Co. 12:22). Esto se debe a que “Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo” (1 Co. 12:24-25). En otras palabras, todos no podemos tener las mismas funciones. Además, “ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento” (1 Co. 3:7).

Si usamos los criterios humanos sobre las posiciones, se dirá que una iglesia dirigida por pastores masculinos reproduce la desigualdad contra la mujer y exhibe una actitud de dominación machista. Sin embargo, para Dios

no es un asunto de función, sino de fidelidad. En el cielo, veremos a muchos hermanos y hermanas que oraban con pasión, pero no predicaban; limpiaban con esmero la iglesia, pero no fueron ni diáconos ni pastores. Estos recibirán mejores galardones que pastores brillantes y predicadores de multitudes bien valorados a los ojos humanos.

5.1.4 Instrucciones del Nuevo testamento sobre el ministerio de la mujer

La enseñanza uniforme del N.T. sobre la mujer cristiana indica que sus labores quedan encerradas en un principio de orden de funcionamiento. Tanto en el hogar como en la iglesia, el trabajo de la mujer cuenta con el liderazgo del hombre. Ninguna otra esfera de acción – académica, laboral, etc. – queda encerrada en este principio de orden de funcionamiento.

En la vida del hogar, la Biblia concede al hombre el lugar de liderazgo. Se presenta este principio por medio de la figura de la cabeza, “porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia” (Ef. 5:23). El término cabeza tiene el sentido de autoridad, no de fuente u origen. Este significado se ve en el contexto de la carta a los Efesios. El siguiente versículo explica qué se entiende por cabeza: “Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén sujetas a sus maridos en todo” (Ef. 5:24). De igual modo, cuando Dios “sometió todas las cosas bajos sus pies (de Cristo)”, es porque, también, “lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22). La relación cabeza/cuerpo es de autoridad/sujeción. Por ello, el texto de Efesios parte del principio general: “Someteos unos a otros en el temor del Señor” (Ef. 5:21).

Los verbos “estar sujetos” o “someter” pudieran llevar a algunos a pensar en una dominación o subyugación masculina, en la que la mujer se ve impedida de cualquier opinión e iniciativa. Sin embargo, la Palabra de Dios establece controles para favorecer la manera en que la mujer reconoce el liderazgo de su esposo. En primer lugar, por ser una decisión que va en contra de los deseos naturales de una persona - ¿por qué tengo que someterme y sacrificar mi libertad en Cristo, dirá la mujer? -, la sujeción es asumida por una mujer y un hombre que están llenos del Espíritu Santo, “...antes bien sed llenos del Espíritu” (Ef. 5:18). La sumisión es una consecuencia de estar llenos del Espíritu. En segundo lugar, la mujer cumplirá con esta norma “como conviene en el Señor” (Col. 3:18; Ef. 5:22). Parece como si la Palabra le dijera a la mujer “Hazlo para complacer al Señor”, “Con la sujeción estás obedeciendo al Señor”. El vocablo traducido “estén sujetas” sugiere una acción espontánea, voluntaria y armoniosa. La mujer cristiana reconoce y acata el lugar para el cual Dios la ha diseñado como esposa.

En tercer lugar, el mandamiento se dirige a la mujer, no se da como un derecho del hombre. El esposo no está llamado a exigirle a su esposa “Sométete, pues aquí yo soy la cabeza”. En cuarto lugar, para equilibrar la

relación entre los sexos, Dios les demanda a los esposos: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella” y agrega “los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer a sí mismo se ama” (Ef. 5:25, 28). Bien hará un esposo, que se encuentre molesto por la supuesta insubordinación de su esposa, revisar si ya él se encuentra lleno del Espíritu, y ama a su compañera con la intensidad del amor propio y del amor sacrificial del Señor.

Es un deber del esposo favorecer el crecimiento humano y espiritual de su esposa. Ser cabeza no es sinónimo ni de tiranía ni de esclavitud. Un verdadero líder promueve las iniciativas y el desarrollo de su equipo. En el caso del esposo cristiano, debe escuchar las opiniones de su pareja, no imponer la razón por la fuerza y reconocer las ideas valiosas. Sabio es el marido que permite que su mujer virtuosa se exprese y actúe sin coerción.

En los ministerios de la iglesia, el principio de la autoridad regula la participación de la mujer en dos niveles: cubrirse en el culto y no ocupar la posición de pastor o anciano.

En 1 Corintios 11:2-16 se establecen 6 principios sobre los cuales se fundamenta que la mujer debe cubrirse en el culto cuando la congregación está reunida, por el principio bíblico de autoridad que la misma Palabra establece:

- El orden jerárquico: Dios- Cristo- hombre- mujer (v. 3).
- La mujer gloria del varón (v. 7). Ir descubierta es deshonar al hombre.
- El ejemplo de la creación: el hombre fue creado primero (vv. 8, 9 y 12). Aunque Génesis describe en su primer capítulo la creación de ambos, Pablo apela al orden de prioridad de la creación según el relato de Génesis 2.
- Por causa de los ángeles (v. 10).
- La propia naturaleza muestra que el pelo largo en la mujer es una indicación de honra y velo natural (v. 14).
- El principio era practicado en todas las iglesias, y no sólo en Corinto (v. 16).

No se pueden negar algunas dificultades hermenéuticas en este pasaje: ¿La mujer sólo debe cubrirse cuando “ora o profetiza”? ¿por qué se vale Pablo de un ejemplo de la naturaleza?, ¿es sólo una “costumbre”? Aunque las respuestas a estas preguntas pueden ser variadas, y tal vez insolubles, el principio de la autoridad resalta por partir de la relación teológica Dios – Cristo – Hombre – Mujer, lo cual no se limita a condicionantes culturales y temporales. Por esto, una forma de expresar esta relación de sujeción al liderazgo masculino y de reverencia en el culto es que la mujer se cubra. De todas maneras, “si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre” (v.16) ni creemos que sea una ofensa a Dios practicar este mandato. Sin embargo, hay que cuidarse de no caer en un legalismo a ultranza siendo rebeldes en la casa y “sumisas” en la iglesia.

Al igual que el ejemplo del Señor, quien escogió a hombres para ser los líderes (apóstoles) de la iglesia naciente, el liderazgo de la iglesia descansa en ancianos o pastores, por lo que la mujer no debe practicar actividades que violen la señal de autoridad que Dios ha establecido en su congregación (1 Co. 14:34-38 y 1 Ti. 2:11-12).

Se sale del alcance de estos apuntes entrar ampliamente en el debate entre igualitarios –quienes han querido desvirtuar el significado de “cabeza” como autoridad y de “ejercer dominio” (1 Ti. 2:12) como si significara “usurpar” - y complementarios –quienes extraen unas conclusiones del Génesis más allá de la intención del texto bíblico. Tanto unos como otros por defender sus posiciones se han ido a los extremos y han extraído conclusiones muy ajenas al texto bíblico. Nos apoyaremos en las siguientes puntualizaciones:

- La distinción de los papeles entre el hombre y la mujer en la iglesia y el hogar parte de bases teológicas que sustentan un orden funcional. Pablo se apoya en la relación entre Dios y Cristo (1 Co. 11:3) y en la prioridad creativa del hombre y la caída por engaño de Eva antes que Adán pecara (1 Ti. 2:13-14). Pablo escribe a Timoteo “para que...sepas cómo conducirte en la casa de Dios” (1 Ti. 3:14-15).
- Instituciones del A. T. descansaban sobre bases teológicas, pero al tener que ver con principios de orden y organización, se aplicaron ajustes a nuevas realidades culturales del pueblo, sin que ello implicara una violación flagrante a lo establecido por Dios. Por ejemplo, el sábado, que aparece entre los diez mandamientos, descansa en el principio teológico “porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Ex. 20:11). De ahí que el Señor al ser juzgado por los fariseos cuando los discípulos arrancaron espigas el sábado, apeló a dos analogías que interpretaron el espíritu de la ley, no la letra: la supervivencia del hombre y el servicio a Dios están por encima de una observancia ceremonial (Mt. 12:1-8; Mr. 2:23-28). En otras palabras, el Señor apeló a la misericordia, no al sacrificio (Mt. 12:7).
- Pablo reconoció que se podían presentar nuevas situaciones a la iglesia, en las que no había mandato expreso del Señor, por lo que se debía tomar la decisión apropiada por medio de principios (1 Co. 7:12-16, 25-28). Es verdad que con relación a los cometidos del hombre y de la mujer la Biblia sí tiene mandamientos expresos a la condición de la mujer de ese tiempo, pero la realidad de la situación laboral, educativa y social de la mujer de hoy es muy distinta a la de los tiempos del N.T. Esto no se puede pasar por alto a la ligera. Con esto no sugerimos echar los principios por la borda, pero sí entender la aplicación de los principios a la realidad nuestra.

- Sí, afirmamos la diferencia de roles entre el hombre (papel de liderazgo) y la mujer (papel de sumisión), pero no creemos que sea un absoluto como la divinidad de Cristo y otras doctrinas fundamentales, pues se presentan situaciones en las que la mujer cuenta con mayores calificaciones que el hombre. ¿Qué hacer con congregaciones donde predominan mujeres preparadas y escasos hombres, muchos con poca formación? No son pocos los casos donde la esposa cristiana aventaja a su cónyuge en preparación y solvencia. Para tales casos, nuestra humilde opinión es que la mujer actúe con sabiduría y humildad sin pretender imponer su preparación, dejando al hombre que tome la decisión final. Puede obrar como Priscila, a quien todos los intérpretes consideran de mayor iniciativa que Aquila, al ir con su compañero a corregir a Apolos (Hch. 18:24-26).

En el caso de la iglesia, la mujer tendrá tales responsabilidades hasta tanto surja un liderazgo masculino que asuma la dirección de la iglesia. Una sugerencia adecuada es que en los casos donde haya asambleas con mujeres mejor preparadas que los hombres, dichas hermanas deben ayudar a que los hombres se superen y se preparen para el ministerio público en la congregación. Esa ayuda debe realizarse en privado. Una pauta importante que debe seguirse es la que enseña la Biblia, es decir, que el ministerio público en la iglesia sea siempre realizado por hombres.

- El mandato al silencio de la mujer debe verse en un contexto de la congregación oficial y plenamente reunida. Pablo distingue una reunión ocasional de otra oficial de la iglesia: “cuando os reunís como iglesia” (1 Co. 11:18). Por ello, tal restricción se aplica en el orden de la iglesia oficial en asuntos de doctrina. No constituye una violación de esta norma el que una mujer enseñe la Biblia en congresos, Escuela Dominical, campamentos, etc., ni cuando hace uso de su especialidad profesional: doctoras, abogadas, finanzas, etc. Dichosas las iglesias y los pastores que pueden contar con la ayuda de tales mujeres.
- La declaración categórica y revolucionaria de Pablo de que “no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gá. 3:28), no indica una igualdad de papeles y funciones, sino de posición y beneficios como hijos de Dios, tal como el contexto inmediato explica (vv. 26, 27 y 29). Querer derivar implicaciones para el papel de la mujer como pastoras es exprimir el paño más de lo que da. ¿No podrían alegar algunos que, al no haber distinción entre varón y hembra, la relación homosexual es legítima?
- Sin embargo, es necesario enarbolar este texto como una enseñanza valiosísima para defender la dignidad de la mujer. En sociedades como la nuestra donde se las margina, y humilla con violencia física y verbal, promovamos el respeto a la persona de la mujer, pues ante Dios “no hay varón ni hembra”.

- Las normas sobre las tareas de los sexos deben matizarse en cada contexto sin desvirtuar la enseñanza de la palabra de Dios. En 1 Timoteo 2 y Tito 2, se presenta el papel de la mujer únicamente desde su función maternal y hogareña. Pedro insta a las mujeres cristianas a imitar el ejemplo de Sara, quien llamaba Señor a su esposo Abraham (1 Ped.3:6). ¿Se deben aplicar al pie de la letra estas normas en nuestro contexto? ¿Se les debe prohibir a las hermanas que se preparen en lo académico y crezcan en lo profesional? ¿Deben las esposas cristianas llamar Señor a sus maridos? ¿Es el único papel de la mujer, según el contexto de 1 Ti. 2, el de que “se salvará engendrando hijos, si permanece en fe, amor y santificación, con modestia.” (v.15)? La respuesta a estas preguntas sirven de reflexión para entender la aplicación de principios bíblicos a realidades diferentes. Por otro lado, este último versículo no significa que la maternidad sea un medio de salvación. Primero, porque daría pie a la salvación por obras, no por fe en la persona y la obra de Cristo. Segundo, millones de madres inconversas tendrían derecho a la salvación por haber tenido hijos. Tercero, miles de mujeres cristianas o no, por razones de esterilidad o de soltería, quedarían excluidas de la salvación. Se han dado varias interpretaciones a este texto, pero, sin ánimo de ser dogmáticos, creemos que “salvar” se refiere a “librarse de ser engañada por Satanás y los falsos maestros” si mantiene su papel dentro de la esfera del hogar. Esta interpretación está respaldada por el contexto inmediato, la exhortación de Pablo a Timoteo “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen” (1 Ti. 4:16) y la infiltración de los falsos maestros en las casas de los creyentes de aquel entonces (1 Ti. 5:13-15; 2 Ti. 3:6).

En conclusión, los roles del varón y la mujer en la iglesia y en el hogar se distinguen como principios de funcionamiento, pero la aplicación hoy deberá tomar en cuenta la variedad de enfoques sobre el tema en la misma palabra de Dios y situaciones y contextos del mundo actual diferentes a la realidad de los primeros cristianos.

La iglesia de Dios necesita más Evodia y Síntique “quienes combatieron juntamente (con Pablo) en el evangelio” (Fil. 4:3); parejas como Priscila y Aquila, quienes expusieron su vida por el apóstol Pablo y establecían una asamblea en su casa dondequiera que se mudaban (Ro. 16:3-4; 1 Co. 16:19) y hermanas como las que menciona Pablo en Romanos 16:12, las cuales “trabajan en el Señor”. Esto será posible si cuentan con un liderazgo pastoral que promueva el desarrollo de los dones espirituales y el ministerio activo de las hermanas.

Las finanzas de la iglesia

El reino de Dios consiste en “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17), pero el pueblo de Dios aún está en el cuerpo y necesita de cosas materiales para desenvolverse en este mundo. La iglesia tiene que recoger ofrendas “para los pobres que hay entre los santos” (Ro. 15:26; 1 Co. 16:1) y para los siervos de Dios a tiempo completo, pues “el Señor *ordenó* que los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Co. 9:14). La única manera de que puedan hacerlo es si cada miembro contribuye al sostenimiento de estos hermanos.

5.2.1 Principios fundamentales del ofrendar

En el contexto de una colecta para los santos pobres de Jerusalén (Ro. 15:26), el apóstol Pablo desarrolló los únicos principios del Nuevo Testamento sobre las ofrendas de la iglesia (1 Co. 16:1-4; 2 Co. 8 y 9). Si bien esta ofrenda nació de una situación circunstancial, su aplicación tiene validez hoy. Esta no fue la única ocasión en que Pablo recolectó ofrendas para suplir las necesidades de los santos (Hch. 11:28-30; Gá. 2:10; 1 Ti. 5:16). Los principios fundamentales que deben motivar al creyente a ofrendar son los siguientes:

- Ofrendar es un acto que nace de la gracia de Dios (2 Co. 8:14). Pablo se refiere “a la gracia dada a las iglesias de Macedonia” (2 Co. 8:1), que implicaba que a pesar de las persecuciones por las que estaban pasando y a pesar de “su profunda pobreza, se desbordaron en la riqueza de su generosidad... dieron según su capacidad, y aun por encima de su capacidad” (2 Co. 8:2-3, Biblia Textual, El Nuevo Testamento). “Esta gracia” (v. 8) es otra forma de decir que todo lo que tenemos pertenece a Dios, y que ofrendamos de lo que El nos da, “pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Cr. 29:14). La gracia de Dios actúa en el creyente para dar porque “Dios es el que produce en vosotros (los cristianos) el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Nadie debe gloriarse por ofrendar en abundancia, sólo la gracia de Dios hace posible esta generosidad.
- Ofrendar es una decisión de la voluntad personal. Como tantas otras paradojas de la vida cristiana, la gracia de Dios se une a la voluntad del hombre o de la mujer. No basta con tener buenos deseos de ofrendar, también es necesario “cumplir conforme con lo que” se tiene. “Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene.” (2 Co. 8:11-12). Por ello, la ofrenda es un asunto personal: “cada uno de vosotros ponga aparte algo”, “cada uno de vosotros dé como propuso en su corazón” (1 Co. 16:2; 2 Co. 9:7). Nadie puede ofrendar por otro. Esta naturaleza voluntaria de la ofrenda es una prueba fehaciente de que un creyente debe cuidarse de ser manipulado para ofrendar; puede ser motivado, pero no controlado, como escribe Pablo a los corintios: “No hablo como quien manda, sino

para poner a prueba...la sinceridad de vuestro amor” (2 Co. 8:8). Sin embargo, por razones de su membresía, es un deber de cada cristiano ofrendar regularmente. Muy diferente es entregar el dinero con ingenuidad y sin reflexión. Basta escuchar programas televisivos o de emisoras “cristianas”, o asistir a iglesias donde una y otra vez se llama a los hermanos a ofrendar y entregar sus diezmos. De no hacerlo, se le “roba” a Dios y se “peca” contra el Espíritu. Parafrestando a Pablo, es bueno advertir: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar”.

- Ofrendar es imitar el ejemplo supremo de entrega: la humillación de Cristo por amor a su pueblo: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9). La apelación del apóstol Pablo es “Imiten el ejemplo de entrega del Señor, él lo hizo por ustedes”.
- Ofrendar es un acto de adoración a Dios que promueve Su gloria (2 Co. 8:19) y acciones de gracias en el creyente. Los hermanos de Macedonia “se dieron primeramente al Señor” (2 Co. 8:5). Su actitud muestra que el ofrendar nace de un corazón que se entrega primero a Dios y después da con liberalidad. Cuando Pablo recibió una vez más una ofrenda de los hermanos de Filipos, dijo que ellos habían enviado “olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios” (Fil. 4:18), y el autor a los hebreos exhorta a “hacer bien” y a no olvidarse “de la ayuda mutua, porque de tales sacrificios se agrada Dios” (He. 13:16). Los beneficiarios de las ofrendas, al ver la generosidad de sus hermanos, abundan “en muchas acciones de gracias; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia” que los dadores profesan al evangelio de Cristo (2 Co. 9:12-13).
- Ofrendar es una muestra de la comunión cristiana que contribuye a la unidad del pueblo de Dios. La colecta para los santos pobres de Jerusalén fue una decisión que Pablo tomó no sólo porque se contribuía para suplir las necesidades de estos hermanos, sino también porque era una forma de destacar la unidad entre judíos y gentiles “porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales.” (Ro. 15:27). Estos humildes hermanos sólo podían “pagar” lo recibido “en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros” (2 Co. 8:14). Quien ofrenda para las necesidades de los santos también muestra “la prueba de vuestro amor” (2 Co. 8:24), su desprendimiento revela una fe genuina (Stg. 2:14-26) y un amor “no de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:17-18), evidencia de que “mora el amor de Dios en él” (1 Jn. 3:16).

- Ofrendar es una muestra de obediencia al evangelio que creemos y predicamos (2 Co. 9:13). Los hermanos de Judea glorificaron a Dios al ver cómo sus hermanos gentiles obedecían al evangelio.
- Ofrendar debe hacerse en el contexto de la iglesia local. Pablo recogió una ofrenda para los hermanos de Jerusalén, pero cada creyente ofrendaba en su respectiva iglesia “para que lleven vuestro donativo” (1 Co. 16:3). Hay un compromiso con Dios en la iglesia a la que se pertenece. Esto no descarta las ayudas voluntarias personales y a otras causas ajenas a la congregación, pero solo se harán cuando se haya cumplido con la responsabilidad en su congregación local. En la cristiandad de hoy proliferan los “ministerios” ajenos a la iglesia, en los que se encubre la avaricia por medio de la piedad. Uno debe ofrendar con la certeza de que ese dinero será bien usado para la gloria de Dios y beneficio de su obra.
- Ofrendar es un privilegio. Los hermanos de Macedonia rogaron a Pablo que les permitiera “el privilegio de participar en este servicio para los santos” (2 Co. 8:4). Sin importar “su profunda pobreza” (8:2), estos hermanos dieron un gran ejemplo de sacrificio por el Señor y sus hermanos judíos. Ningún creyente es tan pobre que pueda desperdiciar el privilegio de ofrendar.
- Ofrendar es una dicha: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35). Estas palabras del Señor citadas por Pablo a los ancianos de Éfeso contrastan con la avaricia de tantos “ministros” del evangelio. Si bien la iglesia debe procurar el sostenimiento de un obrero a tiempo completo, éste no debe ser “codicioso de ganancias deshonestas” (1 Ti. 3:3). ¡Cuán diferente es el verdadero hombre de Dios! (1 Ti. 6:6-11). Pablo vive lo que predica: “Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados” (Hch. 20:33-35). Los modernos “apóstoles” deberían imitar el ejemplo de Pablo: “Pero yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria” (1 Co. 9:15). Un verdadero líder del pueblo de Dios exhibe el desprendimiento de Nehemías “los primeros gobernadores que me antecedieron abrumaron al pueblo: les cobraban, por el pan y por el vino, más de cuarenta siclos de plata, y aun sus criados se enseñoreaban del pueblo. Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios. También trabajé mi parte en la restauración de este muro, y no he comprado heredad...Así y todo, nunca reclamé el pan del gobernador, porque la carga que pesaba sobre este pueblo era excesiva. (Neh. 5:15-18).

5.2.2 Directrices sobre cómo ofrendar

Cada cristiano debe ofrendar con regularidad: “Cada primer día de la semana” (1 Co. 16:2). Por ser el día en que la iglesia se reunía para el partimiento del pan (Hch. 20:7), Pablo entiende que es el tiempo más apropiado, el momento de adoración. No exige que se cumpla literalmente todas las semanas, pues en muchas sociedades, como la nuestra, los sueldos fijos se pagan mensualmente. Sin embargo, el principio es hacerlo periódicamente, no cuando se le ocurra a la persona.

El ofrendar se debe hacer con planificación: “cada uno de vosotros ponga aparte algo” (1 Co. 16:2). No es una decisión sin criterio, ni algo improvisado de último minuto cuando se esté recogiendo la ofrenda en la iglesia. Guardar la ofrenda significa que se meditó previamente en lo que se le iba a dar al Señor.

La ofrenda debe ser en proporción a los ingresos que se hayan conseguido: “según haya prosperado” (1 Co. 16:2). No se dice la proporción, pues es un asunto personal. También se debe tomar en cuenta la prosperidad espiritual: “como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia” (2 Co. 8:7). Proporción no equivale a cantidad, pues la viuda “de su pobreza echó todo el sustento que tenía”, mientras los ricos “echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobraba” (Lc. 21:1-4)

El apóstol Pablo emplea en 2 Co. 8 y 9 varias expresiones que resaltan que se debe dar con generosidad (Ro. 12:13; 2 Co. 9:5-6, 8 y 11). Una muestra de sus frases bastan para indicarlo: “la abundancia vuestra” (8:14) “vuestra generosidad” (9:5), “el que siembra generosamente, generosamente también segará” (9:6); “para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad” (9:11).

La ofrenda es un sacrificio a Dios (Fil. 4:18) y cuesta darla; por ello, al ofrendar el creyente debe hacerlo con alegría voluntaria, no con pesar ni por obligación (8:7). Está presentando a Dios un acto de agradecimiento, no viene porque otros dan, o porque se siente avergonzado de su mezquindad... Da alegremente su ofrenda.

Las ofrendas son concretas, no un vale o compromiso futuro. Se debe dar de acuerdo a lo que se tiene (8:12): no prometer si no se cuenta con el dinero a mano.

5.2.3 Las motivaciones para ofrendar

Nunca las Escrituras prometen al cristiano librarlo de sus deudas ni de ofrecerle una prosperidad material en esta vida. Un rápido vistazo por el N.T. pinta el cuadro de unas iglesias con muchos hermanos pobres: “los discípulos...determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea” (Hch. 11:29), “Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son

muchos los poderosos ni muchos los nobles de cuna” (1 Co. 1:26, Nueva Versión Internacional), “Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?” (Stg. 2:5).

Es verdad que Dios por su gracia, en múltiples ocasiones, “proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2 Co. 9:10). Dios motiva a los creyentes para que den con alegría y generosidad, pues “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6), pues “Dios ama al dador alegre” (9:7).

Se habla de la ley de la siembra. “Un peso que siembres al Señor crecerá al ciento por uno”. Quienes así razonan citan: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6) y “Y el que da semilla al que siembra y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia” (9:10). Sin embargo, este último texto jamás será una supuesta ley de siembra. Basta observar que la promesa es que Dios es poderoso para el cristiano pueda ofrendar “para que abunde en vosotros toda gracia...abundéis para toda buena obra” ((9:8) ¿Cuál gracia? ¿Cuál buena obra? La gracia de dar, la buena obra de ofrendar para las necesidades de los santos. Lo que Dios multiplicará no es nuestra cuenta bancaria, sino “vuestra justicia”, una vida recta que Le agrade. Dios no es una financiera ni está obligado a darnos algo a cambio de nuestras ofrendas, pues “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Sal. 24:1). Su promesa de bendición no exige necesariamente bendiciones materiales en el aquí y ahora.

5.2.4 El uso de las ofrendas

Se pueden enumerar los distintos usos que la iglesia primitiva daba a las ofrendas que recolectaba:

- Las necesidades de los santos: hermanos de humilde condición (Ro. 15:25-28) y viudas (Hch. 6:1ss; 1 Ti. 5:4-10). El caso de las viudas encierra una situación social y jurídica propia de la época bíblica, diferente a la nuestra. La mujer estaba bajo la sujeción jurídica y administrativa de su esposo – o de su padre o hermanos si era soltera –, de modo que las viudas quedaban desamparadas legalmente si no contaban con hijos que las sostuvieran. Hoy, por los cambios en la situación laboral, muchas viudas son autosuficientes. Sin embargo, en el caso de “las viudas que en verdad lo son” (1 Ti. 5:3) deben ser ayudadas por la iglesia si cumplen con los requisitos indicados por Pablo (1 Ti. 5:3-11).
- La ayuda a los pastores dedicados al trabajo de la iglesia y a la predicación (1 Ti. 5:17-18). El “doble honor” parece referirse al

respeto a su persona y a la remuneración económica por el sacrificio que representa el trabajo pastoral para su vida económica.

- El sostenimiento de los misioneros dedicados a tiempo completo (1 Co. 9:4-14); (Fil. 4:10-20), “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (v.14). Pertinente es la advertencia: “Ten cuidado de no desamparar al levita en todos tus días sobre la tierra” (Dt. 12:19). Dios pide al misionero que espere confiado en la provisión divina, pero demanda al pueblo de Dios que ofrende regularmente para satisfacer las necesidades de sus siervos; la fe es la actitud del hombre de Dios; en cambio, el dar es la obligación de cada cristiano.
- El apoyo de la obra misionera “al principio de la predicación del evangelio... ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos” (Fil. 4:15); “vuestra participación en el evangelio” (Fil. 1:5, Biblia de las Américas) o “han participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora” (Nueva Versión Internacional). Para extender el evangelio, los misioneros necesitan de recursos. Los filipenses sirven de ejemplo para cualquier iglesia: contribuyeron para las necesidades personales de Pablo y para los gastos de la obra evangelística.
- Los gastos de las reuniones de la iglesia o mantenimiento del local: los cristianos primitivos se reunían en las casas de los hermanos (Ro. 16:5; Col. 4:15; Film. 2). Se desconoce si los hermanos dueños de la casa asumían los gastos de las reuniones, aunque en el ágape parece que cada uno de los hermanos contribuía para la comida (1 Co. 11:20-21). Aunque los locales para reuniones de la iglesia surgieron después de la era apostólica, se puede sacar el principio del mantenimiento del local en la declaración de Dios respecto a los gastos del tabernáculo: “Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas” (Lv. 24:1) Los israelitas entregaban ofrendas para el mantenimiento del servicio del tabernáculo (Ex. 30:16; Núm. 7:5). Este pago era un impuesto que ilustra el compromiso que tenía el pueblo de Dios para el mantenimiento del tabernáculo; en cambio, el cristiano con sus ofrendas deben velar por los gastos de su iglesia.

5.2.5 El manejo de las ofrendas

Las ofrendas deben ser recolectadas y administradas por varias personas (Hch. 6:3-6; 1 Co. 16:3-4; 2 Co. 8:16-24). Nunca las ofrendas de la iglesia estarán en las manos de una sola persona, por muy bien intencionada y preparada que sea ésta. Pablo agregó la posibilidad de él mismo acompañar a la delegación de Corinto: “Y si fuere propio que yo también vaya irán conmigo” (1 Co. 16:4).

Las ofrendas deben ser recolectadas y administradas por cristianos de alta reputación humana y espiritual en la asamblea. Estos creyentes exhibían unas credenciales espirituales de integridad, manejo pulcro y administración de los fondos. Una excelente descripción del tipo de personas que se hizo cargo de la ofrenda enviada a Jerusalén se encuentra en 2 Co. 8:16-24. De igual manera, estas personas deben ser designadas oficialmente por la iglesia: “a quienes hubiereis designado por carta, a estos enviaré para que lleven vuestro donativo” (1Co. 16:3); “...fue designado por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación”; (2 Co. 8:19).

Las ofrendas del tabernáculo y del templo eran rigurosamente contabilizadas y registradas (Ej. Núm. 7). La iglesia debe someterse a “las autoridades superiores, porque no hay autoridad sino de parte de Dios” (Ro. 13:1). Como institución reconocida por el Estado, la iglesia debe presentar sus cuentas claras. En otras palabras, debe haber constancia escrita de la contabilidad y un informe de las ofrendas para dar buen testimonio ante Dios y los hombres: “evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor, sino también de los hombres” (2 Co. 8:20-21). Ningún cristiano debe sentirse molesto porque al recibir dinero de las ofrendas se le pida su firma y cédula en un comprobante o cheque.

5.2.6 El diezmo

El A.T. provee valiosas lecciones sobre el ofrendar a partir de los diezmos que el pueblo de Israel entregaba a Dios. Sirven para recordarnos que nuestras posesiones son de Dios, que debemos velar por las necesidades de los santos, que debemos tener una conciencia de ofrendar consistentemente, en fin, que Dios rechaza la mezquindad.

Sin embargo, se pueden aducir varias razones que indican que el diezmo no es una norma legal para el cristiano, aun cuando provee de buenas lecciones sobre el dar.

Su carácter de ley obligaba a su cumplimiento. El pueblo de Israel entra en una relación Estado religioso con Dios por medio del pacto. Por eso, cuando el pueblo le pide a Samuel que le busque un rey semejante al de las naciones, Dios advierte al profeta: “Oye la voz del pueblo en todo lo que digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado para que no reine sobre ellos” (1 S. 8:7). Dios reafirma que su relación con el pueblo es la de un rey con sus súbditos, quienes le deben traer tributos. El libro de Deuteronomio según los especialistas es una forma de tratado entre un Señor superior y unos subordinados. Se estipulan las bases del tratado. El Superior se compromete a ayudarles a cambio de lealtad. Esto confirma que el diezmo era un impuesto que se pagaba al Estado. En el caso de Israel, al sentido del tributo, se añadía su carácter teológico por ser Dios su “gobernante o rey”. El pueblo de Dios se encuentra diseminado por el mundo entero y bajo

obligaciones con sus respectivos estados, a los cuales debe pagar los impuestos exigidos por la ley (Mt. 22:21; Ro. 13:6-7). No está llamado a dar diezmos a la iglesia, pues ella no es un estado religioso, ni a Dios, quien es Padre de sus hijos, no un gobernante civil.

Los demás pueblos contemporáneos a Israel practicaban, incluso antes que Israel, el diezmo junto a otras ofrendas: los egipcios, los babilonios, los cananeos, etc. Dios legisla en función de lo que Israel conocía en su entorno. Por ejemplo, el decálogo, las leyes civiles y las ordenanzas sobre los sacrificios hallan paralelos con los códigos sumerios, akadios, babilonios, asirios, los sacrificios ugaríticos, etc. En no pocas ocasiones, sin embargo, Dios contrapone sus normas más elevadas a las de estos pueblos. El diezmo debe verse en ese contexto del Cercano Oriente.

No había un único diezmo, sino tres (Lv. 27:30-33; Nú. 18:21-32; Dt. 12:5-19). Es legítimo preguntar: ¿Por qué no se les pide a los miembros de las iglesias que paguen los otros dos? El israelita pagaba por obligación legislativa estos tres diezmos. En primer lugar, se pagaba un diezmo para el sostenimiento de los levitas (Nú. 18:21-28). Se da la razón siguiente: “Y he aquí yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel por heredad, por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del tabernáculo de reunión” (v. 21). Porque ese era su trabajo, a tiempo completo, el pueblo “no debía desamparar al levita”. En la iglesia hay obreros a tiempo completo, pero nunca se les manda a los cristianos que den diezmos para el sostenimiento de estos hombres y mujeres de Dios.

Se pretende que los diezmos son para el pastor. Aparte de que el liderazgo de la iglesia no descansa en una sola persona (ver 4.2.4), la equivalencia con los levitas es irreal. Primero, se distinguía entre los sacerdotes y los levitas. A los primeros les correspondían las ofrendas (Lv. 7:8-10, 31-36); a los segundos, los diezmos (Nú. 18:19-24). ¿Son las ofrendas también sólo para el pastor? Segundo, ¿son los levitas los pastores de hoy? ¿Y los sacerdotes? Sin duda, el obrero es digno de su salario y “los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y...los que sirven al altar, del altar participan” (1 Co. 9:13); pero la práctica ha mostrado el peligro a que se expone una asamblea al entregar tales sumas de dinero a una sola persona.

El segundo de los diezmos servía para que la persona lo consumiera en una fiesta en el santuario de Dios junto a familiares, amigos y levitas: (Dt. 12:6, 11, 12 y 17). Este carácter festivo llevaba a la persona a alegrarse “delante de Jehová vuestro Dios” junto con todos los presente. ¡Que se sepa, nunca ningún cristiano ha consumido sus diezmos en una fiesta!

El pueblo de Israel pagaba un tercer diezmo cada tres años que ayudaba económicamente “al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda” (Dt. 26:13). Era el diezmo para los pobres y menesterosos de la tierra. En fin, el diezmo era un mecanismo financiero de carácter social.

Otra razón fundamental que muestra que los diezmos no constituyen una exigencia legal para la iglesia es que ningún pasaje del Nuevo Testamento

manda a los cristianos a diezmar. ¿Cómo se explica que una supuesta ley tan importante para el manejo de recursos no aparezca ni siquiera en un versículo del N.T.? Es parecido a la prescripción sobre la observancia del sábado. ¿Por qué las iglesias que cobran diezmos no guardan el sábado, con excepción de los adventistas? La respuesta es obvia: Porque ningún texto del Nuevo Testamento manda a hacerlo. ¿Y el diezmo? En cambio, vez tras vez, la enseñanza general y uniforme del N.T. sobre el dar destaca la naturaleza voluntaria de las ofrendas del creyente, a quien se le dice “De gracia recibisteis. Dad de gracia” (Mt. 10:8).

Hay quienes creen encontrar una referencia al diezmo como norma en las palabras del Señor: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmaís la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.” (Mt. 23:23). Sin embargo, una mirada atenta al pasaje muestra que es una de las tantas discusiones que el Señor sostuvo con los escribas sobre asuntos de la ley. En el contexto de las normas de Dios para su pueblo Israel, ser un estricto cumplidor del diezmo se convierte en legalismo e hipocresía si se dejaban de lado la misericordia y la justicia. Esto explica la dureza con que el Señor increpó a estos maestros de la ley quienes con ardides justificaban que un hijo descuidara la ayuda a sus padres (Mr. 7:9-13).

Sí, creemos que los ejemplos del A.T. sobre el diezmo ayudan al cristiano sobre principios sobre el ofrendar, “Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros...” (1 Co.10:6), pero no como normas permanentes para entregar el diezmo. Los casos de Abram (Gé. 14:17-20) y Jacob (Gé. 28:20-22) fueron decisiones personales, porque así ellos quisieron, conforme a las normas de los pueblos de ese entonces, no como una revelación divina anterior no expresada. Abram incluso dio el diezmo del botín de la guerra, no de todos sus bienes. Su ejemplo se menciona en el N.T. (He. 7:1-10) para demostrar la superioridad del sacerdocio del Señor sobre el sistema levítico, no para ordenar a los cristianos a que diezmen igual que su padre espiritual. En cambio, Jacob hizo un voto (promesa) todavía en unas circunstancias no muy espirituales: “Te daré el diezmo si me bendices y proteges”. Si el diezmo es para la iglesia, ¿debe un cristiano darlo sólo si Dios lo bendice y protege?

Es muy delicado decir que los cristianos le roban a Dios si no “traen los diezmos al alfolí” (Mal. 3:10). Esta maldición (v. 9) está dirigida a “los hijos de Jacob” (v. 6) porque estaban violando las leyes de Dios respecto al pacto (v. 7). ¡Claro! Este pasaje debe llevar a todo creyente a autoevaluarse si está ofrendando con mezquindad al Señor; pero el cristiano no está bajo maldición ni Dios le somete a la ley del diezmo.

Sin embargo, cada creyente debe cuidarse de no esconder su mezquindad detrás del velo de la espontaneidad o del mandato del Señor de que “no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha” (Mt. 6:3). Este último versículo se refiere a la limosna, no a las ofrendas. El asumir que la ofrenda es una decisión personal ha llevado a muchos cristianos a dar de lo que les sobra.

Se manda a que “Cada uno dé como propuso en su corazón...” (2 Co. 9:7). Una proporción legítima puede ser a partir del diez por ciento. No es una ley, pero puede orientar la proporción. Es lo recomendable que un hermano o una hermana empiece a dar con alegría, el diezmo o algo más, al Señor, como una decisión personal que surge como “una muestra de generosidad,...no de exigencia nuestra” (2 Co. 9:5).

La relación entre iglesias

Las iglesias del N.T. mantenían unas relaciones armónicas propias de la comunión y “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Esta fraternidad nacía del hecho de que estaban seguras de haber sido llamadas por Dios “a la comunión con su hijo Jesucristo” (1 Co. 1:9). Habían recibido el mensaje del evangelio para tener comunión unos con otros, “con el Padre y su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3). Esa comunión comprendía “un cuerpo, y un Espíritu,... una misma esperanza..., un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef. 4:4-6). Recordaban la oración sacerdotal del Señor cuando dijo en Getsemaní: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste” (Jn. 17:22-23).

No había una institución ni un organismo superior que, en forma de concilio, dictaminara las decisiones de las respectivas iglesias. Con excepción de los apóstoles, ningún anciano tenía mayor autoridad que la que correspondía a la iglesia local a la que había sido “por el Espíritu Santo...puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él compró por su propia sangre” (Hch. 20:28). El Señor era, es y será el dueño de la iglesia.

5.3.1 Tipos de intercambios entre las iglesias

Estas comunidades de creyentes compartían su fe dentro del compañerismo del evangelio, y lo hacían con una conciencia de pertenecer a una colectividad con identidad propia. Entre los tipos de relaciones que encontramos en el N.T. están:

- Cooperar con la enseñanza para el fortalecimiento de una obra nueva. Cuando la iglesia de Jerusalén supo de lo que Dios había hecho en Antioquia envió a Bernabé, no como una imposición, sino como una asistencia a estos nuevos creyentes. “Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquia. Y se congregaron allí todo un año, y enseñaron a mucha gente” (Hch. 11:22-26). También los hermanos de Efeso animaron a Apolos para que fuese a Acaya (Corinto): “y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado allá, fue de gran provecho a

los que por la gracia de Dios habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo” (Hch. 18:27-28).

- Defender la doctrina de los falsos maestros (Hch. 15:1ss). El llamado concilio de Jerusalén puso a prueba la unidad y la esencia del pueblo del Señor. La razón fundamental era discutir si los gentiles debían circuncidarse y guardar la ley para ser salvos. Pablo, Bernabé, otros hermanos de Antioquia y los judaizantes fueron recibidos “por los apóstoles, los ancianos y la iglesia de Jerusalén (v.4); pero en el momento de la discusión, sólo “se reunieron los apóstoles y los ancianos” (v. 6).
- Enviar ayuda económica a iglesias de escasos recursos. Este fue el motivo de la ofrenda recolectada por Pablo “para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén” (Ro. 15:26). Además de las iglesias de Macedonia y Acaya, participaron las de Galacia (1 Co. 16:1) y Asia Menor (Hch. 20:4). Un noble gesto de las iglesias gentiles para con sus hermanos judíos (Ver **5.2.1**). Una iglesia podía ayudar a otra (Antioquia envió una ofrenda a los hermanos de Jerusalén por mano de Pablo y Bernabé, Hch. 11:28-30). Pero en el caso de la colecta, como Pablo la llamó (1 Co. 16:1), destaca el hecho de que fue un proyecto colectivo de varias iglesias.
- Recibir miembros por razones de visitas ocasionales o traslado permanente. Las visitas a iglesias y traslados voluntarios, forzados o por servicio eran normales en la iglesia apostólica (Hch. 18:27; Ro. 16:1-2; 1 Co. 4:17; 16:10-12; Col. 4:10; 2 Ti. 4:10, 12, 20). Un ejemplo de movilidad frecuente, aparte de los apóstoles y sus delegados por razones de su supervisión general de las iglesias (2 Co. 11:28), se dio en la vida de los esposos Priscila y Aquila. En Corinto (Hch. 18:1-3); en Efeso en cuya casa se reunía una congregación (1Co. 16:19); en Roma, con otra casa a la disposición de la iglesia (Ro. 16:3-5), otra vez residiendo en Efeso (2 Ti. 4:19).
- Rechazar a personas excomulgadas en otras congregaciones. En ocasiones, personas se desviaron del evangelio y, al dividir la iglesia, formaron sus propias iglesias (1 Ti. 1:3-6, 19-29; 6:10; 1 Jn. 2:19). Como las iglesias se reunían en las casas de los hermanos, la advertencia de “Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le digáis: « ¡Bienvenido!». Porque el que le dice “Bienvenido” participa de sus malas obras” (2 Jn. 10-11), va dirigida a la iglesia reunida en las casas de familias creyentes, no al cristiano particular.

5.3.2 El uso de cartas de recomendación

La iglesia de hoy se halla fragmentada en denominaciones, concilios, grupos, etc. Esta triste realidad ha provocado que creyentes disgustados con sus líderes, disciplinados por pecados y enfriados por falta de comunión busquen refugio y apoyo en otros lugares, en donde son recibidos sin que se les pregunten las razones de su traslado. Tal práctica va en contra de los principios bíblicos, e incluso del mundo laboral, pues para conseguir un trabajo se requiere llevar cartas de referencia.

El N.T. describe los procedimientos de la iglesia primitiva cuando un miembro se trasladaba a otra asamblea o cuando se apartaba de la fraternidad con los hermanos. Bien hará la iglesia en seguir los principios aplicados por las iglesias del N.T.

Aunque se tomaba muy en cuenta el testimonio de un creyente espiritual al presentar a un nuevo miembro (Hch. 9:26-27), la carta de recomendación parece ser el sistema común de visita y admisión de membresía en los días del apóstol Pablo (1 Co. 16:3; 2 Co. 3:1-3). Este medio cumplía varios propósitos. Detrás de esa comunicación, los hermanos transmitían la idea de que se buscaba mantener la comunión entre todas las iglesias.

Escribiendo a los hermanos de Roma acerca de Febe, hermana de la iglesia de Cencrea (Acaya), Pablo agrega “Recibidla en el Señor, como es digno de los santos” (Ro. 16:2). Además, con la carta se daba constancia escrita de que la persona era un verdadero creyente miembro activo de la iglesia, con plenos derechos a tomar la comunión en la otra asamblea: “Os recomiendo, además, a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia de Cencrea” (Ro. 16:1). Un tercer propósito, relacionado al anterior, era exponer las credenciales espirituales del hermano respecto a su comunión, testimonio y servicio para que fuese de ayuda a la iglesia a la que se traslada: Febe es diaconisa y, dice Pablo, “ella ha ayudado a muchos y a mí mismo” (1 Co. 16:2). De los cristianos que acompañaron a Pablo en el manejo de la ofrenda para los santos, se dice que “enviamos...al hermano, cuya alabanza en el evangelio se oye por todas partes” (2 Co. 8:18), y del otro hermano, Pablo comenta que “cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas, y ahora se muestra mucho más diligente por la mucha confianza que tiene en vosotros” (2 Co. 8:22).

La carta servía también para velar por la vida espiritual de los creyentes en cualquier parte donde estuvieren, pues nadie es independiente en el pueblo de Dios. Muchos cristianos hoy se van de sus iglesias y buscan congregaciones de otras denominaciones para que nadie sepa de su estado. Con esa actitud, no se dan cuenta del daño espiritual que se hacen al perder la oportunidad de la supervisión espiritual de sus líderes y hermanos que lo conocen.

Por último, la carta de recomendación conllevaba un propósito defensivo: Proteger a la iglesia de falsos hermanos que se infiltraban para sacar beneficios personales en la comunión de los santos (Gá. 2:4; 2 Co. 3:1-3; 11:13; 2 P. 2:1; Jud. 4, 12).

5.3.3 Procedimiento de recepción de miembros: Sugerencias prácticas

Los principios antes explicados (5.3.2) deben guiar las acciones de cada iglesia cuando haya traslado de miembros de una iglesia a otra; sin embargo, la situación de hoy, diferente en muchos sentidos a la de iglesia del N.T., nos lleva a sugerir algunas recomendaciones útiles.

- Cuidar las condiciones que demanda una carta autorizada. El cuerpo de ancianos o pastores deberá tomar en cuenta tanto el aspecto externo o físico de la carta como su contenido. Una carta oficial deberá incluir: Encabezamiento legal impreso, nombre y dirección (y teléfonos o cualquier otro medio de comunicación moderno, si los hubiera), firmas responsables (2 Ts. 3:17) y sello oficial de la iglesia. En cuanto al contenido, será recomendable que incluya los motivos del traslado, las credenciales espirituales del hermano y su utilidad en la obra (si será un traslado prolongado o permanente), la explicación a favor o en contra de la salida, pues, en ocasiones, la persona se va disgustada por algún motivo, lo que debe explicarse a la iglesia receptora. Debe prepararse una copia como acuse de recibo y para fines de registro.
- Evaluar las razones expuestas por el miembro que solicita su carta. Una visita ocasional, una mudanza, unos estudios o trabajo en otro lugar (dentro o fuera del país), son algunos motivos sencillos para que un miembro solicite una carta que le permita tomar la comunión en otra asamblea. Pero, en otros casos, se deberá escuchar atentamente las razones expuestas por el solicitante: disgusto, motivos sentimentales, sentirse subutilizado, etc. En situaciones así, los ancianos deberán tratar de convencer al miembro, con amabilidad y tacto, de que tales razones pueden ser válidas, pero no suficientes para cambiar de iglesia.
- La iglesia receptora debe cerciorarse de la autenticidad de la carta. Es importante que los ancianos lean la carta en presencia del miembro y le pidan alguna información extra sobre su decisión de congregarse. Si alguna razón poco saludable motivó la decisión, se le debe sugerir que evalúe una vez más la decisión antes de ser admitido a la comunión y al servicio de la iglesia. Los líderes no deben olvidar el entregar una respuesta escrita o verbal al cuerpo de ancianos de donde salió el miembro.
- Una situación moderna tiene que ver con personas que no tienen quién acredite su fe y conducta. Se deberá determinar si se puede comunicar con la iglesia originaria. De lo contrario, un tiempo prudente y de evaluación de frutos de arrepentimiento permitirán si puede ser admitido a la comunión. El apresurarse a dar una cálida bienvenida es contraproducente que, en múltiples ocasiones, ha traído resultados lamentables para el testimonio de la iglesia.

Estas recomendaciones surgen de la vida eclesiástica moderna, por lo que, sobre estas situaciones, diremos como Pablo “no tengo mandamiento del Señor, pero doy mi parecer como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser digno de confianza.” (1 Co. 7:25).

5.3.4 El rompimiento de la comunión entre iglesias

La imagen de muchos creyentes con relación a la iglesia primitiva es la de una fraternidad ideal. Pintan el cuadro de unas congregaciones en donde “Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Perseveraban unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo.” (Hch. 2:44-47). Sin embargo, seres humanos al fin, también tuvieron sus disensiones. La distribución de la ayuda a las viudas casi produce una división entre los creyentes de origen griego y los de origen hebreo (Hch. 6:1ss) y dos grandes siervos de Dios se separaron por diferencias de opinión respecto a la obra misionera (Hch. 15:36ss.). Pablo exhorta a los creyentes gentiles que sean considerados con sus hermanos de origen judío respecto a asuntos de comida y creencias sobre otros dioses (Ro. 14:1ss; 1 Co. 8:1ss). Las iglesias del N.T. afrontaron problemas que, en algunas ocasiones, produjeron la división entre los hermanos. ¿Cuáles razones encontramos en el N.T. que indican que la comunión no puede sostenerse con otros grupos? Parece que la palabra de Dios sólo registra dos casos que hacen insostenible la comunión con otras personas:

- El abandono de las doctrinas fundamentales de la fe cristiana (Ver 2.2). Juan escribe, probablemente, a las iglesias de Asia Menor, acerca de unos miembros que “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestara que no todos son de nosotros.” (1 Jn. 2:19). Estas personas habían estado en la iglesia como “cristianos” profesantes, pero su error cristológico – negaban la encarnación de Jesucristo y su identidad como Cristo (1 Jn. 2:22-23; 4:1ss; 2 Jn. 7, 8) – llevó a la iglesia a una separación radical. Era imposible comulgar con personas que negaban doctrinas fundamentales de la fe cristiana. Ya Pablo había advertido a los ancianos de Efeso sobre la infiltración de falsos maestros (Hch. 20:28-30). El apóstol cuestionó la realidad de la fe de algunos corintios que negaban la resurrección del cuerpo (1 Co. 15:34), como sucedió con Himeneo, Alejandro y Fileto (1 Ti. 1:19-20; 2 Ti. 2:17-18), quienes no sólo se contentaron con irse de la iglesia, sino que “trastornan la fe de algunos” (v. 18).

- La aprobación y adopción de una conducta o estilo persistente de vida contrario a las normas morales de la Biblia. Quienes se apartaron de las iglesias a las que Juan escribió alegaban que ni tenían ni habían pecado (!); pero su sentido de orgullo y autosuficiencia los llevaba a despreciar a los hermanos y a una vida inconsecuente con el evangelio (1 Jn. 1:6-10; 2:9-11; 3:6-15). Los falsos maestros se caracterizan por su aparente piedad para hacer negocio con la fe (Fil. 3:18-19; 1 Ti. 6:3-5). En tales casos, se torna imposible mantener la comunión con grupos así. Sin caer en una cacería de brujas, no se puede olvidar la advertencia del Señor: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:15 - 20).

Se debe procurar con todo empeño el “mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3), por medio del “amor, que es el vínculo perfecto.” (Col. 3:14). Una iglesia no debe separarse de otros hermanos por asuntos secundarios, sino fundamentales. Es importante evitar separaciones dolorosas por cuestiones triviales, sin embargo, las iglesias deberán mantener la unidad por medio de la identidad de doctrina y prácticas esenciales, pues ese fue uno de los argumentos para establecer el orden en la iglesia de Corinto: “sepa que ni nosotros ni las iglesias de Dios tenemos tal costumbre.” (1 Co. 11:16); “Como en todas las iglesias de los santos...” (1 Co. 14:33). Estos versos enseñan que ninguna congregación es totalmente independiente y que puede ser llamada al orden por las demás asambleas.

CONCLUSIÓN

Es de profunda satisfacción el concluir estos *Apuntes doctrinales*. Reiteramos que no son un credo oficial de los Templos Bíblicos aunque, en gran medida, estas son las creencias y las prácticas de nuestras iglesias.

Con esta propuesta, queremos motivar a que otros conozcan la doctrina “dada una vez a los santos” (Jud.3). El propósito para el cual fue escrito este manual se logrará cuando los líderes estimulen a sus miembros a estudiar y obedecer las Escrituras. Por ello, llegará el momento en que podrán prescindir del mismo porque habremos dejado los rudimentos de la doctrina de Cristo e

iremos adelante a la madurez, pues seremos capaces de hacer nuestras las palabras del autor a los hebreos:

“El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.” (He. 5:14).